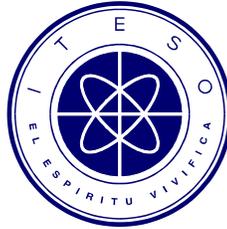


INSTITUTO TECNOLÓGICO Y DE ESTUDIOS SUPERIORES DE OCCIDENTE

RECONOCIMIENTO DE CALIDEZ OFICIAL, ACUERDO SEP. NO. 15018
PUBLICADO EN EL DIARIO OFICIAL DE LA FEDERACIÓN
EL 29 DE NOVIEMBRE DE 1976.



DIRECCIÓN GENERAL ACADÉMICA
DOCTORADO EN ESTUDIOS CIENTIFICO-SOCIALES

**La cultura corporal, un lugar de síntesis en la construcción
social del miedo como referente identitario, en escenarios de
conflicto**

TESIS PROFESIONAL PARA OBTENER EL
GRADO DE DOCTOR EN ESTUDIOS CIENTIFICO-SOCIALES

PRESENTA:
Rubiela Arboleda Gómez

**Directora de tesis
Dra. Rossana Reguillo**

**Comité Tutorial
Dra. Rocío Enríquez
Dra. Rebeca Mejía
Dr. Guillermo Orozco**

TLAQUEPAQUE. JALISCO A 16 DE JUNIO DEL 2006

Agradecimientos

Mis agradecimientos son tan extensos como significativos, toda vez que al estar lejos de Medellín he requerido del concurso y del favor de muchas personas, que de una u otra manera, han estado presentes en este proceso.

Mi primer reconocimiento es, por supuesto, para mi tutora Rossana Reguillo, motivación inicial para este empeño y quien me ha hecho sentir que valió la pena seguirla a Guadalajara. A ella gracias por sus compañía académica, por la confianza que ha depositado en mí y por tener la fortaleza para impedir que me quedara en el camino.

A Rosa Esther Juárez, que me dio la mano al llegar a México para tomar un impulso que aún no agoto. A Rebeca Mejía, fuente de mis primer sustento mexicano, portadora de las órdenes más suaves que he recibido y quien me facilitó el acceso a la intimidad tapatía. A David Velasco y Victoria Torres, que me allanaron el camino de ingreso y la estadía en el DECS. A Martín Villalobos y a Lupita Santiago, que me han mantenido vinculada a la Educación Física y al mundo laboral.

A mis profesores en los distintos seminarios: Raúl Fuentes, difícil de convencer, pero siempre atento, a Juan Manuel Ramírez, ciudadano de ciudadanos, a la cuidadosa Cecilia Cervantes, maestra del detalle, al apreciadísimo Jaime Preciado, seducido por la exhuberancia del cuerpo, a Jesús Martín Barbero, con todas esas palabras que se sabe y que nos enseñó, una vez más a Rebeca a quién le debo la idea del “diagrama de vectores” y a Rossana Reguillo y su efectiva pedagogía histriónica. Y a otros doctos doctores que sin haber sido parte sí son arte: a Rocío Enríquez, con su mirada infinita y sus consejos respetuosos, a Ignacio Román, lector ajeno, pero comprometido, a Luz Lomelí, quien me guió en la pregunta, a Enrique Valencia, por sus notas a “mano alzada” sobre su mirada al cuerpo. Y, mi sincera gratitud para Guillermo Orozco, un lector sensible al cuerpo y sus vicisitudes y una voz del aliento para el tramo final.

Mis agradecimientos también van dirigidos a los compañeros de generación: a David, el de León, con sus piropos motivadores y su preocupación constante por el bienestar del grupo, al Honorable tapatío José Manuel, el más “parcero” y prolífero compañero, a Ángeles, con sus luchas ancestrales y dignas, a Lidieth Garro, “pura...pura vida”, a Tere, que hizo falta un buen rato y a Antonio Aguilera, por todo hermano, ¡por todo! Gracias a toda la cohorte por resistir mi pasión por el cuerpo, permanente e inoportuna muchas veces. A los doctorantes lectores, Salvador y Rigoberto, por sus aportes a mi trabajo, aunque no muy convencido ¿verdad Rigo?, y a Noemí, una amiga, que se ha interesado de verdad.

Agradezco también a mi gente en Colombia. A mi apoderado, colega y amigo Benjamín Díaz, una certeza en mi vida, a Víctor Molina, muy atento a mis requerimientos, a Iván Darío Uribe, por su aval confiado, a Alejandro López, asistente incondicional, al grupo que me acompañó en campo: Val, Eddy, Dubier, Luisa, Julian, Neguer, Alex, las Sandras, María Teresa, Deissy, Lucas, Camilo, Fernando “el pálido” y a Aura “la india”. A Luchito, amigo de rumba y fiel a mi trabajo, a mayo, compañera de toda una vida, a Paula Restrepo, Valentín González, Eddy Bedoya y Dubier Urrego, por velar por mis cosas y a los vecinos Sánchez Rendón, una esperanza más allá del barrio. A la comunidad de Macondo y en particular a su líder comunitario Benigno López, y a los colaboradores del asentamiento: don Cristóbal, Cornelia, Francisca, Maritza y a la bella Elena. A quienes me regalaron un poco de su tiempo para las entrevistas: profesores, periodistas, estudiantes, investigadores, políticos, empresarios, amigos, escritores, artistas, entre otros.

Y, cómo no, a mi familia: a mi señora madre, modelo de resistencia en tiempos de guerra, a mi hermana Marina, mi cuidadora, a su familia: Juana, Jaime y Manuela, cada uno participó en su momento y han acunado a Úrsula, mi perra. A mis hermanos: Iván, por sus apuntes musicales, a “Ocalo”, por sus acuarelas para el libro y a León, por sus palabras tan certeras en torno al cuerpo y al desplazamiento. A Cristina y al “diablo”, a Aleja, a todos gracias por creer en mí.

Y a mi gente mexicana: a los Hernández Valdivia, mi familia “extensa” aquí, que me ha ofrecido un nicho afectivo y la amistad de la señora Carmen, y a mi familia “nuclear”: a Jessy, espejo de mi infancia, encuentros y desencuentros, a Jorgito, tan generoso, tan amigo y tan irreverente, a Calí, risas, tristezas e ilusiones y a Vicente, el renacimiento en tierras mexicanas, tiempos y destiempos.

A las instituciones. A la Universidad de Antioquia, al Instituto de Educación Física, al grupo de investigación Cultura Somática, al grupo de Neurociencias, en especial a Francisco Lopera y al grupo de Bioantropología, a Jorge Ossa y a Darío Gil: comisión de estudio, contribución económica, respaldo y prórrogas. Al ITESO, al Colegio Académico DECS y a departamento de Estudios Socioculturales, a Jorge Ochoa, a Alfonso López y a Adriana González: colegiatura, reconocimiento, oportunidad de empleo, asistencia académica. A la ONG MANAPAZ, a y a Silvia Cuervo, facilitadora del acercamiento y vínculo con la comunidad. Por todo ello, muchas gracias.

¡Mil y mil gracias a todos!

Tabla de contenidos

<i>Introducción</i>	<i>1</i>
La modernidad en transición, un marco indispensable	8
Itinerario para las respuestas posibles	11
<i>Proceso de indagación. O la tensión entre la idealidad y la realidad</i>	<i>24</i>
1.1 Delimitaciones empíricas:	25
1.2 Estrategia de acercamiento:	28
1.3 Del acercamiento	35
1.4 Análisis: una dialéctica entre la matriz perceptiva del investigador y la contundencia del objeto “encontrado”	42
1.5 La validación “otra comunidad”	56
1.6 El informe	57
1.7 Las piezas sueltas	59
<i>Colombia: flujos entre el país, la región y el asentamiento</i>	<i>61</i>
2.1 Esclavos y desplazados: encuentros y desencuentro	61
2.2 El país: Colombia, una dialéctica de lo bello y lo ominoso.	63
2.3 Narrativa del conflicto armado. Entre lo propio y lo ajeno	67
2.4 La región: Urabá, esa bella orilla florida	77
2.5 El asentamiento: Macondo, en busca del territorio perdido	84
Corolario	88
Más que piel. La cultura corporal en Macondo	91
<i>3. 1 apuntes conceptuales</i>	<i>92</i>
Corolario	183

Pasión, reacción e inscripción (paisaje del miedo)	189
4.1 <i>Apuntes conceptuales.</i>	190
4.2 <i>Miedo y desplazamiento: el cuerpo en jaque</i>	195
4.3 <i>Miedos antropológicos: miedo a la muerte, mutaciones y renovaciones</i>	197
4.4 <i>Miedos cómplices: de la huida a la acción</i>	205
4.5 <i>Miedos Nuevos: el cuerpo entre el riesgo y la esperanza</i>	213
4.6 <i>Miedos Viscerales: el cuerpo constreñido</i>	221
<i>Corolario</i>	222
Escritos en el cuerpo (paisaje étnico)	225
5.1 <i>Apuntes conceptuales</i>	226
5.2 <i>Nosotros: el cuerpo como inmediatez</i>	230
5.3 <i>Los otros: el cuerpo evidente</i>	251
5.4 <i>Territorio: el cuerpo signado</i>	270
<i>Corolario</i>	280
Voces del silencio (paisaje biopolítico)	287
6.1 <i>Apuntes conceptuales</i>	288
6.2 <i>El conflicto: el cuerpo invisible</i>	291
6.3 <i>Instituciones: el cuerpo domeñado</i>	295
<i>Corolario</i>	319
El cuerpo en el escenario de las ciencias sociales	321
7.1 <i>La modernidad reflexiva: una opción para el cuerpo</i>	322
7.2 <i>El cuerpo: de objeto a método, una apuesta desde las ciencias sociales</i>	324
7.3 <i>Los paisajes, una convivencia biopolítica</i>	328
7.4 <i>El cuerpo un lugar se síntesis en la construcción social del miedo como referente identitario, en escenarios de conflicto (los paisajes)</i>	333
Bibliografía	337

Creo en la racionalidad y en la posibilidad de apelar a la razón, sin convertirla en diosa. Creo en las posibilidades de la acción social significativa y en la política transformadora, sin que nos veamos necesariamente arrastrados hacia los rápidos mortales de las utopías absolutas. Creo en el poder liberador de la identidad, sin aceptar la necesidad de su individualización o su captura por el fundamentalismo. Y propongo la hipótesis de que todas las tendencias de cambio que constituyen nuestro nuevo y confuso mundo están emparentadas y que podemos sacar sentido a su interrelación. Y, sí, creo (...) en que observar, analizar y teorizar es un modo de ayudar a construir un mundo diferente y mejor (Sánchez Ruiz. La investigación latinoamericana de la comunicación)

En situaciones de crisis, propiciadas por cambios económicos – sociales de gran magnitud, como los que nos estamos refiriendo, cobran singular importancia los proyectos políticos y ético - culturales; tanto los de aquellos que manejan el poder institucional desde el Estado como los de las fuerzas alternativas que intentan reemplazar las viejas élites y sustituir o transformar el orden político; pero si los proyectos no existen o carecen de capacidad de convocatoria, las crisis entran en su fase de aceleración y se configura la deslegitimidad en todos los órdenes de la vida social, a lo que Gramsci llama crisis orgánica (María Teresa Uribe. Nación, ciudadano y soberano)

Introducción

“Para vos ¿qué es el cuerpo?: es la posibilidad de que los otros me reconozcan...es lo que yo soy, es lo que me permite pelear mis derechos, es lo único que tengo...es con lo que paso bueno...es con lo que me defiendo...es lo que me permite ganarme la vida...es con lo que tengo hijos ¿el cuerpo? ¡El cuerpo es todo, hermano!” (Testimonios de jóvenes en Medellín)

La Cultura corporal, un lugar de síntesis en la construcción social de miedo, como referente identitario, en escenarios de conflicto, es un título que encierra: una trama conceptual compleja (*cuerpo – miedo – identidad -biopolítica*), una propuesta teórica - metodológica que instala al cuerpo como objeto y lente de la investigación social y, muy significativamente, este título entraña un proceso de discernimiento epistémico, de sensibilización política y de retos personales, que han mutado en el largo camino de este estudio.

Alguna vez leí “El maestro de escuela”, del escritor antioqueño Fernando González y bien recuerdo el impacto que me dejaron párrafos como el siguiente:

(...) Esta película opaca cubría también toda la apariencia de la señora. Su atmósfera nerviosa estaba desmoralizada. Lo hermoso aún eran los dientes. Treinta y ocho años, pero la yunta de la pobreza y la introspección los multiplicaron por dos. Fláccida. Estatura pequeña. Debió ser regordeta y de tejidos duros, muy graciosa; la cabellera debió ser muy hermosa, pero ahora caía, carente de esa cierta erección y brillo, es decir, del ritmo vibrátil del pelo de los contentos. Era entrecana, y las canas más gruesas que los otros cabellos. El vientre prognato y caído, con alguna desviación a la izquierda, por cargar en el lado del corazón a los hijos. (González, 1995: 25 – 26)

Lo que de allí retomé fue la mirada al cuerpo como un registro del contexto cultural, del entorno inmediato, de las prácticas y, por supuesto, de nuestra propia vida, de nuestras

preferencias y elecciones. Y es justamente, esa la inquietud que me ha asistido para llegar plantear el problema que aquí me ocupa.

Así, senos, muslos, labios, ojos, corazón, vientre, ombligo, cabello, pene, pezones, ano, cerebro, intestino y testículos, son parte *del cuerpo* y también mucho más: configuran la lente para observar y capturar el objeto/sujeto de estudio del presente trabajo y poder aproximarnos a la comprensión de lo que sucede en el entorno, abordar la dimensión política *del cuerpo*, su función en *la reconfiguración de identidades* y su participación en la dinámica del tejido social. Se busca “hurgar” en el territorio de *la corporeidad*, penetrar la complejidad y navegar en la incertidumbre que significa atreverse con *el cuerpo* “de otros” para avanzar hacia la consolidación de unas narrativas que sitúen a *la cultura corporal* en el escenario de construcción del proyecto social: país – ciudad – región.

La pregunta que aquí se plantea: *¿Cómo se manifiesta en la cultura corporal el miedo y qué relación guarda con la conformación de identidades sociales que emergen en el escenario del conflicto?*, tiene como población de interés a *los desplazados*, producto *del conflicto* armado, que se vive en los diferentes municipios que conforman el departamento de Antioquia. La migración forzada hacia Medellín, dibujada en un panorama social confuso y enmarañado, que toca con el orden de lo espacial (muchas más personas en la misma área delimitada), como con el patrimonio cultural (sistemas de creencias, costumbres, referentes simbólicos, territorios, recursos, ideales, usos *del cuerpo*) tanto de los pobladores locales como de aquellos que “juegan de visitantes”, no invitados.

Para apreciar el problema, nodo de este estudio, es necesario identificar las particularidades del contexto de Medellín, entender la agudización *del conflicto*, qué significan los nuevos migrantes y la impronta sobre su *corporeidad*.

Medellín: escenario para la construcción de nuevas identidades hechas cuerpo

Esta cultura, arraigada y vital no pudo ser una cultura sólida, una cultura de convivencia, de identidad ciudadana. Medellín es un conglomerado urbano que no ha podido ser ciudad. Es una colcha descosida de culturas pueblerinas. La clase dirigente paisa no fue capaz de responder al desafío de construir una ciudad como espacio de encuentro y comunicación, y construir una cultura de convivencia con un proyecto de modernidad. (Alonso Salazar. La Resurrección del desquite)

Medellín, ofrece un horizonte complejo cuando se intenta describirla. Es una cultura de *bricolage*, producto de una conformación social con un alto porcentaje de origen campesino, que en combinación con comerciantes, mineros, artesanos y obreros de la industria naciente constituyó el sustrato inicial de una cultura caracterizada por su afán de progreso. En la actualidad y desde hace muchos años, esta ciudad está inmersa en un desarrollo violento y uno

de los posibles favorecedores de estas situaciones es el forzado proceso migratorio. Hasta mediados del siglo XX, el 60% de los actuales habitantes de Medellín, cabecera del departamento de Antioquia, vivían en el campo como minifundistas (propietarios de pequeña explotación agrícola o minera), como asalariados, o combinando los dos oficios. Un fuerte proceso de migración desde 1955, invirtió la composición de la población. Hacia 1985 ésta era del 65% urbana y del 35% rural. La década de los 90 y lo que va corrido del nuevo siglo se ha caracterizado por una movilización campo - ciudad obligada por *el conflicto armado*, lo que ha dejado como resultado una nueva categoría de habitantes reconocida como: *los desplazados*.

Expulsada de su medio rural, esta población se ha insertado a la vida urbana, lo que ha significado una transformación poco inteligible, tanto del estilo de vida rural como del urbano. Hoy día, para los habitantes de la ciudad - la denominada comunidad receptora-, las condiciones son difíciles cultural y socialmente. Medellín es una ciudad que está organizada por estratos socioeconómicos del 1 al 6, siendo 1 el de más bajos recursos y 6 el más alto en poder económico; pues bien, en los estratos 1, 2 y 3, que representa un 70% de los habitantes de sus habitantes, estas condiciones se ven agravadas por la pobreza; *los desplazados*, como nuevos pobladores, no están incluidos en esta clasificación, puedo decir que no alcanzan, siquiera, al estrato socioeconómico 1 y que configuran un estrato silenciado, pero existente.

Con la migración forzada a la ciudad surge un juego desequilibrado entre los pobladores y el espacio geográfico, de tal manera que las laderas fueron pobladas por los nuevos habitantes y los límites de la ciudad fueron alterados. La concentración en las zonas empinadas ha significado hacinamiento, densidad de construcciones y pérdida de áreas públicas, limitaciones del movimiento y de la recreación. La ciudad planeada fue penetrada por una ciudad insospechada, impensada y oculta. En la actualidad se vislumbra una tercera ciudad, la de las calles, habitada, entre otros, por los “hijos del desplazamiento” que vive Antioquia, para la cual Medellín opera como el receptor más importante de los “expulsados” de su tierra.

Con el desplazamiento, es decir, con la desterritorialización de los campesinos, se presenta un *desdibujamiento de los referentes identitarios de raigambre territorial*, condición de cara a la cual existe una alternativa por indagar y es *la emergencia del cuerpo como territorio de significación*. Estudios anteriores¹ he llegado a la conclusión de que “En Medellín, los pobladores se aglutinan en torno a ideales de protección, de reconocimiento, de diferenciación y de afirmación en el espacio, por medio del “espacio” inmediato que es *el cuerpo*”, refiriéndome con ello a las alternativas de configuración de identidades por la vía del deporte y de *la motricidad*. Se trata de explorar *el cuerpo* como territorio, que voluntaria e involuntariamente, positiva o negativamente, es marcado, a la manera de signo producido colectivamente, en razón de la circunstancia social conflictiva.

Cuando se abandona el “terruño”, se abandonan también los símbolos identitarios que dan sentido a cada sujeto y su grupo; la movilización social, del campo a la ciudad, implica entrar en contacto con diferentes grupos, clases y tipos de personas y lugares, y a su vez trae asociado un costo representado por el velamiento de los referentes culturales. Ello genera la

1 No matarás. Las expresiones motrices como alternativa de reconstrucción de cultura en la ciudad de Medellín. Arboleda, Rubiela. Tesis para optar al título de Antropóloga, Universidad de Antioquia, 1995

necesidad de crear nuevos *referentes de identidad* y la consecuente necesidad reconfigurar *las prácticas corporales* cotidianas en los nuevos contextos urbanos. Los migrantes forzados se encuentran ante un entorno diferente con respecto al cual sus usos y costumbres o bien no son posibles o bien no encajan en las nuevas perspectivas ciudadanas. Si se conviene que los cambios sociales y culturales contemporáneos generan modificaciones en el estilo de vida y en las prácticas propias de cada grupo, se convendrá que las costumbres se renuevan y se instauran con participación de diferentes agentes sociales, quienes desde su percepción del entorno asumen pautas de comportamiento, por medio de las cuales expresan tanto su interpretación, como sus propuestas, interrogantes, emociones y reacciones frente a un contexto, en ocasiones amenazante, como es el caso de *los desplazados*. La respuesta a los mensajes e impactos que se reciben en los diferentes ambientes cotidianos están mediadas por las circunstancias sociales que caracterizan la época, así, *la cultura corporal* se expresa en un contexto y lo evidencia.

El desempleo, asociado a las carencias en educación, las precarias y riesgosas viviendas, la deficiente alimentación, los insuficientes servicios *de salud* y la carencia de espacios para las *expresiones motrices* hacen a estos sectores sociales altamente vulnerables a diferentes amenazas. En las dimensiones: *sexual, motricidad, ideal estético, salud y producción* se pueden observar las modificaciones en las percepciones, actitudes, prácticas y representaciones en torno a los usos *del cuerpo*.

El desplazamiento obligado de los municipios hacia Medellín trae de suyo la instauración de *prácticas corporales* de supervivencia que involucran dimensiones de *la cultura corporal* como lo son *la sexualidad y producción*: la ubicación en los semáforos es cada vez más masiva, de algunos adultos y más niños, hombres y mujeres, negros y menos negros, buscando sustento. El riesgo de la prostitución infantil, masculina y femenina constituye el destino más promisorio para muchos de los jóvenes *desplazados*, así en *la producción y la sexualidad, el cuerpo* es expuesto y marcado de tal forma que los referentes simbólicos que capacitan al individuo para contestar a la pregunta ¿quién soy? y recordar ¿quién ha sido?, se han camuflado en la búsqueda de la supervivencia.

En el caso de *la salud*, en los sectores más pobres, todavía no se han erradicado muchas enfermedades infecciosas y gran número de personas se enferman o se mueren por falta de recursos o por *conflictos sociales* agudos. Las tensiones urbanas, a las que *los desplazados*, se ven sometidos intempestivamente, son sintetizadas por *el cuerpo* en patologías y en otros registros, no tan evidentes, que de igual manera los signan. Por el reducido espacio para las actividades físico-deportivas, de recreación y tiempo libre la población no cuenta ni siquiera con la posibilidad de aprovechar el potencial preventivo y rehabilitación de *las expresiones motrices* con respecto a *la salud/enfermedad*. Esta calidad de vida tiene *al cuerpo* como lugar de recepción que lo compromete y lo amenaza. Los últimos registros de Pediatría Social del Hospital San Vicente de Paul², indican que los niveles de desnutrición, problema que se creía erradicado, han aumentado de una manera vertiginosa. La conjugación de estos factores

2 Se trata de la institución de salud, sin ánimo de lucro, mas prestigiosa de Antioquia, vinculada a la Universidad de Antioquia y que presta sus servicios a todos los municipios del departamento. Su sala de urgencias, valga anotar, es mundialmente reconocida como centro e formación por la capacidad y la efectividad de su atención en momentos de crisis social en los cuales ha funcionado como un auténtico “hospital de guerra”.

sociales, con el desarrollo de la vida urbana asociado al estrés, con la imposición del consumo característico de la modernidad, y con la violencia, todo ello es experimentado por *los desplazados* a Medellín como una amenaza a la integridad individual que afecta *los usos del cuerpo*, el mantenimiento de *salud*, el estilo de vida, la integración social y se traduce en emergencia de *identidades* insospechadas, que apenas si se vislumbran.

En Medellín se han agudizado los factores disociadores, con ello *los conflictos* y el consecuente *miedo* que se ha enclavado en la vida cotidiana. La historia acumulada de “terrorismo” rural promovido por la lucha de los partidos políticos tradicionales, el narcotráfico, las altas tasas de desempleo urbano, el desplazamiento rural – urbano y la falta de mecanismos de inserción de los inmigrantes a la sociedad establecida, entre otros agentes, contribuyeron a recrudecer las formas conocidas de violencia con otras nuevas provenientes del Estado, la guerrilla, el paramilitarismo, el narcotráfico, la delincuencia, la familia, la política, etc., que remiten *al cuerpo* como objeto de tortura, de crueldad, de sadismo o de sometimiento, en fin, a *una cultura corporal* en la que se sintetiza *el miedo* que proviene del contexto.

Al desdibujamiento de los referentes de *identidad* se agregan otros determinantes del actual modo de vida en la ciudad. El quiebre de las relaciones e *instituciones sociales tradicionales*, el deterioro de los sistemas de control social, han llevado a la distensión de la normatividad social de la cual el violencia es uno de los síntomas más evidentes. De otro lado, *las identidades emergentes* desbordan los modelos ideales de ciudadanos y no encajan el modelo “pensado” por *las instituciones*: trabajadores, emprendedores, hombres de familia, honrados, creyentes, con profunda asepsia moral y física (el aseo es un símbolo de la “atioqueñidad”³) y la vía de la exclusión/ omisión, es la opción estatal que deja sin atención a una creciente masa de la población. “*Si se analiza la historia reciente del país, los últimos 40 años, nos encontramos frente a una brecha cada vez más grande entre las demandas sociales y las respuestas políticas*” (Uribe, 2001: 33)

El Estado y sus *instituciones* desconocen el devenir social y cultural de *los desplazados*, lo cual se expresa en la negación *del Estado- instituciones* a reconocer a los “nuevos ciudadanos” y en la carencia de propuestas *institucionales* frente a las demandas particulares de los migrantes hacia la ciudad de Medellín. “*Espacios definidos como de ausencia institucional, la que alude más bien a que los referentes simbólicos de la sociedad mayor no funcionan y los pobladores asumen su vida a través de referentes diferentes, de prácticas sociales y sistemas de cohesión que están aún por estudiar*” (Uribe, 2001:51)

Medellín, es una ciudad en la que se rinde homenaje al trabajo, a la producción y a la juventud, por esto: la vejez, la imperfección corporal, la enfermedad, las psicopatologías, el vicio, y la pobreza, conducen a la desaparición social de quien padece alguno de estos síntomas. Así las cosas, *la identidad/estigma de desplazado* trae de suyo una suerte de

3 La investigación “La cultura somática en adolescentes escolarizados de Medellín” concluye: “De otro lado es posible decir, que para toda la muestra, el aseo adquiere una categoría estética y se constituye en una práctica propia, un “deber ser” de la cultura de Medellín, que aproxima efectivamente la Apariencia Real a la Apariencia Ideal de l@s adolescentes” (Arboleda, et al, 2000)

supresión en el concurso social, son los excluidos de la sociedad actual, sacados de sus tierras y lanzados en el vacío de una ciudad que no los reconoce como suyos y que trata por todos los medios de ignorarlos, como aquello terrible que es preferible no ver.

En breve, Medellín es una ciudad particularmente afectada por la violencia, proveniente de diferentes fuentes: narcotráfico, guerrilla, paramilitarismo, Estado, pobreza, delincuencia común, familia, medios de comunicación, instituciones. Y expresada en diferentes categorías: quiebre de *la identidad*, disminución de los lazos de comunicación, transformación de valores, desconfianza en las instituciones, drogadicción, agresiones físicas, morales y *miedo*. Todo ello deja su impronta sobre la corporeidad de *los desplazados*, lo cual se proyecta en la integración social y en la generación de *nuevas identidades*. *El cuerpo* puesto en escena por prácticas marcadas por *el miedo*.

La pregunta por la relación *cultura corporal – miedo – conformación de identidades y política*, adquiere significancia en una ciudad que se transforma por las migraciones, que se empobrece por las demandas, que se agota en sus ofertas, que desconoce sus nuevas *identidades*, que se consume por *el miedo* y que marca *el cuerpo* de sus pobladores como territorio simbólico inmediato. Así las cosas, no es posible continuar en el regodeo estético del pensamiento sobre *el cuerpo* en el concurso cultural, que era mi perspectiva, vía literatura; en el balance de consideraciones, elecciones y posiciones, se ha convertido, mas vale, en un deber moral, otorgarle *al cuerpo* su dimensión *política* y explorarlo como lugar de ejercicio del poder, en un contexto social que no admite espera, no tolera aplazamientos y pide “a toda voz” ser escuchado, mirado y pensado.

De cara a esta atmósfera, derivo algunas preguntas que me orientaran en este estudio: ¿Cómo intervienen los agentes *del conflicto* (amenaza – *miedo*) en *la cultura corporal de los desplazados*? ¿Qué factores se pueden reconocer en *la cultura corporal* de los actores investigados que permitan acercarse a la función social *del cuerpo*? ¿Constituye *el cuerpo* un territorio emergente de significación ante la “desterritorialización” (pérdida del espacio geográfico) producto del desplazamiento? ¿Cuál es el lugar que ocupa *el miedo* como agente del desplazamiento y cómo deviene en “usos” *del cuerpo* que otorgan *identidad a los desplazados*? ¿De qué manera *el cuerpo* puesto en el centro del análisis social puede revelar procesos históricos y estructurales? ¿Cuál es el papel que juegan las instituciones de cara a la reconfiguración de identidades en la relación *cuerpo – conflicto*? ¿Cuáles serían los desafíos metodológicos que implicaría acercarse a la problemática *cuerpo – sociedad* desde el marco de la complejidad?

Se trata pues de instalar *al cuerpo* en el centro de la reflexión del problema social, para desde ahí interpretar a los sujetos sociales en la dinámica de los escenarios urbanos. En esta búsqueda, las dimensiones de *la cultura corporal* (*sexualidad, motricidad, estética, salud y producción*) se perfilan como hilos conductores para identificar las nuevas *identidades*, emergidas *del miedo* generado por el *conflicto social* a las que son sometidos algunos sectores de la población. Se busca también determinar la función de *las instituciones* en la modulación del mismo, y las acciones de *resistencia* de los actores.

Ahora bien, *la cultura corporal*, incluso la de *los desplazados*, no escapa a las características del contexto mundial que marca pautas en relación *al cuerpo*: cambio en los principios orientadores del comportamiento, desacralización del mundo, ruptura del paradigma tradicional de familia, globalización, brecha generacional, encuentro campo ciudad, sometimiento en el sistema educativo, escisión de género, *identidades* mutantes, retorno de la mirada *al cuerpo*. Las nuevas creaciones culturales, manifiestas en y por *el cuerpo*, pertenecen a diferentes categorías que oscilan entre lo violento y lo lúdico, entre lo destructivo y lo artístico, entre lo saludable y lo punitivo, entre *miedos* y conjuros, sin ser muy claro el momento del tránsito. Guerras, guerrilla, paramilitarismo, narcotráfico, masacres, corrupción, genocidios, éxodos, invasiones, armas químicas, potencias nucleares, miseria... hambre y frío...categorías todas constatables en la actualidad mundial, hacen tambalear los cimientos de la estructura moderna “*En la era de la ciencia triunfante se anunciaban también remedios definitivos para todas las tribulaciones básicas de la vida (desde la pobreza hasta la mortalidad), así como una fórmula que podría aportar las bases seguras a toda la certidumbre humana, frágil hasta entonces. (...) Una de las promesas más destacadas de esta larga fila, la promesa que nunca se ha cumplido, era la liberación del cuerpo*” (Heller y Fehér, 1995: 9). En consecuencia, el sujeto abandonado de sus metagarantías y de cara a una realidad amenazante busca y asume sus propias estrategias que velen su vulnerabilidad. *El cuerpo* es una importante vía para la reconstrucción de una idealidad, ya sea la del sueño de perdurar, ya la de un mejor estar en el mundo. Se trata aquí de indagar por las maneras como cada grupo social organiza sus propias vías para escapar *al miedo*, mitigar y controlar su vulnerabilidad.

Abordar la interpretación de la cultura y del “hecho social” desde la articulación *corporeidad – miedo* no sólo representa generar nuevos espacios de discusión teórica de corte antropológico, sociológico, filosófico (estético), cultural y político, y con ello nuevos conocimientos, sino que acarrea un esfuerzo por reconocer *al cuerpo* en su función cultural emisor y receptor *del conflicto* y destacarlo como una importante opción de intervención social. Significa, por lo demás, explorar metodologías, desde el marco de la complejidad, que aportarán nuevas rutas de acceso a los “objetos/sujetos” en las ciencias sociales.

Reflexiones e indagaciones anteriores sobre *el cuerpo* no han permitido discernir y comprender sus misterios y una(s) nueva(s) pregunta (s) emerge (n) de cara a la relación *cuerpo* y cultura en un contexto urbano marcado por el conflicto social. Y es que establecer que *el cuerpo* es producto de las inscripciones culturales no es suficiente para comprender su dimensión *política*, su participación en el juego de poder, su significación en la construcción *de identidad*, su función como territorio de referentes simbólicos colectivos. La situación crítica que vive Medellín y *los desplazados*, reclama una participación, que desde las ciencias sociales, ofrezca, por lo menos, estrategias para su comprensión; una suerte de dispositivos que permitan pensar la ciudad: a sus sujetos, actores y agentes en la lógica del *conflicto social* que los envuelve y sus huellas en *la corporeidad* como lugar de cruce y de manifestación de dicho *conflicto*. Para Latinoamérica en general y para Colombia en particular, es oportuno intentar profundizar en aquellos vectores que conectan *cuerpo – miedo – política e identidad* y las maneras de exorcismo que han emergido en forma espontánea y autónoma, para desde allí consolidar las estrategias que conduzcan a la reconstrucción del tejido social en un proyecto democrático de país – región- ciudad

Estoy convencida de que “*traer el cuerpo*” al escenario de las ciencias sociales no sólo significa abrir una veta inexplorada de conocimientos del orden social y cultural, sino que representa un reto como vía de acceso a la comprensión e interpretación del ser humano (sujeto, actor, agente) en su constitución integral, lo que, de paso, ofrece una posibilidad de integración disciplinar. En una sociedad que se desmorona, este estudio considera que *al cuerpo* como opción de emancipación y esperanza.

La modernidad en transición, un marco indispensable

“Todo el espacio de la sociedad de consumo tiene la misma estructura: no hay lugar para el cuerpo” (Jesús Ibáñez. Del algoritmo al sujeto)
[Empero,]

“De todas maneras es muy curioso, muy extraño y muy equívoco: un espíritu del cuerpo flota en esta época...”
(Daniel Denis. El cuerpo enseñado)

Son varias las concurrencias de la época que posibilitan situar al cuerpo en el centro de la reflexión sociocultural y que podrían sintetizarse en la transición de la modernidad. Dos asuntos connaturales a ésta, la transdisciplinariedad y la complejidad, se constituyen en avales que otorgan *al cuerpo* un significado como lente para observar y discernir los procesos característicos de las lógicas que movilizan el mundo contemporáneo. Justamente, con la modernidad reflexiva como bastidor, pretendo tejer conceptos del presente estudio *cuerpo – miedo – identidad y política*. Entramado, sólo posible en la investigación social, en los marcos de una nueva modernidad.

Con muchos adjetivos se ha calificado la transformación de las pautas orientadoras, tanto para interpretar como para habitar el mundo. Posmodernidad (Lyotard, Harvey, Senté) modernidad desbordada (Appadurai) constelación posnacional (Habermas), nueva modernidad, modernidad reflexiva (Giddens, Lash, Beck), segunda modernidad (Beck), modernidad líquida (Bauman) en fin, significantes diversos para denominar una circunstancia semejante: el remesón que experimentan los sustratos paradigmáticos que han sostenido la lógica con la cual se han “organizado” los discursos de la ciencia, de la tecnología, de la cultura, de la vida cotidiana y con ello, lo referido al cuerpo.

El tránsito entre “las modernidades” se caracteriza por la incertidumbre, la ambigüedad, la simultaneidad, la convergencia, la sospecha sobre el devenir, el “funambulismo”; esta atmósfera es una referencia obligada en las reflexiones teóricas actuales, porque no sólo son una abstracción que permite decir, sino que deviene en realidad que marca el ser, el hacer y el estar. Para Bauman (2003) “*Es, al mismo tiempo, un vector de emancipación de los individuos, que potencia su autonomía y les convierte en sujetos de derechos, y un factor de creciente inseguridad, que hace a todos responsables del futuro y les obliga a dar a su vida un sentido que ya no está prefigurado*” (Bauman, 2003: 30)

En el terreno de la ciencias, se expresa en el desdibujamiento de las claridades y el delineamiento de nuevas oscuridades, en la pregunta sobre lo ya sabido, en la emergencia de otras formas de conocer, en la disposición hacia el dato cualitativo y la duda sobre lo cuantitativo, en la relatividad de la estadística, en el diálogo entre los saberes, en los epistemes polisémicos, polivalentes, pluridimensionales, en los objetos compartidos, en el reconocimiento del sujeto, en los métodos en diálogo, esto es, la concepción clásica de ciencia se deja permear y es posible hablar de complejidad, de interdisciplinariedad y transdisciplinariedad. Y es precisamente ahí, en esa apertura, donde *el cuerpo* es descolocado y pierde su raíces en la naturaleza y en la biología y puede filtrarse en los escenarios disciplinares de lo sociocultural. La razón Moderna cambió de metafísica y en el lugar en donde estaba para los griegos el ser colocó el orden, esto es cada cosa en su lugar y un lugar para cada cosa, que tiene que ver con la univocidad “algo es lo que es” (Martín Barbero, notas de seminario, 2004) y Bauman nos dice que ese concepto de orden es la base de la idea del dominio del mundo. La modernidad está caracterizada por instrumentos con los cuales se ha intentado resguardar al ser humano de los peligros a los que tenía expuesto el orden, en un mundo desordenado que es igual que la irracionalidad. (Bauman, 1996)

La evidencia de la instrumentalización racional del mundo ha sido *ese cuerpo* fragmentado, fracturado, medido, objetivado, despedazado de la modernidad positivista. “*Si se aplica la racionalidad al Cuerpo, ésta niega primero el sustrato del cuerpo, lo corporal (al intentar ‘sublimarlo’); en segundo lugar, niega su ‘diferencia’.* La racionalidad tiene principios y generalizados que prescriben cómo debería ser el Cuerpo, y que si éste es rebelde se llamará ‘desviado’ o perverso y deberá ser castigado” (Héller, 1995:21) En la modernidad reflexiva, por el contrario, *el cuerpo* adquiere una dimensión integral que lo inscribe en los contextos y lo escribe con los trazos de la cultura. *El cuerpo* pues deja de ser una constante biológica y psicológica, para convertirse en un constructo social que sintetiza la dialéctica naturaleza-cultura. *Un cuerpo* que enseña los padecimientos propios de la condición de “objeto precedero” pero, también y principalmente, que permite leer en dichos padecimientos la circunstancia social del “sujeto colectivo”.

En este sentido acojo la transdisciplinariedad y la complejidad como expresiones de la reflexividad de la ciencia que ofrece discursos y métodos para dar cuenta de un objeto/sujeto tan resbaladizo, impredecible y extenso como el que aquí interesa. Y, que por lo demás, ha demostrado los límites de la ciencia misma.

De cara a la transdisciplinariedad y a la complejidad a ésta asociada, es pertinente traer algunos artículos de la Carta de la Transdisciplinariedad:

Artículo 3. La transdisciplinariedad es complementaria al enfoque disciplinario; hace emerger de la confrontación de las disciplinas nuevos datos que las articulan entre sí, y nos ofrece una nueva visión de la naturaleza y de la realidad. La transdisciplinariedad no busca el dominio de muchas disciplinas, sino la apertura de todas las disciplinas a aquellos que las atraviesan y las trascienden. Artículo 5. La visión transdisciplinaria es decididamente abierta en la medida que ella trasciende el dominio de las ciencias exactas por su diálogo y su reconciliación, no solamente con las ciencias humanas sino también con el arte, la literatura, la poesía y la experiencia interior. (Convento de Arrábida, 1994)

De cualquier manera la transdisciplinariedad no tiene sólo tesitura académica. Para Jesús Martín Barbero es menester ubicar la transdisciplinariedad, no tanto como un avatar del pensamiento científico sino como una mutación cultural de fondo. Remite a fenómenos que rebasan el campo del conocimiento y de la propia Universidad y por ello es importante sacarla de allí y colocarla en el campo cultural, político y social (Martín Barbero, notas de seminario, 2004)

Para los estudios sobre *cultura corporal*, el paradigma de la complejidad se perfila como una opción que abre puertas a las infinitas dificultades que éste presenta, precisamente, por su polisemia. Varios autores son reconocidos en la teoría de la complejidad: Wittgenstein, Glaserfeld, Luhman, Maturana, Varela, y Morín. En este caso la referencia parte de los aportes realizados por éste último.

Para Morín (1999) el pensamiento complejo:

Complexus, significa lo que está tejido junto; en efecto hay complejidad cuando son inseparables los elementos diferentes que constituyen un todo (como el económico, el político, el sociológico, el psicológico, el afectivo, el mitológico) y que existe un tejido interdependiente, interactivo e interpretativo entre el objeto de conocimiento y su contexto, las partes del todo, el todo y las partes entre ellas. Por esto la complejidad en la unión entre la unidad y la multiplicidad (...) estamos condenados a un pensamiento incierto, a un pensamiento acribillado de agujeros (Morín, 1999: 100 – 101)

La teoría social en la actualidad transita por un territorio movedizo que impide la sustentación unívoca de los distintos rasgos del panorama contemporáneo mundial. Un nuevo orden (¿caos?) ha penetrado las estructuras conocidas y con ello los modelos apreciativos de la configuración y la trama social resultan insuficientes para la interpretación de las interacciones.

Con todo y la lógica de la complejidad a la que asistimos hoy día, es posible rastrear preocupaciones permanentes en las construcciones teóricas con las que se intenta una aproximación “comprensiva” a la circunstancia actual: crisis y efectos de la modernidad, crisis y necesidad de democracia, tensión entre lo global y lo local, distanciamiento Estado – Nación, sacrificio y emergencia *de identidades*, confusión entre homogeneidad y hegemonía son, entre otras, las *nociones sustantivas* que articulan el diagrama conceptual del sistema mundo.

En la modernidad reflexiva está en juego con dos factores incisivos en la transformación contemporánea: la globalización y la migración. Estos asuntos configuran el un mapa de una manera determinante. Si bien, la modernidad es una suerte de constelación en la que es relevante la manera de concebir y acceder al conocimiento y la aprehensión del mundo, la globalización y la migración, son realidades en la que es relevante la manera de habitar el mundo, la vida cotidiana en toda su espesor.

Complejidad, transdisciplinariedad, modernidad reflexiva cruzan el concepto *de cuerpo* y conforman un marco para situar *los paisajes del miedo, étnico y biopolítico*, con los que he abordado el estudio. Este marco reflexivo, más metodológico que teórico, ha aparecido a lo largo del estudio y, específicamente, en el momento de las delimitaciones estructurales del informe. Los componentes de *los paisajes*, como corresponde a su consistencia líquida se han filtrado unos en otros y más aún cuando se ha rastreado desde “*un cuerpo integrado*”.

Si bien *modernidad – reflexividad y complejidad* son una inevitabilidad del mundo actual, está ahí aunque no los pensemos, la escritura sigue siendo lisa, en dos dimensiones, es simple y taxativa y creo que no he llegado al punto de dar cuenta de la pluridimensionalidad y de la polisemia del objetos, e incluso, las filtraciones teóricas propia a estos marcos, han producido la sensación de reiteración. Es difícil entender que en las nuevas lógicas del mundo, la distancia más corta entre dos puntos es un gesto; aunque estamos en el camino, no es preparación lo que se requiere, es disponibilidad.

Itinerario para las respuestas posibles

La búsqueda de respuestas a las preguntas generadoras de este estudio me ha llevado por vericuetos teóricos, sólo transitables desde la vinculación de diferentes disciplinas. La tesitura de los ejes temáticos *miedo – identidad – política*, trae de suyo, una composición conceptual densa que, a medida que se la penetra, se abre en nuevas rutas hacia diferentes mapas que conforman una cartografía compleja, más aún, cuando se la intenta recorrer bajo la lupa de las dimensiones de *la cultura corporal*.

A continuación expongo el proceso de construcción del conocimiento, avances conceptuales, la manera de acceder a las respuestas y la articulación de las temáticas indagadas. Para cumplir este empeño, me voy a servir de la presentación de los diferentes capítulos con los que he armado el informe de la investigación.

Capítulo I: *Proceso de indagación. O la tensión idealidad, realidad*

En este capítulo, he pretendido hacer un aporte metodológico, construido, paso a paso, en la relación objeto- objetivos - teoría-dato - resultados. Su título connota la tensión permanente entre los planteamientos a priori del investigador (idealidad) y la evidencia social (realidad) que desea aprehender; tensión que he querido describir, de manera un tanto exhaustiva, porque enseña obstáculos y soluciones de la tarea investigativa; en este sentido, anima a las búsquedas complejas y es, en sí mismo, un documento pedagógico.

La metodología con la que he llevado a cabo la investigación la he denominado *Etnografía reflexiva*, significativo con el que he sintetizado: los momentos del proceso de trabajo de campo, la conjunción de diferentes sustratos metodológicos, la obtención de datos por distintas fuentes, la vinculación de “otros” observadores, los variados perfiles que ofreció el problema, la imbricación de estrategias de acercamiento, desde el paradigma cualitativo y la consistencia “resbaladiza” de los asuntos a rastrear. Por lo demás, es mi preocupación sustentar que, es

precisamente, la modernidad reflexiva y sus connaturales: complejidad, transdisciplinariedad y subjetividad, la que admite, como en este caso, ubicar *al cuerpo* en la médula de la investigación social.

En el afán de argumentar la denominación de *etnografía reflexiva*, he acudido a la figura geométrica y a las virtudes físicas del prisma, recurso metafórico, con el que he ilustrado la multiplicidad de lecturas posibles del objeto, los diferentes ángulos de observación y la variedad de matices que ofrece la realidad social. La etnografía (Geertz, 1991), la teoría fundada (Glasser y Strauss, 1967), la transducción (Ibáñez, 1994), el constructivismo (Berger y Lukmann, 1999) la fenomenología (Merleau Ponty, 1975) se entrelazan, cada una desde lo suyo, para dar cuenta de los diferentes tópicos de la investigación. Este enlace lo he presentado gráficamente, en lo que he llamado “*Diagrama de vectores*”, en el que he condensado la propuesta.

En el “*Cuadro relacional*”, he establecido correlaciones entre las fases del proyecto: objetivos, preguntas, supuestos, categorías, instrumentos, hallazgos, para concluir en una estructura tentativa, del informe final. El ejercicio de ubicar estas derivaciones teóricas en la lógica del cuadro, me condujo a la analogía con *los paisajes*, en la perspectiva de Appadurai (2001) que fueron introducidos en la estructura de la tesis *Los paisajes* los he delimitado en concordancia con los ejes temáticos. Un paso importante lo ha marcado la creación *del paisaje del miedo* y la *del paisaje biopolítico*.

El concepto *de paisaje*, ha partido de lo que Appadurai (2001) ha propuesto como

Planos o dimensiones de flujos culturales una suerte de esferas estructuradas por conceptos e imaginarios que son vividos, interpretados y apropiados o rechazados de maneras diversas, según el lugar que uno ocupe dentro de ese mismo campo. - Como en un paisaje, el lugar que uno ocupa en el escenario social modifica la perspectiva y la percepción del fenómeno-. Dice el autor que “intentan llamar la atención [justamente] sobre el hecho de ser, fundamentalmente, constructor, resultado de una perspectiva y que, por lo tanto, han de expresar las inflexiones provocadas por la situación histórica, lingüística y política de las distintas clases de actores involucrados (Appadurari, 2001:47).

El término *paisaje* me ha permitido, por un lado, señalar la fluidez e irregularidad de estas diversas constelaciones y, por otro, indicar puntos en común entre dominios, en apariencia, diversos como: *la política, el miedo y la identidad*. No es gratuito pues, que el enlace con *los paisajes* de Appadurai, haya surgido justo en el momento analítico, en un marco reflexivo, por cuanto: ubica al que observa “en su ángulo” y, a su vez, nos muestra que los tópicos que configuran un eje temático tienen pertinencia entre sí y, además, fluyen hacia otras esferas. Adquiere de nuevo presencia la imagen-efecto del prisma y sus múltiples proyecciones, es tal como una tensión entre la polivalencia del objeto social y la polisemia para quienes observan. De la clasificación que hace Appadurai (2001), he retomado la de *paisaje étnico* y propongo dos más. *Los paisajes*, como se podrá observar en informe, me permiten dar singularidad a los ejes - los que conforman los capítulos IV. “*Pasión, reacción e inscripción*” (*Paisaje del Miedo*, en el que se inscribe el eje miedo); el capítulo V. “*Escritos en el cuerpo*”, (*Paisaje*

Étnico en el que se inscribe el eje identidad) y el capítulo VI. “*Voces del silencio*” (*Paisaje biopolítico*, en el que se inscribe el eje política).

Por último, en la presentación del “*Proceso de indagación...*” ofrezco las pautas del análisis, las emergencias y ocultamientos de categorías, en el camino del mismo, y la manera como se ha llevado a cabo la estructura última. He querido atender aquí los objetivos que me he planteado de: explorar metodologías que den cuenta de la relación *cuerpo* – sociedad, en el marco de la complejidad; y generar nuevas estrategias para la construcción del conocimiento en torno a la interpretación de la cultura a partir de los *miedos* inscritos en *el cuerpo* y en una perspectiva histórica.

Capítulo II: *Colombia: flujos entre el país, la región y el asentamiento*

“*Colombia: flujos entre el país, la región y el asentamiento*”, es una descripción, socio-histórica, de las movilidades sociales, protagónicas del ordenamiento nacional y del repoblamiento urbano. Atravesado por *los paisajes del miedo, étnico y biopolítico*, este capítulo da cuenta de la ideología bipartidista y estructural, de las narrativas *del conflicto armado*, de la violencia y la disputa por la tierra, como ejes de pervivencia histórica, de los propósitos que asisten el éxodo campo - ciudad, de los efectos del intervencionismo en el Pacífico colombiano, de las vicisitudes de *los desplazados* campesinos y, en particular, de *las negritudes* afrodescendientes que habitaban Urabá, hoy ubicadas en Macondo⁴

Este capítulo lo he realizado, fundamentalmente, a partir de fuentes secundarias, con las que he construido un extenso estado del arte; ello deriva en la recurrencia a citas que permitieron ir ensamblado la estructura completa de texto. Dadas las pertinencias del presente estudio y mis limitaciones en el campo de la historia política colombiana, debo precisar, que si bien el corpus del ensayo lo dejé en manos de expertos en el área (Akerman, 2005, Tirado Mejía 2000, Uribe, 1995 a 2005, Arocha, 1998, Maya 1998, Pecaut, 1987, entre muchos otros) la “convocatoria” a dichos expertos, las posturas ideológicas seleccionadas, las citas relevadas y los vínculos analíticos, encarnan mi propia reflexión sobre el panorama político y social del país.

La estructura con la cual he encajado los diferentes acápite está orientada por los ejes temáticos: *cuerpo* – *miedo* – *identidad* y *política* y centrada en los actores de interés, *desplazados* y *desplazados negros*. Las narrativas encontradas referentes a la trata de Cartagena y la experiencia reciente del desplazamiento en *las negritudes* colombianas, me han mostrado algunos correlatos entre estos dos momentos históricos, definitorios de la

4 Los toponimias, los nombres personales, de las comunidades y de algunas instituciones serán modificados u omitidos, en razón del respeto al anonimato. Para las denominaciones ficticias he acudido a la creación literaria de Gabriel García Márquez, en Cien años de Soledad. Esta elección fue en apariencia azarosa y estética, pero las evidencias de campo, inevitablemente remiten al Macondo de José Arcadio, en su dinámica de “comunidad originaria”. Igualmente la indagación por el conflicto y las negritudes, evoca ya no sólo la enfermedad del olvido, padecimiento propio de la política en Latinoamérica, sino a los desterritorializaciones, producto de la industrialización, como fueron las bananeras. Las denominaciones de la comunidad inicial pertenecen a danzas folclóricas del pacífico colombiano, verbigracia: Currulao y Chiualo.

vinculación de los afrodescendientes a la lógica social, económica y cultural del país. Este paralelo entre palenques y asentamientos, introduce el texto con el acápite “*Esclavos y desplazados: encuentros y desencuentros*”. En este espacio he procurado colocar en escena ciertos agentes del *conflicto* social, manifiestos en *el cuerpo*, para favorecer la comprensión del desplazamiento, la función *del miedo* y las nuevas formas de *resistencia*.

Capítulo III: *Más que piel. La cultura corporal en Macondo*

Este apartado es una disrupción en la lógica con la que se ha construido la estructura de del informe. Su singularidad radica en dos aspectos: primero, no comparte la noción de *paisaje* con la que se articulan los ejes temáticos (*miedo, identidad y política*) ni la de escenario, correspondientes al contexto colombiano y al territorio disciplinar. Su participación, como da cuenta la metodología, es en la función de puntos de enfoque (ángulos del prisma) desde donde se observan los nexos que se establecen entre dichos ejes. Y, segundo, los datos obtenidos son presentados visualmente, lo que permite, respetar, literalmente, las lentes desde las que se rastrean las categorías del estudio. En otras palabras, con la exposición de las imágenes obtenidas por diferentes fotografías, intento ofrecerle un espacio a otras formas de testimonio que, en lo que toca con *la cultura corporal*, son particularmente significativas, por cuanto la imagen sucede al discurso verbal en la “misión” de dar cuenta *del cuerpo*.

Con *cultura corporal* hago referencia a la manera contundente en que cada estructura social y cultural marca *al cuerpo*; ello trae de suyo un concepto de éste último, que desborda la organicidad y compromete al entorno que lo acuna. Entre *cuerpo* y cultura se genera una relación en la que ambas partes se permean y se co-construyen lo que deja improntas que son susceptibles de rastrear; interesa aquí, desde *el cuerpo* caracterizar *la cultura* en su matriz *identitaria*. *El cuerpo*, en este caso, estará expresando el paso de *la cultura* y su diario acontecer, en percepciones, actitudes, prácticas y representaciones. De ahí el título “*Más que piel*”.

El cuerpo lo entiendo como una estructura simbólica que se elabora en las experiencias con las estructuras sociales, con los acervos culturales y en los dramas cotidianos; es el territorio en el que el contexto se da cita para introducirlo en su juego de poderes y hacerlo suyo. Le Breton (2002) coloca al ser humano en un lugar protagónico en la configuración *del cuerpo* “*El hombre – nos dice – no es el producto de su cuerpo, él mismo produce cualidades de su cuerpo en su interacción con otros y en su inmersión en el campo simbólico. La corporeidad se construye socialmente*” (Le Breton, 2002: 19) Lo que favorece el intento de proporcionar una inteligibilidad de *la cultura* desde una aprehensión de las dimensiones que lo integran.

En *el cuerpo* no sólo se hacen evidentes nexos sociales sino que desde él se generan sujeciones colectivas en las que se entretajan interpretaciones del mundo y universos de sentido; es pues una cartografía de contenidos socialmente fundados. Creo que se podría decir lo mismo de muchas maneras, no obstante Le Breton (2002) allana el camino y lo sintetiza muy bellamente: “*El cuerpo es el lugar y el tiempo en el que el mundo se hace hombre inmerso en la singularidad de su historia personal, en un terreno social y cultural en el que se abreva la simbólica de su relación con los demás y con el mundo*” (Le Breton, 2002: 35). Esta reflexión es importante por cuanto trae a discusión dos constantes definitorias de la condición *cultural*:

tiempo y espacio, las cuales se relativizan en las narrativas sobre *el cuerpo*. Tiempo y espacio son determinantes de la vida humana colectiva y son, por lo demás, inscripciones en *la corporeidad* que la sitúan en la escena social.

Con *cultura corporal* hago así alusión a *los usos del cuerpo* que pasan por lo operativo y penetran el sistema de significaciones individuales y colectivas. Corresponde a la participación *del cuerpo* en un proyecto social y cultural y a la gramática con la que éste a su vez se inscribe en *el cuerpo*.

En conexión con el problema de la investigación, diré que si se conviene que en *el cuerpo* se registra *la cultura* y que las transformaciones de ésta lo modifican, se convendrá que *el desplazamiento* y las alteraciones que acarrea dejan sobre *la corporeidad* la impronta de los padecimientos y ajustes que el evento catastrófico genera. Así las cosas, *los usos del cuerpo* en *los negros desplazados* hacia Medellín ofrecen pistas para escudriñar las huellas *del miedo* generadas por la violencia, los rastros *del conflicto*, las reacciones frente a éste y la reconfiguración de su *identidad*. Y, más significativo aún, desde los rastros *del miedo* en *el cuerpo* se podrá indagar sobre las *estrategias políticas* que orientan a un país y construyen un sujeto colectivo.

Por su parte, *el cuerpo* humano ofrece diferentes esferas en las que se perfilan sus manifestaciones en los diversos tópicos del diario transcurrir. Dimensiones como *la sexualidad*, *la estética*, *la motricidad*, *la salud* y *la producción*, participan de la cartografía de *la cultura corporal*.

Cada dimensión ofrece rasgos que dan cuenta de su propia naturaleza y así mismo, participan de la integración compleja del ser humano. En el presente trabajo tienen el sentido de orden conceptual y metodológico y operan como categorías; éstas a su vez son rastreadas desde subcategorías que posibilitan abordar el objeto y avanzar en la identificación de articulaciones entre *el miedo*, *la identidad* y *lo político*, en una comunidad *de negros desplazados* hacia Medellín y asentados en Macondo. El itinerario del capítulo sigue las dimensiones: *estética*, *salud*, *sexualidad*, *motricidad* y *producción* en la lógica interna que cada una comporta y en una lectura desde las percepciones, actitudes y prácticas.

De otro lado, con el propósito de obtener diferentes registros de la comunidad y convencida que *del cuerpo* hablan mejor las imágenes, en este capítulo he presentado los resultados del trabajo de siete fotógrafos, con diferente formación académica: un maestro de artes plásticas, profesional de la fotografía (F1), un estudiante de artes plásticas (F2), una comunicadora social, periodista (F3), un estudiante de comunicación social (F4) y los tres coordinadores del trabajo de campo (F5, F6 y F7). Todos ellos fueron informados de los intereses de la investigación, las categorías descriptivas de la misma y de las condiciones del asentamiento. Participaron de varias sesiones de capacitación con el grupo de colaboradores y visitaron en varias oportunidades a Macondo. Estas miradas múltiples sobre *el cuerpo* de *los desplazados* reforzaron la noción de *la etnografía reflexiva* que sustentó en la metodología: se ubicaron en un lugar estratégico del mapa macondiano, siguieron sus propias intuiciones y desde allí, obturación tras obturación, dieron paso al abanico de colores, formas y posiciones y percepciones que aquí entrego.

En la manera como he construido el capítulo “*Más que piel*”, he colocado dos apuestas en juego: la necesidad de articular información fotográfica a la demás evidencia empírica obtenida y el afán de probar la efectividad de un informe fotográfico de cara a *la cultura corporal*. El “experimento” está planteado en el orden de las dimensiones, las cuales defino al introducir el acápite y conjuga el registro visual con testimonios orales recabados tanto en entrevistas como en diarios de campo: el mío y el de los fotógrafos, los cuales aparecerán en el pie de foto.

Un aspecto importante y que es pertinente aclarar es el que las inferencias teóricas aparecen como títulos de los apartados o en notas de campo, las cuales he desarrollado un poco más en la parte final, a la manera de corolario. Con los títulos, subtítulos y colofón busco orientar la mirada del lector hacia los objetivos: caracterizar *la cultura corporal* de los *desplazados* por el *conflicto* social hacia la ciudad de Medellín y caracterizar los rasgos *identitarios* manifiestos en la *cultura corporal* y sus significados en relación *al miedo* en el marco *del conflicto* y abro las rutas conducentes a *los paisajes* (capítulos IV, V y VI), que continuación he descrito. Los capítulos siguientes, representan el corpus en sí de la investigación: están conformados por los ejes temáticos *miedo*, *identidad* y *política* y condensan los resultados obtenidos en campo.

Capítulo IV: *Pasión, reacción e inscripción (paisaje del miedo)*

El paisaje del *miedo* que he intentado dibujar en este capítulo, está constituido por las categorías con que he abordado este eje: *miedos antropológicos (pasión)*, *miedos cómplices (reacción)* y *miedos nuevos (inscripción)*. Estos tres matices del *miedo* se ubican en el mapa a la manera de tópicos cuyos contenidos le dan una singularidad y a la vez interactúan con los demás. Otros elementos que entran a conformar el este panorama son las denominadas dimensiones de la *cultura corporal*, aquí *sexualidad*, *estética*, *producción*, *motricidad* y *salud* se instalan en la topografía y desde su ángulo, capturan las dinámicas de los tópicos del *miedo*. Y, como gradiente contextual, propongo las nociones de *riesgo*, *amenaza*, *mitigación* y *vulnerabilidad*, que promueven interacciones, facilitan un delineamiento complejo del eje, favorecen aprehender las formas y funciones del *miedo*, su participación en el desplazamiento y en la reconfiguración de *la identidad*.

Las que sería categorías axiales, las cuales estéticamente llamo “*Pasión, reacción e inscripción*”, han generado en el proceso, unidades analíticas derivadas, que presento a la manera de acápites con los que he levantado la estructura del capítulo. De tal manera que *los miedos antropológicos*, (la inevitabilidad de las *pasiones* como seres humanos), los expongo en un desagregado: *miedo a la muerte*, *miedo a al otro* y *miedo a lo desconocido*; *los miedos cómplices* (la *reacción* a las contingencias de la experiencia del desplazamiento) los interpreto como: *la primera noche*, *el trabajo*, *cambio de roles de género* y *la grupalidad* y, *los miedos nuevos*, (aquellos *miedos* con los la nueva vida los *inscribe*), los abordo como: *vicisitudes del cuerpo* y *la ambivalencia de la ciudad*. Es pertinente precisar que durante la fase interpretativa y en la tarea de “dar un lugar” a la profusión de datos obtenidos, propongo elementos complementarios del *paisaje del miedo*: *los miedos viscerales* y *las emociones derivadas*. Los datos de mayor peso en esta elaboración fueron los que proporcionaron los actores directos del asentamiento, las notas de campo y algunos testimonios de *los otros que miran desde afuera*

Aunque *el miedo* reviste una suerte de indefinición semántica: está allí, lo sentimos, ¿pero cómo definirlo?, en este capítulo parto, por supuesto, de una sustentación conceptual, en la que después de revisar discusiones desde la filosofía, la sociología, la psicología (Delumeau, 2002, Freud, 1975, Fromm, 1957, Lechner, 1986, y otros) básicamente me posibilita establecer, en términos estratégicos que *el miedo* de mi interés es *el miedo colectivo*, culturalmente construido, esa “afección” (Spinoza, 1640) que se produce y expresa de diferentes maneras en cada época y sector, esa afección que desborda lo personal para pasar a ser un hecho social que en consecuencia genera *identidad*. Siguiendo a Reguillo (2001) es posible entender *el miedo* desde su dimensión colectiva, esto es, un sentimiento que si bien se expresa individualmente, se construye socialmente y se interpreta desde contextos culturales específicos. “El miedo es una fuerza liminal, que cabalga entre dos mundos: el de sus anclajes objetivos y el de sus componentes subjetivos alimentados por la creencia” (Reguillo, 2001: 1). *El miedo* entonces se erige en una interacción comunicativa que puede ser producida, recibida y situada en un contexto sociocultural, para interpretarla, tarea en la cual *el cuerpo* participa como escenario de epítome y de observación.

El cuerpo, históricamente, ha sido un lugar de síntesis de los preceptos fundativos de *la cultura*, interdictos, prescripciones y proscripciones han tenido asiento en *la corporeidad* lo cual trae de suyo la certeza de que ha sido fuente de preocupaciones y amenazas que comprometen al sujeto y al grupo. ¿Es posible inferir de esto la evidencia de miedos ancestrales? Siguiendo a Reguillo (2000), la respuesta sería afirmativa “De la comunidad tribal a la megalópolis, en el largo viaje de la historia, los grupos sociales han buscado diferentes mecanismos para enfrentar la fragilidad y vencer el miedo.” (Reguillo, 2000: 5) De donde se desprende que si ha sido necesario, desde siempre, vencer el miedo, igualmente, éste nos habita desde siempre. Es posible entonces referirse al miedo como una constante que ha acompañado a los seres humanos a lo largo de su recorrido y que está cruzada por los elementos de la atmósfera social, política, económica y cultural en la que se acunan.

En el enlace *miedos –cuerpo – cultura* se perfila ya una especie de continuum; una relación estrecha entre el sujeto *el cuerpo* y el entorno, lo que permite el surgimiento de condiciones para el control: *los miedos* se sintetizan en *cuerpo* y es sobre éste que es necesario actuar, lo que se lleva a cabo por medio de las particulares formas de organización social de cada grupo. En este sentido, el manejo, la forma y la nominación que cada cultura le da *al miedo*, esto es, los contenidos con el que lo cargan, transitan hacia la configuración de la *identidad*.

Capítulo V: *Escritos en el cuerpo (paisaje Étnico)*

De manera similar a la conformación del *paisaje del miedo*, en este capítulo, los elementos que entran a demarcar el *paisaje étnico* tienen que ver con aquellos factores que posibilitan construir un perfil del grupo; participan así las categorías: *nosotros, los otros y el territorio*. Los vínculos, los arraigos, las fluctuaciones y los sentidos, serán establecidos desde las dimensiones de la cultura corporal: *sexualidad, estética, motricidad, salud y producción*. Las múltiples miradas que se cruzan desde estos puntos de observación, en correlación con los puntos de enfoque y con quienes miran y enfocan, allanan el trayecto para encontrar *los referentes identitarios* manifiestos en *la cultura corporal* y sus significaciones en el marco *del conflicto*, y establecer nexos entre *el miedo* que encierra el desplazamiento y la

reconfiguración de *la identidad*. La intención es delinear *los paisajes* en la geografía *del cuerpo*.

El itinerario que sigue este apartado lo he demarcado por las categorías ya señaladas y por las bifurcaciones que experimentaron en la fase analítica. La categoría *Nosotros*, la he interpretado, esencialmente, en el discurso de los actores, obtenido a partir de las entrevistas a niños y adultos de Macondo, el registro de campo y la somatoscopías, de donde surgieron, por lo menos, tres maneras de caracterizarse: *nosotros campesinos*, *nosotros desplazados* y *nosotros negros*; la categoría *otros*, conformada en razón de las entrevistas a *los otros que miran desde afuera*, permitió establecer dos miradas: *la alteridad urbana* y *los expertos*; la categoría *territorio*, la he elaborado a partir de los testimonios de los actores del asentamiento, del diario de campo y de las apreciaciones de *los otros*. Tres elementos dan cuenta del *territorio*: *el campo*, *el territorio perdido*, *la ciudad*, *territorio conquistado* y *el cuerpo*, *territorio de significación*. Finalmente, las conclusiones e inferencias teóricas, las sintetizo en un corolario, en que dejo abierta la discusión a la manera de “supuestos de llegada”.

Como soporte de las categorías establecidas está la noción de *identidad* en el sentido de pertenencia que inviste de significado a la persona, permitiéndole la construcción de su yo, en lo cual cooperan las percepciones de los demás, en un contexto cultural determinado, que genera la semejanza con el *nosotros* y la diferencia con *los otros* y establece, desde *el territorio*, “un adentro” y “un afuera”. Por lo demás, *la identidad* la he entendido como un proceso cultural y político a la vez y, consecuentemente, como una forma de asumir el mundo en permanente reelaboración. No es única ni inamovible, por el contrario muta en la experiencia del pluralismo cultural, de la globalización, de la relocalización y de las migraciones. Me he apoyado en Bauman (2005): “*En el fiero y nuevo mundo de las oportunidades fugaces y de las seguridades frágiles, las innegociables y agarrotadas identidades chapadas a la antigua simplemente no sirven*” (Bauman, 2005: 64).

Una definición que ha asistido el presente planteamiento es la de Renato Ortiz para quien la identidad sería: “*una construcción simbólica que se hace en relación con un referente. Los referentes pueden variar la naturaleza, son múltiples; sin embargo, la identidad es fruto de una construcción simbólica que los tiene como marcos referenciales*”. (Ortiz, 1998: 43 – 67). Así las cosas, *la identidad* la he asumido como la relación existente entre los aspectos definitorios del (los) sujeto (s), culturalmente construidos y los aspectos que le son reconocidos a ese (esos) sujeto (s). La propuesta de Gimenez, un tanto operativa, quien nombra esos aspectos definitorios como distinguibilidad, así lo dice “*La vía más expedita para adentrarse en la problemática de la identidad quizás sea la que parte de la idea misma de distinguibilidad. En efecto, la identidad se atribuye siempre en primera instancia a una unidad distinguible, cualquiera que ésta sea*”(Gimenez 1994: 4).

El territorio, como una categoría significativa del bastimento de *la identidad*, lo he abordado como un espacio simbólico, cargado de sentido y colectivamente construido. Referente que permite la delimitación de un “adentro” y de “un afuera” y, consecuentemente, posibilita la consolidación de ese *nosotros* antes mencionado, diferente de esos *otros*. *El territorio* desborda la materialidad tangible y ponderable; no está definido por los límites topográficos sino por los contenidos simbólicos que lo habitan. Empíricamente, *el territorio* de los “macondianos” lo he demarcado en virtud de su sitio de procedencia: las evocaciones,

descripciones y emergencias en su discurso que toquen con su lugar de origen serán orientados hacia esta categoría que, como se verá, se complejiza en la lógica de las migraciones forzadas. *El territorio*: este espacio humanizado no refleja sólo una comodidad técnica sino, más bien, simbólica, esto es, como Leroi-Gourhan (1971) señala, percepción y producción reflexionada de ritmos y valores, constitución de un código de emociones que garantiza la inserción del sujeto en la sociedad. La domesticación simbólica de espacio y tiempo es repetida con producciones y términos de valoración diferentes, desde el asentamiento precario hasta la ciudad que se autoinvoca como perenne.

Interesa a este estudio *la reconfiguración de la identidad*, concebida como los diferentes recursos, materiales y simbólicos, ancestrales y emergentes, reales e imaginados, adscritos y adquiridos, con los que los macondianos reaccionan ante el desarraigo generado por el conflicto y dan respuesta a las preguntas por ¿quiénes son? y ¿quiénes no son?, y cómo participa en ello la comunidad local. El fin último no es el de encontrar un *continuum* en las prácticas, ni el de olfatear rupturas y novedades, se intenta, mediante éstos (*continuum* y rupturas) dar cuenta de la búsqueda de *la identidad*, en la que los sujetos se asen a diferentes contenidos: viejos, nuevos, híbridos, propios, ajenos, que van organizando en razón de su sistema de significaciones hasta lograr prefigurar unos rasgos adaptados, que les admitan dar cuenta de sí mismos. Convengo con Reguillo (2001) en cuanto que la identidad no es una suma de atributos, es más vale una mediación, que en este caso me permitirá llegar a establecer la participación *del miedo* en la reconfiguración de *la identidad (vía cuerpo)*, caracterizar los trazos *identitarios* manifiestos en *la cultura corporal*, “*Escritos en el cuerpo*”, de *los desplazados negros macondianos* y sus significados en el marco *del conflicto* y establecer la participación de *las instituciones* en *la reconfiguración de la identidad en los desplazados*

Capítulo VI Voces del silencio (paisaje biopolítico)

El paisaje biopolítico es, quizás, el más integrador y, paradójicamente, el más brevemente expuesto, entre los paisajes que cruzan el capítulo II y que conforman los capítulos IV y V: *del miedo y el étnico*. Por razones metodológicas y estructurales del informe de investigación, lo he planteado independiente y último entre los ejes temáticos, pero la evidencia me ha mostrado que tanto *el miedo* en relación al *conflicto* colombiano, *la identidad*, reconfigurada en relación al desplazamiento y *la cultura corporal* como lugar de síntesis de ambas experiencias (*conflicto* y *desplazamiento*), son de orden *biopolítico*. Esta condición de *los paisajes* de estar implicados entre sí, les otorga el carácter de reflexivos, los hace “desbordar” sus límites y, por lo demás, los reconoce en su consistencia líquida; en otras palabras, es justamente la particularidad de la modernidad la que se deja ver en esta dificultad de demarcar escenarios y pertinencias.

Pero si bien la noción *de paisaje* appaduriana, referente de este estudio, trae de suyo la fluidez entre los diferentes *paisajes* que se “pintan” en el bastidor de la modernidad desbordada, en esta investigación participa otro agente que complejiza el análisis: el *cuerpo*. Al ser concebido como una unicidad, donde confluyen y se expresan las esferas constitutivas del sujeto y su propio entorno, *el cuerpo* se torna integrador más que diferenciador y articulador más que separador. Consecuentemente, con las dimensiones de *la cultura corporal: sexualidad*,

estética, motricidad, producción y salud, como cristales para recabar e interpretar la información, los elementos que conforman *los paisajes: del miedo, étnico y biopolítico* tienden a ofrecer proximidades tales, que diluyen los límites y se hacen difíciles de asir en un sistema categorial determinado. Es por esto que en los capítulos anteriores se hallan asuntos que bien podrían estar ubicados aquí y también encuentro que algunos elementos que hicieron su aparición antes, fueron aplazados para este espacio, por considerarlos de una mayor pertinencia *biopolítica* y, finalmente, algunos apuntes analíticos están aquí y allá, vistos desde la singularidad del cada *paisaje*.

El paisaje biopolítico lo he armado con las categorías *conflicto, institución y resistencias* y, en la misma lógica que he seguido para los demás *paisajes*, los acápites con los que pauto el texto, corresponden a los hallazgos, recabados, preferentemente, de las entrevistas a expertos y de las observaciones en campo y que conforman las subcategorías. *El conflicto: la huida y el cuerpo en vilo; instituciones: formales y no formales; resistencia: la cultura corporal y el asentamiento*. Debo advertir, que la categoría *medios* construida con anticipación al proceso de análisis, se oculta tras la información obtenida y, por el contrario, afloró la categoría *resistencia*, la cual adquiere relevancia en razón de la *biopolítica*. Como complemento y para cerrar el capítulo, realizo un corolario, en el que expongo mis inquietudes en razón de *la cultura corporal y la biopolítica*.

En los apuntes conceptuales, me he apoyado, por supuesto, en Michel Foucault (1994 y 1999), quien ha sido reconocido como el creador del significante *biopolítica*. Sin embargo acudo a otros autores, que no se apartan de Foucault, pero que avanzan un poco y, digamos que, contemporizan su teoría, me refiero: Hardt y Negri, (2000), Agnes Héller (1995), Bryan Turner (1989), Lazzarato (2004), integrante de un grupo italiano significativo en el tema, verbigracia Paolo Virno (2004), que por infortunio, como otros miembros del grupo, no tiene literatura accesible y sus textos no podrían ser citados con las demandas del “formato”. También acudí a Pierre Bourdieu (1991, 1995), en cuya teoría del *habitus*, percibo una resonancia clave con la definición de *cultura corporal*.

Un concepto base en la noción de *biopolítica* es el de *política*, en el cual no voy a detenerme porque, mi interés específico es, justamente, la vinculación *bios - poder*, que connota *al cuerpo*, sin embargo es menester señalar, grosso modo, el referente sustantivo. Dice Hannah Arendt que “*En todos los grandes pensadores –incluido Platón- es llamativa la diferencia de rango entre sus filosofías políticas y el resto de su obra. La política nunca alcanza la misma profundidad. La ausencia de profundidad de sentido no es otra cosa que la falta de sentido para la profundidad en la que la política está anclada*” (Arendt, 1950: 45). Empero, la falta de profundidad de la discusión política, no significa falta de fuerza y de impacto de ésta en la vida cotidiana de los seres humanos, la política es una necesidad para la pervivencia cultural y para la regulación de sus códigos éticos. Y, en este sentido, adhiero la noción de política que la misma autora plantea: En palabras de Hannah Arendt (1950) “*La política trata del estar juntos, los unos con los otros diversos. Los hombres se organizan políticamente según determinadas comunidades esenciales en un caos absoluto, o a partir de un caos absoluto de las diferencias.*” (Arendt, 1950: 45).

Con este sustrato, el concepto *de política* lo he entendido, en este trabajo, como una forma de imaginar la vida juntos La imaginación, en el sentido de Appadurai: como “*Un campo*

organizado de prácticas sociales” (Appadurai 2001:45). *La política* sería una manera de ordenar los límites de la vida social y una forma de experimentarse como sujetos. De este modo, *la política* no sería únicamente el campo instrumental sino también un espacio social en el que, de un lado se tramitan emociones reguladoras y, de otro, se puede lograr legitimidad y reconocimiento. El terreno de *lo político* entendido como propiciador *del miedo* y como lo que permite, en muchos casos, el surgimiento de una *identidad*; en tal virtud, la pregunta por *el miedo y la identidad*, estaría conectada con la pregunta por la construcción de estrategias (*resistencias*) por parte de los actores, en el juego *político*. Aquí he incluido a *las instituciones*, que instrumentalizan la vida colectiva, *el conflicto* que se torna en estrategia de reguladora y las estrategias que enlazan *conflicto, institución* y sujetos.

Otra noción importante, y desde la perspectiva latinoamericana es la que plantea Norbert Lechner (2002) para quien la política es *“La conflictiva y nunca acabada construcción del orden deseado”* (Lechner, 2005: 8).

Este proceso de construcción deliberada de orden social está alimentado por la subjetividad social; representa el esfuerzo colectivo de construir una comunidad de ciudadanos y se justifica por referencia a un futuro idealizado. La política, por lo demás participa en la construcción simbólica de lo real al producir y reproducir las representaciones “mediante las cuales estructuramos y ordenamos la ‘sociedad’ incluyendo la ‘puesta en escena’ de la propia política (Lechner, 2002:25).

Este autor establece una relación entre *política e identidad*, cuando dice que la construcción del orden social supone una delimitación de su entorno y un límite entre inclusión y exclusión, es decir, fronteras que separan un “nosotros” de los “otros”, pero también la producción de un marco temporal. *“La configuración de las memorias colectivas y de los sueños de futuro condiciona la concepción del orden político”* Lechner: 2002: 84).

Ahora bien, en torno a la relación *política y miedo*, el fantasma de Hobbes (1980) ha rondado, sin tregua, y es que su “Leviatán” dice que el análisis político debe comenzar por el hombre y por los principios (pasiones y razón) que lo gobiernan y nos dice también que existen tres fuentes de discordia referidos a la condición humana y desarrollados en la vida en común, son los que inducen los estados de guerra donde parece no haber lugar para nada distinto *“al miedo continuo y peligroso de muerte violenta y para el hombre una vida solitaria, pobre, desagradable, brutal y corta”* (Hobbes, 1980: 225) ¿Se refiere al miedo que ronda la política colombiana, a sus desplazados y a la realidad de los macondianos?. Sobre ello he de volver en la discusión final. Ahora bien, para el asunto de *la biopolítica*, me interesa de Hobbes, su noción del humano a-político, toda vez que *la política* nace en la dinámica colectiva, en las interacciones humanas, en ese sentido no es una esencia; por el contrario, viene de fuera del individuo (Hobbes, 1980). Esta “exterioridad” de *la política*, pareciera contradecir a *la biopolítica*, pero encuentro en ella la acepción del ejercicio del poder que las estructuras sociales ejercen sobre cada ser vivo, *las instituciones* foucaultinas, por ejemplo, serían una fuerza externa que domeña a las personas y las moldea; en sus palabras:

Nace un arte del cuerpo humano que no tiende únicamente al aumento de sus habilidades, ni tampoco a hacer más pesada la sujeción, sino a la formación de un

vínculo, que en el mismo mecanismo, lo hace, tanto más obediente cuanto más útil y al revés. Formase entonces una política de las coerciones que constituyen un trabajo sobre el cuerpo, una manipulación calculada de sus elementos, de sus gestos, de sus comportamientos (Foucault, 1999: 141.1)

En este pensador, he hallado la conexión interior, que sería el *bios* y exterior, que sería, en términos hobbsianos, la política, como resultado estaría la biopolítica. Pero no es una linealidad, ni una mecánica de causa – efecto, como lo propondré en el este capítulo, no hay pasividad en el sujeto sometido, por el contrario, el ejercicio del poder genera reacciones, *resistencia*.

El cuerpo, las dimensiones que lo cruzan, las percepciones actitudes y prácticas e incluso las representaciones en torno a éste, logra escapar a la lógica de los controles. Las continuidades se rompen y las matrices perceptivas con las cuales se intenta aprehender *la corporeidad* resbalan, justamente, porque es un objeto liso, difícil de asir. La modernidad, por su parte está en crisis y es un hecho, no basta la racionalidad para regular el mundo, no bastan los instrumentos para domeñar el cuerpo: “*La lista de las promesas que hizo la modernidad y nunca cumplió es notablemente larga. Si intentásemos compilar un inventario de ellas, a la cabeza de la lista figuraría con toda probabilidad el compromiso fáustico (aunque no de Goethe, sino de sus intérpretes) de un dominio completo de la naturaleza o, tal como lo formuló uno de los lectores más visionarios de Fausto, Karl Marx: obligar a ceder el terreno a las barreras de la naturaleza. Seguimos teniendo, sin embargo, las mismas viejas dificultades que tuvieron nuestros ancestros para reprimir, silenciar y sublimar ‘la naturaleza en nosotros’*” (Heller y Fehér, 1995: 9). Este capítulo lo que he denominado “*voces del silencio*”, es esencialmente, a la participación de la *cultura corporal*, en las respuestas de los macondianos, ante la intención de regular sus vidas.

En breve: la *biopolítica*, en términos estratégico, la he aplicado como la construcción y constricción *del cuerpo* en función de las regulaciones sociales; se trata así de comprender la lógica con que *el cuerpo* participa en el juego de relaciones de poder, en la tensión migración/*identidad*, en los roles adscritos según raza, género, confesión, en el marco de las prácticas culturales, en el del escenario del *conflicto* y cómo participa de las formas de *resistencia*.

Capítulo VII El cuerpo en el escenario de las ciencias sociales

Como estación última de este itinerario largo, difícil y doloroso, me he propuesto dejar planteadas, más que conclusiones, interrogantes, que se abran a discusiones posteriores, a diferentes respuestas, a otras preguntas y, por qué no, a nuevas investigaciones. En la urdimbre de ejes temáticos, lentes, observadores, teóricos, datos y ritmos personales, han quedado múltiples hilos, ahora sí, sueltos; pero no por ello menos posibles de rastrear hasta incluirlos en la trama.

Este capítulo pues, no corresponde a *la paisajística* de los tres capítulos anteriores, constituye, en el mejor de los casos, inferencias concebidas a partir de éstos. En resonancia con el capítulo II, “*Colombia: flujos entre el país, la región y el asentamiento*”, está cruzado por los tres ejes temáticos y sus *paisajes*. Con esta articulación – cientos de páginas mediante – he intentado

cerrar la tesis con una cierta estructura esférica (no circular, en tanto no plana) que entrelace las aristas, aquí manipuladas, y devuelva la integridad, con la que he defendido la noción *del cuerpo* y le conceda la “apariencia” de cartografía en la que habitan *los paisajes*; devolver, por lo demás, la complejidad y la reflexividad metodológica, con la que se ha construido el conocimiento.

A diferencia del capítulo II, “*Colombia...*”, el presente, es un escenario disciplinar y puerto de llegada, mientras que el primero simboliza un contexto socio histórico y representa un puerto de partida. Con “*El cuerpo en el escenario de las ciencias sociales*” he pretendido generar nuevos espacios de discusión teórica y nuevos conocimientos en torno a la interpretación de la cultura; situar *al cuerpo* en el centro de la reflexión social y reconocerlo en su dimensión cultural, emisor y receptor *del conflicto*; destacarlo como una significativa opción para interpretar a los sujetos sociales en una articulación *cuerpo – miedo(s) – identidad – política* y hacerlo participar en la elaboración de estrategias que conduzcan a la reconstrucción del tejido social, en un proyecto democrático.

Con un capítulo metodológico; otro de contexto histórico; uno visual, descriptivo de la *cultura corporal*; tres consecutivos, correspondientes *a los paisajes*, que dan cuenta de el análisis de los resultados y uno final que representa el contexto disciplinar, este itinerario ofrece diferentes matices para armar el mapa *del cuerpo* como territorio de: asiento *del miedo*, significación *identitaria*, ejercicio de poder y liberación y *resistencias*.

I

Proceso de indagación. O la tensión entre la idealidad y la realidad

“Cuando algo nos es necesario e imposible hay que cambiar las reglas del juego: no simplificándolas (...) sino complicándolas (poniéndole nuevas dimensiones)” (Ibáñez, Por una sociología de la vida cotidiana)

Aproximarse a un estudio *del cuerpo* que permita comprender la versatilidad que éste ofrece y dar cuenta de las diferencias esenciales en las esferas que lo conforman, significa propugnar por seguir el rastro a las dimensiones que se cruzan en él y consultar distintos saberes. Ahora bien, si intentar comprender *el cuerpo* en su polisemia es un asunto complicado, lo es más cuando se trata de identificar la relación *cultura corporal – miedo – identidad* y política, por cuanto es un territorio inexplorado caracterizado por una suerte de indefinición semántica y de una variabilidad pragmática que, por lo demás, compromete aspectos connaturales a la condición humana. Resulta pues comprensible la problemática que acompaña cualquier intento de atrapar *la cultura corporal* en un concepto y, más aún, de someterla a procedimientos metodológicos para aprehenderla.

No obstante, en una actitud “obstinada”, he diseñado unos mecanismos para la comprensión de *la cultura corporal*, y su articulación con *el miedo la identidad y la política*. Para esto he propuesto diferentes estrategias, que corresponden a un modelo metodológico múltiple, que sitúa la indagación en el marco de la complejidad.

Antes de introducirme en la descripción metodológica, quiero advertir que desde inicié el trabajo de campo un viejo adagio, que otrora escuchara a mi madre, ha rondado el proceso: “Una cosa piensa el burro y otra el que lo está enjalmando”, dicho antioqueño que de una

manera prosaica refiere la tensión entre el uno y los otros, entre el diseño y la ejecución y entre, lo que aquí he llamado, la idealidad y la realidad. Semejante tensión se verá en cada momento del proceso, en los que presento: lo planeado (idealidad) y lo efectivamente realizado (realidad)

1.1 Delimitaciones empíricas:

La idealidad: asentamiento El Chiualo

“¿Nosotros sí le colaboramos pero usted qué nos da” (Rafael. Integrantes del grupo de danzas)

En el momento del diseño metodológico propuse como comunidad de interés al “asentamiento” El Chiualo, del barrio Currulao, ubicado en las laderas de Medellín, en las llamadas “goteras” de la ciudad (los límites) hacia el zona centro-oriental. Esta comunidad estaba conformada por desplazados provenientes de los que se han denominado el Urabá chocoano y Urabá antioqueño, poblaciones ubicadas a orillas del océano Pacífico. Comunidades negras (afro-colombianas)⁵, con prácticas culturales costeras y que han abandonado sus tierras como respuesta a la situación de violencia que vive la región.

En julio de 2003 realicé un primer acercamiento que me permitió seleccionar a un grupo de danzas folclóricas y de danza contemporánea, constituido por jóvenes, con quienes llevé a cabo una entrevista-sondeo para experimentar algunas de las categorías que se había previsto de forma tentativa. Esperaba así configurar el grupo de interés dentro de la población de desplazados hacia Medellín, de la región de Urabá y que se habían asentado en el barrio Currulao.

La condición de desplazados fue un criterio básico de selección de la comunidad empírica. De esta población de desplazados interesaba que fueran jóvenes, entre 14 y 18 años, de ambos sexos. Argumenté este criterio desde mi interés personal sobre *la cultura corporal* de los jóvenes, puesto que en investigaciones anteriores había abordado este mismo rango de edad, lo que me ha permitido seleccionar categorías, metodologías y me ha posibilitado construir las premisas de la investigación; además de mi preocupación por el devenir social de un grupo fuertemente vulnerable al conflicto social.

El que fuera población negra resultó de una feliz coincidencia y/o “apuesta del destino”, pues en mi afán de ubicar empíricamente el estudio me contacté con una Organización No Gubernamental (O.N.G.) que trabaja el sector que he señalado; así supe quiénes eran las personas del asentamiento, cómo se estaba constituyendo el barrio y del grupo de danzas. Tanto el sector de la ciudad como la población negra fue un asunto azaroso que, particularmente, para este proyecto, se perfilaba como comunidad ideal, por cuanto hacía más evidente lo que podría llamarse “la reconfiguración identitaria”. La accesibilidad de la comunidad y el tener una conexión que opera a la manera de puerta de entrada a la misma,

5 La denominación Afrocolombiana es recurrente en la literatura revisada y es la manera como las comunidades negras prefieren autodenominarse en la actualidad, de ello se hablará en el capítulo siguiente.

fueron también criterios de de selección, dadas las singulares condiciones políticas de la ciudad y de *los desplazados*. No obstante haber encontrado una vía de acceso fácil a la comunidad, me preocupó la insistencia de los chicos del grupo de danzas en los beneficios que para ellos significaría el estudio, la expresión “nosotros le colaboramos pero, ¿usted qué nos da?” apareció varias veces en el encuentro.

La realidad: asentamiento Macondo

“...se marcharon los Rodríguez, no se sabe para dónde, dejaron su terruñito, se fueron del monte...” (Tito Nieve y El Conjunto Clásico Los Rodríguez)

Al llegar a la ciudad de Medellín, me puse en contacto con Ursula, quien ha sido por mucho tiempo mi asistente y que estuvo a cargo de no dejar “enfriar” el proceso con la comunidad El Chiualo. Me confirmó lo que ya me había dicho, sobre el asentamiento: las muertes, las huidas, la dispersión, los aplastamientos, la imposibilidad de realizar un trabajo sistemático con el grupo de danzas “es que jefa, ni siquiera conozco al que coordina al grupo, nunca ha cumplido ninguna de las citas, según dicen por ahí, él se tuvo que ir para que no lo mataran, pero de eso no estoy segura”. Me comentó sobre las veces que subió, cómo la trataron y el trabajo de lúdica que intentó hacer pero que fue difícil al principio y luego imposible. Me recomendó hablar mejor con Rebeca, coordinadora de la ONG que me ha facilitado el acceso a las comunidades de *desplazados*, y tomar decisiones, según su percepción “usted debería cambiar de comunidad porque yo veo eso muy caliente [peligroso].” (Ursula, asistente de investigación, Medellín, agosto, 2004)

Rebeca me ratificó lo que mi asistente me dijera sobre las dificultades de realizar un trabajo serio con este asentamiento. Con ella visité la comunidad El Chiualo y para mi tristeza y asombro, ya no existía el grupo. Me contó, sin entrar en detalles, (después supe que se sentía amenazada y que estaba evitando dificultades por indiscreción) lo que había pasado en la comunidad: “El asentamiento El Chiualo ya no es el mismo, todo cambió mucho en un año, la gente se ha dispersado e incluso no se puede decir que sean los mismos habitantes, ha pasado de todo, no sólo la violencia armada, sino la violencia de la naturaleza, ha habido lluvias muy fuertes, torrenciales... y se han llevado algunas casas, con gente incluida [tengo fotografías de dos de las casas que se derrumbaron, en cuales entrevisté al grupo de danzas y dos de sus integrantes murieron allí], de tal manera pues, que la comunidad está muy resentida y no quiere responder a ninguna convocatoria”. Recordé entonces la resistencia inicial de los chicos del grupo de danzas que narré antes.

Lo que quiso decir es que el grupo de danzas del asentamiento El Chiualo, de mi idealidad empírica, se acabó por sustracción - dos asesinados por conflicto y dos aplastamientos por deslizamiento-, la comunidad estaba apática a toda intervención, de hecho, muchos de los que conocí ya habían migrado (esto me produjo una profunda tristeza de cara a esta realidad tan oculta en mi vida tapatía). Ya, en esta primera conversación, Rebeca esbozó su propuesta de cambio de asentamiento para el trabajo de campo. Para mí no era tan fácil cambiar de comunidad, sentía mucha resistencia a dejar lo que había empezado y, sin embargo, terminé

por aceptar dadas mis condiciones de tiempo, distancia y de pérdida del grupo de interés inicial.

Conocedora como es del barrio Currulao, de los asentamientos y de los diferentes problemas que rodean a los *desplazados* en la zona, Rebeca me sugiere, ya directamente, cambiar de comunidad. Me explica que los asentamientos se han tomado diferentes espacios y que así como para unos corresponde el sector de la cañada, para los de Macondo (nuevo grupo de interés) corresponde la sierra. En el acercamiento que hiciera en el 2003 estos sectores estaban en conflicto y por lo tanto era imposible cruzar los límites cañada-sierra, hoy día se ha pacificado la relación entre ambos sectores y es posible transitar en la zona. Según Rebeca, “Macondo es un asentamiento muy abandonado, justamente el conflicto anterior impedía el acercamiento, no ha recibido ningún tipo de ayuda, no ha sido indagado y por eso son más abiertos a un trabajo con ellos”. Accedí a realizar un nuevo intento.

Sobre el asentamiento Macondo: al momento de contactarlos no sabían ni cuántos eran, ni cuántos niños, ni cuántas mujeres, ni cuántas casas, sólo que están allí haciendo lo posible por sobrevivir. También me dijeron que los adolescente son apáticos a este tipo de trabajo y que se están yendo del barrio porque -en palabras del presidente de la acción comunal -... “como se reactivó la construcción todos quieren ser albañiles para tener dinero y así meter vicio, dejar la casa, buscar otras oportunidades”. Para la comunidad, según José Arcadio, la población más necesitada de prevención, intervención y distracción, y que me solicitaron que yo considerara, fueron los niños y niñas entre 10 y 14 años. Acepté el cambio de grupo etáreo, pero se me hacía difícil argumentarlo sin tener una base empírica para ello, igualmente ellos necesitaban saber de sí mismos, para poder obtener ayuda. Decidí hacer un censo en el asentamiento Macondo, tarea dispendiosa y nunca realizada hasta ese momento, lo que me produjo: tensión, presión y preocupación.

Una vez revisadas la generalidades del censo, de estar cerca de la comunidad, de conversar con los niños, con los líderes comunitarios y de realizar observaciones, esto es, de una suerte de prefiguración de la realidad, encontré que no sería suficiente indagar a los niños entre 12 y 14 años, sino que era necesario establecer un nexo generacional, por lo menos, con el grupo etáreo que corresponde a los padres de estos niños, en tanto que los directamente *desplazados* fueron estos últimos y los niños están asumiendo una circunstancia de adaptación específica. Así lo hice, mediado por un replanteamiento, no del enfoque metodológico, sino de los instrumentos, los tiempos, la intensidad y la manera de “cubrir” todo lo propuesto.

Como se verá en las estrategias de acercamiento, con la información adquirida a través de de la indagación a “los otros que miran desde afuera”, con las observaciones etnográficas en la comunidad, y los diferentes registros (fotografía, prensa, testimonios) es posible armar un perfil general del asentamiento Macondo, con algunas derivaciones teóricas, de cara a la relación cuerpo – miedo – identidad y política, para toda la comunidad que sería un “Análisis extensivo del objeto” (Bourdieu, 1995: 173) y para y realizar un análisis en detalle y en razón de los objetivos y de las preguntas, para los dos grupos señalados de “padres” e hijos, esto es un “Análisis intensivo del objeto” (Bourdieu, 1995: 173)

1. 2 Estrategia de acercamiento:

La idealidad: una apuesta del investigador

En la planeación metodológica he esbozado los sustratos epistemológicos que han permitido el diseño del acercamiento en sí. Esta propuesta aparece sustentada en un enfoque constructivista para el cual la realidad no está dada sino que está configurándose y reconfigurándose permanentemente. Y esa realidad está habitada, esto es, *“la realidad se define socialmente, pero las definiciones siempre se encarnan, vale decir, lo individuos y grupos de individuos concretos sirven como definidores de la realidad”* (Berger y Luckmann, 1999: 149). Justamente, en estos autores encontré un apoyo para la indagación del presente desde *la cultura corporal*, ellos nos dicen que:

La realidad de la vida cotidiana se organiza alrededor del “aquí” de mi cuerpo y el “ahora” del presente, este aquí y ahora es el foco de la atención que presto a la realidad de la vida cotidiana (...) sin embargo, la realidad de la vida cotidiana no se agota por las presencias inmediatas, sino que abarca fenómenos que no están presentes “aquí y ahora.” (Berger y Luckmann, 1999: 39).

Este paradigma constructivista también ofrece opciones importantes para abordar las emociones, lo cual ha permitido dar cuenta de cómo se reconstruyen, significan y enfrentan las emociones y, consecuentemente, posibilita abordar *el miedo* en las perspectiva del actor social y como una construcción colectiva; ya no sólo como una afección individual, en el sentido spinociano.

Con apoyo en Berger y Luckmann (1999), me incliné por el análisis fenomenológico como método más adecuado para la comprensión de la sociedad en construcción, en sus palabras, *“El método que consideramos más conveniente para clarificar los fundamentos del conocimiento de la vida cotidiana es el análisis fenomenológico, método puramente descriptivo”* (Berger y Luckmann, 1999: 37). Uno de los momentos de acercamiento a la comunidad empírica se ha pues denominado momento fenomenológico, que admite describir la realidad por fuera de los criterios de causalidad o de determinismos genéticos.

Otro fundamento sustantivo para el diseño metodológico lo ha representado el enfoque etnográfico, el que resulta bastante coherente con la sustentación teórica que me ha asistido para conceptualización de cultura. La etnografía ha sido definida de varias maneras: Registro de conocimiento cultural (Spradly 1980), Investigación detallada de patrones de interacción social (Gumperz, 1981), Análisis holístico de las sociedades (Lutz, 1981), Registro de narraciones orales (Walker, 1981), La mayoría la hacen esencialmente descriptiva y pocos del desarrollo y verificación de teorías. (Glasser, Strauss, 1967, Denzin, 1978), Observación y análisis de grupos humanos considerados en su particularidad y a la restitución, todo lo fiel posible, de la vida de cada uno de ellos. (Levi Strauss, 1967). En este trabajo la etnografía se entiende desde la propuesta de Geertz (1991), quien la aborda como un proceso de descripción densa de la cultura donde están en juego tanto las interpretaciones de los propios actores como los presupuestos conceptuales del investigador. En la etnografía, el intelectual cede protagonismo al actor. En palabras de Reguillo *“La descripción etnográfica no es una*

transcripción “inocente” y “directa”, implica la selección de observables y el diseño de estrategias (protocolos) de observación”. (Reguillo, 1998: 27)

La realidad: entre la inclinación del investigador y negociaciones en el campo

“El método, al igual que la moral, sólo funciona si logra inscribirse en los mecanismos de un universo social” (Bourdieu, Respuestas por Una Antropología reflexiva)

El enfoque metodológico es una postura del investigador, una opción de cara a la concepción del conocimiento; el objeto, por su parte, demanda su propia forma de indagación, y es copartícipe de las decisiones y rutas que llevan al análisis e interpretación. Conduce esto a pensar en que el momento definitorio del método se da allí, en la elección del objeto, y esta elección está mediada por la matriz perceptiva del investigador. Otra cosa sucede en la aplicación del dispositivo instrumental que demanda el objeto, en este caso, el universo social, y las particulares adaptaciones, precisiones y creaciones que se dan en el camino.

En el diseño - la idealidad – he formulado unos sustratos epistémicos que apoyan las estrategias metodológicas. En razón a lo allí plantado y en la confrontación con la experiencia de campo, debo decir, que el territorio teórico desde el que he construido las diferentes fases del proceso, sigue siendo el mismo. Empero, es necesario precisar los lugares que ahora ocupan y las formas en que se tejieron sus propuestas para configurar lo que ahora, en el momento analítico, ha surgido como *etnografía reflexiva*. Con este significante quiero señalar la participación imbricada, en el presente estudio, de la etnografía con otros enfoques metodológicos cualitativos y el concurso de varias observaciones y diferentes focos para la aprehensión de la realidad

Con etnografía reflexiva se intento designar la búsqueda de “diversos perfiles del dato”: es el cruce de las diversas miradas, y el reconocimiento de los desplazamientos de investigado a investigador: una doble vía de la observación, que deviene en múltiples vías. Lo anterior podría asumirse como la denominada triangulación, la que, aún cuando ha desbordado la idea de la verificación del dato, vía diferentes instrumentos, y ha adquirido una dimensión compleja, porta un significante que refiere al triángulo, figura geométrica plana, de tres y sólo tres lados. El triángulo, considerado por Aristóteles, la figura perfecta, me ha posibilitado conectar los conceptos sustantivos de este estudio, así como me ha permitido también dibujar relaciones no explícitas verbalmente. Y, no obstante sus beneficios, para la etnografía reflexiva, encuentro más pertinente llamar a escena la imagen del prisma y, más que a la imagen, ya variable en sí, al efecto físico de la reflexión y refracción, lo cual, para la nada metafórica idea de la “miradas cruzadas”, resulta más elocuente y simbólico: en una rápida revisión del concepto se pueden encontrar definiciones primeras como: Ley de la reflexión (Euclides), Ley de la refracción (Ptolomeo), Descripción del ojo (Alhacén), Formación de imágenes (Leonardo Da Vinci), Instrumentos ópticos, Óptica no lineal. Procesado óptico de imágenes (Galileo, Kepler). Desde lo disciplinar se encuentra: forma simétrica, cristalográfica, compuesta de tres, 5, 6, 8 o 12 caras (Geometría), Pieza de cristal transparente y en forma prismática, que se usa para observar la dirección de los rayos por reflexión o para descomponer la luz espectralmente, por refracción (Óptica), Cristal que se coloca delante del

objetivo de un anteojito para observar muchos espectros a la vez (Astronomía) (Diccionario Enciclopédico Espasa, tomo 10, 1987) Estas definiciones se ajustan perfectamente a la noción que subyace a la etnografía reflexiva y que intento desarrollar aquí.

Para seguir en la lógica de la física, (y del diccionario) quiero detenerme en el concepto de reflexividad: El adjetivo reflexivo (del latín *reflexium*, supino, volver hacia atrás) según el diccionario de la real academia de la lengua española en su vigésima segunda edición (2001), significa aquello que se refleja o refleja; reflejar por su parte significa formar en una superficie lisa la imagen de algo, dejarse ver en otra cosa, dejar un reflejo; reflejo se dice de algo que ha sido reflejado, del conocimiento o consideración que se forma de algo para reconocerlo mejor, imagen de algo o de alguien reflejada en una superficie.

La condición de reflexiva pues, otorga a la cosa la posibilidad de volver sobre sí misma para formar un conocimiento o consideración que admita el propio reconocimiento a partir de la imagen que retorna desde una superficie. Para Beck (1997) por ejemplo, la superficie la representa la ciencia y para Giddens (1996) es la sociedad normada, para Lash (1997) la comunidad se extiende como superficie que permite reflejar luces, sonidos e imágenes que hablan de sí mismas, dicen sobre su verdad y posibilitan el pensamiento.

Lash (1997) propone diferentes reflexividades: una reflexividad cognitiva (el yo- ego, el individualismo utilitario, ilustración, modernidad, discurso, narración, conceptual, normas, civilización, identidad, ética trascendental, riesgo, el sujeto, el referente, la acción, la red geométrica, normas intereses, procedimentalismo, ética universalista, realismo, verdad proposicional, epistemología, totalidad, Descartes y Benthan) una reflexividad estética (el yo-deseo, individualismo expresivo, modernismo estético, deconstrucción, alegoría, mimesis, el todo vale, el suceso, la diferencia, ética-estética, inseguridad, el objeto, el significante, el boulevard, ética de *la identidad*, poder/conocimiento, negación determinada, Baudelaire y Nietzsche), Y por la que el mismo Lash opta, una reflexividad hermenéutica (el nosotros, comunidad, tradición, silencio, símbolo, prácticas situadas, hábitos, cultura, fundamentos ontológicos, ética de la cura, prácticas de base, lo significado, la conducta, el lugar, los valores, las necesidades, los bienes sustantivos, la ética particularista, la hermenéutica, la verdad desvaloradora, la ontología, el ethos, Goethe y Heidegger).

Es más probable – nos dice - que ni el discurso incesante del concepto y la reflexividad cognitiva ni la interminable deconstrucción de la mimesis y la reflexividad estética puedan ser los mejores modos de acceso a la verdad (...) quizá no sea el ruido incesante del significante del discurso o de la deconstrucción, sino los significados ya compartidos de las prácticas sociales cotidianas sean lo que hagan posible el pensamiento y la verdad (la comunidad) (Lash, 1997: 201).

Reconozco mi seducción por la reflexividad estética, y no logro romper con algunos aspectos que la caracterizan y, sin embargo, metodológicamente la noción hermenéutica, en nexa con la de superficie que sugiere Lash es, la que subyace a mi intención con la etnografía reflexiva. Que, por lo demás arrastra con la de antropología reflexiva que, afirma Lash (1997), siguiendo a Bourdieu, que la antropología reflexiva “Supone el aprendizaje mediante *habitus*, de raíces

similares al *habiter* en el que la verdad no es conceptual ni mimética sino que se hace evidente mediante las prácticas compartidas”.

La etnografía reflexiva, no es exactamente el acto de reflexionar del sujeto etnógrafo es, más vale, una inclusión del etnógrafo en la reflexión del otro, es admitir que la realidad teje tramas que demandan acercamientos complejos, multiespaciales y multitemporales, para poder decirse sí misma. Lejos está, por ejemplo, de la etnografía funcionalista y de la positivista, piensese el etnógrafos como Branislaw Malinowsky o Frans Boas, quienes esperaban obtener información des-subjetivada de una realidad a la que eran extraños; la comunidad como laboratorio.

En la base de la propuesta de este estudio está Clidfford Geertz (1991) quien aborda la etnografía como un proceso de descripción densa de la cultura, donde están en juego tanto las interpretaciones de los propios actores como los presupuestos conceptuales del investigador. Para Geertz (1991), la etnografía es un esfuerzo intelectual, una especulación elaborada en términos de descripción densa en la que concursan multiplicidad de estructuras conceptuales complejas. En la etnografía reflexiva el etnógrafo es pues la primera alteridad, participa en la vida cotidiana, ve lo que pasa, escucha lo que se dice, pregunta cosas, escribe, observa, registra, analiza, interpreta. En trabajo de campo se dan fenómenos de reflexión y refracción, de transferencia, en la que el terreno es una proyección del investigador: constatar una teoría *in situ*, confirmar lo establecido (afirmación, legitimidad y teorización); pero, y más significativamente, el terreno permite la co-transferencia en el que la teoría es una proyección del escenario interrogado. El trabajo de campo permite poner en duda las teorías existentes, se suscitan situaciones que son importantes para originar nuevas investigaciones, nuevas especulaciones. Las categorías de observación generan la duda sobre la posibilidad de imponer aquí interpretaciones sistemáticas.

Con el carácter reflexivo de la investigación social, se busca: reconocer que somos parte del mundo social que estudiamos. En este sentido el etnógrafo se estudia así mismo cuando observa su grupo de interés, funciona evocar al pintor que se pinta pintando, como sucede no sólo en las ya muy citadas Meninas de Diego Velásquez, también se puede observar en el famoso cuadro del pintor Holandés, Von Eycky: “Los esponsales de Giovanni Arnolfini y Giovanna Cenami”, en el que se encuentra el autorretrato del artista, en el acto mismo.

Justamente este aspecto hace que me incline por la denominación reflexiva en tanto desde esta perspectiva, las apreciaciones de posible “contaminación con lo subjetivo” se convierten en una posibilidad más en el proceso de construcción del conocimiento. El sujeto investigador debe realizar una tarea permanente de interrogación hacia sí mismo y hacia la realidad que investiga: cuestionar, observar y considerar su participación en ello. En palabras de Ibáñez:

Cuando medimos algo lo modificamos (...) la medida cuántica es reflexiva, (...) el sujeto mide la medición del objeto por el sujeto. El sujeto puede medir luego la medición de la medición del objeto por el sujeto, medir luego la medición de la medición de la medición de la medición...así se lanza por una cascada de salto en el abismo (Ibáñez, 1994: 7)

Otro gradiente significativo desde el marco etnográfico lo proporciona Galindo Cáceres (1998) quien opta por la etnografía como una dimensión ecológica de lo social, al tener en cuenta la mirada con sentido en una visión desde adentro y desde afuera; es decir, el observador tiene presente lo observado en relación con otros contextos al identificar el centro organizador de lo diverso; pero a la vez, se mueve en el interior de la trama social y es afectado por ésta.

Como investigadora, asumo la dimensión reflexiva de la etnografía, donde el oficio de etnógrafa no es el describir una realidad, sino penetrarla y reflexionar sobre la percepción que el investigador construye, paulatinamente, sobre ella. Es así como el investigador se convierte en el principal instrumento y fuente de sensibilidad para recoger, pensar y comprender, los datos obtenidos. En palabras de Reguillo, “*no se trata de repetir el conjunto de reglas explícitas convencionales que norman las conductas de los sujetos, sino de penetrar en sus universos simbólicos*” (Reguillo, 1998: 24)

En esta estructuración reflexiva y compleja de la experiencia empírica participan otras propuestas metodológicas. El constructivismo, específicamente, a partir de Berger y Lukmann (1999) continúa ofreciendo luces, tanto para la comprensión de lo sucedido en el escenario empírico como para la articulación del análisis. Si para Geertz, referente teórico de este estudio, “*La cultura es la urdimbre de las significaciones atendiendo a las cuales los seres humanos interpretan su experiencia y orientan su acción*” (Geertz 2000: 133) y los sistemas simbólicos manifestaciones fundativas y bases para la interpretación de la cultura. Para Berger y Lukmann “*el universo simbólico permite volver a la realidad, vale decir, a la realidad de la vida cotidiana*” (Berger y Lukmann, 1999:128). Encuentro aquí una coherencia para configurar la estrategia del proceso de indagación desde la etnografía y complejizarla con el constructivismo. En esta dinámica metodológica ofrecen bandas de cruce epistémico, si se quiere, cuando refieren la realidad de la vida cotidiana como un mundo intersubjetivo, un mundo que compartimos con otros. En sus palabras:

Se que hay una correspondencia continua entre mis significados en este mundo, que compartimos un sentido común de la realidad de éste. La actitud natural es la actitud de la conciencia del sentido común de la realidad de éste. La actitud natural es la actitud de la conciencia del sentido común, precisamente porque se refiere a un mundo que es común a muchos hombres. El conocimiento del sentido común es el que comparto con otros en las rutinas normales y auto-evidentes de la vida cotidiana. (Berger y Lukmann, 1999: 41)

Para la pregunta por *los desplazados*, la reconfiguración de identidades y *el miedo* mediado por *el cuerpo*, encuentro pertinente la argumentación de la sociedad en permanente construcción en la que es necesario legitimar las identidades y reordenar las biografías en función de los universos simbólicos. El universo simbólico permite también integrar lo que se denomina “*las realidades marginales “lado sombrío” que se cierra siniestro en la periferia de la conciencia humana*” (Berger y Lukmann, 1999: 63). Una reflexión importante es la siguiente: una función legitimadora de los universos simbólicos que tiene importancia estratégica para la biografía individual es la de la “ubicación” de la muerte. “*La experiencia de la muerte de otros y, posteriormente, la anticipación de la muerte propia plantea la situación marginal por excelencia para el individuo. Huelga decir que la muerte plantea la*

amenaza más terrible a las realidades de la vida cotidiana” (Berger y Lukmann, 1999: 131). Para los desplazados, la muerte está allí, instalada, presente y definitoria y ha dejado de ser una marginalidad individual, para convertirse en una marginalidad colectiva. De otro lado nos dice Ibáñez que *“La estructura del orden simbólico no es inmutable: cambia con el tiempo”* (Ibáñez, 1994: 15)

Como una complicidad con la etnografía reflexiva, el constructivismo refiere la dificultad de abordar la realidad de la vida cotidiana y establece la pregunta por ¿cómo se experimenta a esos otros en la vida cotidiana? Así propone que

La experiencia más importante que tengo de los otros se produce en la situación ‘cara a cara’, que es prototipo de la interacción social y del que se derivan todos los demás casos. En la situación ‘cara a cara’ el otro es completamente real. Esta realidad es parte de la realidad total de la vida cotidiana y, en cuanto tal, masiva e imperiosa” (Berger y Lukmann, 1999: 47).

Esta noción del “cara a cara” que permite responder a la pregunta por el otro, es una perspectiva que orienta la comprensión de los encuentros y desencuentros, culturales, étnicos, políticos y emocionales, que propicia el conflicto, tanto entre los desplazados mismos, como en la reacción de la comunidad receptora, que para el caso es la población de Medellín y sus barrios. Otro tanto sucede con la etnografía que sitúa al investigador en un “cara a cara” con los actores y con los otros etnógrafos.

En la idealidad que he propuesto para el acercamiento, aparece la teoría fundada como sustentación para realizar grupos de discusión. Luego del trabajo de campo y en la cavilación sobre el proceso y los datos, la teoría fundada cobra importancia en virtud a la interpretación de los pasos dados. *“Al apoyarse teóricamente en el interaccionismo simbólico y en la sociología cualitativa, se constituiría en una alternativa a las teorías funcionalistas y estructuralistas”*. (Murcia, 2002: 54).

De esta teoría resalto particularmente que ofrece la posibilidad de hacer análisis y su objetivo es el de generar teoría a partir de textos recogidos en contextos naturales y sus hallazgos son formulaciones teóricas de la realidad, tal como intento hacerlo en este estudio. De alguna manera, la teoría fundada es una forma de pensar acerca de los datos y poderlos conceptualizar. La continúa revisión y comparación de los registros en campo, y lo que he denominado intuiciones teóricas, no son otra cosa que un ejercicio de la teoría fundada que me permitirá una reconfiguración teórica de la realidad. Es pues un método que ayuda al etnógrafo a elaborar y a comparar nuevas categorías mentales e introducir nociones, posibles contradicciones, que pueden rebatir los aprioris conceptuales establecidos. Como efectivamente sucedió, como se verá en el análisis, con las categorías descriptivas al eje temático Miedo y la categoría axial de Política, las mismas que surgieron o bien en campo, como las primeras, o bien en el análisis, como las segundas.

Una contribución significativa de la teoría Fundada es que establece la distinción entre la teoría formal y la teoría sustantiva, haciendo énfasis en la teoría sustantiva. La teoría sustantiva está relacionada con la interacción permanente que el investigador logra en el proceso de recolección de información; de la cual pueden surgir nuevos supuestos para ser

verificados. En tal sentido, esta teoría es el resultado del procesamiento sistemático de los datos de campo (mediante procesos de codificación y categorización). La teoría Fundada no elimina la posibilidad de apoyarse en teorías formales, que serán comparadas constantemente con la realidad cultural (sustantiva) para así construir la teoría sobre el problema estudiado.

También en la idealidad del acercamiento he introducido la fenomenología como fundamento epistémico. Pues bien, la fenomenología complementa esta propuesta y la complejiza de manera efectiva. Ya Berger y Lukmann (1989) la refieren como una manera de abordar el hecho social. En la fundamentación teórica que argumenta al cuerpo como objeto de estudio he tomado como referente filosófico a Merleau Ponty para quien la experiencia que tenemos *del cuerpo* propio hace que éste se nos presente como unidad de significación y no como mosaico de sensaciones. “*El cuerpo expresa mi ser - en - el mundo, mi apertura a él, mi tensión hacia él*” (Ponty, 1975:123). En esta lógica, las dimensiones de *la cultura corporal*, como lentes para acceder a los ejes temáticos, adquieren un carácter fenomenológico, en tanto *el cuerpo* opera como mediador. La existencia del otro (s) que se captura con la mirada posibilita una doble apreciación como generadora de sentido; justamente a este respecto es posible decir que Ponty concibe la mirada como un hecho carente de cosificación, pues precisamente, a través de ella podemos aprender el sentido del mundo y nuestro estar en él. Mirar no consiste en realizar los movimientos de unos elementos fisiológicos componentes del ojo humano, sino en ‘habitar’ el objeto y, desde allí, captar todas las cosas. Este aspecto, creador y donador de sentido, es el propio de la mirada. Se trata de la aproximación a las cosas y de la vuelta de ésta hacia el sujeto. (Gervilla, 1997)

La fenomenología no se reduce a la apariencia del tejido social, ni tampoco al estudio de la forma como se presenta el fenómeno, se acerca a la esencia de la trama y a lo que contiene en sus múltiples relaciones. La fenomenología discute sobre el carácter particular de la realidad humana y propone estudiar la esencia de las fuerzas que mueven a los seres humanos para lograr comprenderlos. En mi pretensión de encontrar el entramado de significados que subyacen en la relación cuerpo-miedo-identidad y política, la fenomenología es una referencia importante dado que busca estudiar aquellos fenómenos que desde las percepciones, sentimientos y acciones, los actores sociales juzgan significativas. La fenomenología es interaccionismo simbólico y atribuye gran importancia a los significados sociales que los actores asignan al mundo social. Así, el enfoque fenomenológico entra a formar el bastidor que me permitirá hilar una urdimbre analítica.

Finalmente, debo decir que el estudio es sincrónico, toda vez que interesa “*el cuerpo en situación*”, *la cultura corporal* que se configura en el presente. Si bien para la ubicación de la comunidad empírica y para la caracterización de la misma se acude a datos de corte histórico (monografías, prensa de los últimos años, estadísticas del país y de la región) ello no sitúa el estudio en una temporalidad histórica.

1.3 Del acercamiento

Para el desarrollo metodológico se establecieron como ejes de analíticos: Cultura corporal – miedo- identidad y política, que articulan las dimensiones metodológicas. Se establecen los denominados observables - actores, ámbitos de acción, escenarios de acción, representaciones- que son los “*lugares metodológicos de observación*” (Reguillo, 1998: 97). A nivel de instrumentos se incluyen: observación participante, entrevistas, diario de campo, registros visuales, seguimiento de prensa escrita y audiovisual. Es pertinente señalar que las lentes desde las que se observan estos ejes son correspondientes con las dimensiones de *la cultura corporal*: sexualidad (interacciones, intersubjetividades: cuerpo-cuerpo), estética (apariencia corporal), salud (higiene, alimentación y consumos), producción (fuentes de subsistencia) y motricidad (actividades lúdicas, deportivas, artísticas, cotidianos, laborales). De tal manera que al referirnos al cuerpo, en las diferentes fases, se plantea abordarlo desde estas “aristas”.

La idealidad: un diseño para jóvenes entre 14 – 18 años

El acercamiento lo organicé en fases o etapas metodológicas:

- **Momento fenomenológico** en el que propuse realizar la observación etnográfica, hacer registro de los escenarios, los actores, los objetos presentes, y la proxemia (una mirada significativa *del cuerpo* en el espacio)

En esta primera parte planteo registros sobre:

El cuerpo en el escenario propio-grupo: registro de jóvenes en su barrio, sus casas, sus calles, sus canchas, sus escuelas, el sus discotecas, su iglesia.

El cuerpo en escenarios de contexto: registro de los jóvenes en sus desplazamientos por la ciudad, los lugares más recurrentes de sus visitas: centros comerciales, plazas de mercado, cine, etc.

Con esta observación se buscaba dar cuenta *del cuerpo* en los escenarios, en situaciones: formales (misas, reuniones, trabajo) informales (fiesta, ensayos, etc.); registro temporal (*el cuerpo* de día, *el cuerpo* de noche, *el cuerpo* cotidiano, *el cuerpo* festivo...etc.) Con este propósito diseñé un instrumento de observación etnográfica en los escenarios señalados.

También propuse realizar observación y registro de objetos: descripción de marcas emblemáticas, tipo de ropa, accesorios, tatuajes, marcas distintivas, etc., *del cuerpo* observado y del escenario en el que se desenvuelve poniendo especial énfasis en el uso o interacción que el actor descrito lleva a cabo con los objetos. Para ello es importante el instrumento denominado somatoscopía.

Igualmente formulé un protocolo para dar cuenta de las categorías siguientes: Perfil social del actor (sexo, edad, escolaridad, tiempo de inmigración en la ciudad, ocupación, confesión).

- **Momento discursivo:** aquí se trataba de producir conocimiento sobre el entorno *del cuerpo* observado. Análisis de fuentes secundarias: estadísticas, documentos oficiales, con datos de migración, pobreza, exclusión, desplazamientos, información que proviene de los medios, etc. Para tal efecto diseñé fichas que para la organización de la información.

En esta fase incluí entrevistas estructuradas, tanto a los sujetos de estudio como a personajes significativos de la comunidad y extracomunidad: el cura, el médico, el profesor, los funcionarios del municipio, los vecinos, etc. En el caso de los actores, se trata de abarcar la mayor cantidad de gente del grupo y gente vinculada al mismo, y detectar para la siguiente fase, aquellos en profundidad.

Propuse también realizar entrevistas en profundidad: entrevistas a los 10 integrantes del grupo de danzas. Éstas, sin ser historias de vida, profundizarían de tal manera que permitirían rastrear al personaje en sus diferentes mutaciones corporales y los ejes que articulan sus lecturas *del cuerpo*-propio, *cuerpo*-ajeno, sus miedos, referentes identitarios, etc. Para esta entrevista elaboré, tentativamente, unos ejes orientadores.

A partir de los materiales obtenidos y a la manera de la teoría fundada o fundamentada, se obtendría, en forma selectiva, algunos ejes para la aplicación de un grupo de discusión, donde discutirán los sujetos (Ibáñez, 1979 y Reguillo, 1999, Cervantes, 2002) en torno a las categorías derivadas del análisis empírico-crítico y de las categorías de estudio que han orientado este estudio. En palabras de Cervantes, el grupo de discusión:

Es un proceso de interacción en el que se ponen en juego representaciones, opiniones, actitudes, comportamientos, sistemas simbólicos, relaciones de poder y negociaciones mediante las cuales se llega a cierto consenso o a polarizaciones y concepciones de los participantes (...) se trata sobre todo de un acercamiento cualitativo complejo, mediante el cual se analizan situaciones e interacciones también complejas. (Cervantes, 2002: 77)

En esta metodología, introduje un recurso que arrojara pistas para la concreción de categorías: propuse pues, la realización de un taller, con los actores en el que se explora *el cuerpo* en cierta “teatralidad” (un poco a la manera de Goffman, 1997). Este taller, además de ofrecer información etnográfica, permite, por ejemplo, construir categorías, a partir de ciertos ejercicios específicos en relación al las percepciones, actitudes, práctica y metáforas en torno al cuerpo, *el miedo* y *la identidad*. Para mí este taller representaba una opción importante para la exploración metodológica planteada en los objetivos y tiene el encanto de tener al cuerpo en el centro mismo de la metodología. Con este propósito esboqué tres talleres básicos: autopercepción, alteropercepción, sensaciones y metáforas.

La realidad: negociación del diseño con los nuevos actores

La experiencia en Macondo empieza con una suerte de descolocamiento de cara a quiénes integrarían mi grupo de interés. Antes de llegar a Medellín no sabía siquiera de la existencia de dicho asentamiento y había avanzado en las estrategias metodológicas en razón al grupo de danzas que tenía en mente; esto evidencia una distancia, de partida, entre una propuesta de trabajo realizada desde la lógica académica y una sociedad profundamente móvil. Con este

aditamento inicié mi indagación en torno al *cuerpo, al miedo, a la identidad y a la política*, con nuevos actores.

- **Momento diagnóstico:** con este momento hago referencia, específicamente, a la introducción del censo, aspecto que no había sido previsto y que fue un procedimiento emergente ante el cambio de comunidad de interés. Este paso significó: atender a una demanda de la comunidad, abrir las puertas de la misma, construir un perfil demográfico, ampliar el grupo de interés y conformación de un grupo para el trabajo de campo, lo que representó un cambio fundamental en el proceso de recolección de información: desde ese momento el trabajo de campo dejó de ser una realización mía, como investigadora, y se configuró en un proceso pedagógico y de realización colectiva. En la decisión de conformar un equipo de trabajo influyó profundamente la presión política y, de suyo, la presión del tiempo (ver relato de la experiencia)

El censo, conllevó:

- Una preparación previa, toda vez que era la primera experiencia de este tipo que tenía y que no conocía las técnicas de aplicación. A esto se suma el que no fue previsto y que requería de unos recursos no sólo de índole económica, que no estaban estipulados
- Preparación de la comunidad: cómo sería la actividad, contactar colaboradores ente ellos mismos, promover el censo, solicitar el consentimiento del la comunidad y su colaboración con la permanencia en las casas el día señalado, preparación del almuerzo en la misma comunidad. Para la motivación hicimos unos volantes que fueron distribuidos casa por casa, en el que se anunciaba el censo, el día, la hora, etc.
- Consultar expertos sobre el tema: investigadores, ONG'S, Instituciones de salud que han realizado estos censos y a la tutora Rossana Reguillo
- Diseñar el instrumento a partir de las necesidades de la comunidad y de los requerimientos de la investigación. El formato que diseñamos para recoger la información fue bastante ágil. Adjunto el diseño final que llevamos a cabo.
- Realizar una pequeña prueba piloto con los miembros de la comunidad con los que habíamos establecido contacto inicial, con algunas personas cercanas a la problemática, con los investigadores y los mismos encuestadores quienes facilitaron algunos ajustes.
- Contactar, por medio de la red de Semilleros de Investigación de la Universidad de Antioquia, un equipo de encuestadores, de ellos tres fungieron como coordinadores de: logística (lápices, borradores, sacapuntas, tablas de apoyo, refrigerios, desechables, calcomanías, escarapelas, transporte, volantes); personal (contactar encuestadores, coordinar reunión, conseguir salón, establecer horarios, asignar tareas) y técnico-financiero (formato del censo, tabulación, cámaras, presupuesto)

- Estandarización de los encuestadores, actividad que se realizó en dos jornadas por las dificultades en los horarios de los 18 integrantes del grupo. Los encuestadores pertenecen a diferentes disciplinas: Educación Física, Derecho, Contaduría, Ingeniería, Idiomas, Antropología, Comunicación, Filosofía, Bacteriología.
- Visita al sector, con recorrido completo, para establecer los desplazamientos, y la organización del equipo de trabajo. Se acordó trabajar con los tres sectores en que está dividido el asentamiento y que los coordinadores de logística, personal y técnico asumieran cada uno un sector y marcharan con 5 encuestadores y con 3 colaboradores de la comunidad, también por sector. De tal manera que para cada sector fueron 6 encuestadores y 3 miembros de la comunidad. En total subimos 21 personas el día del censo: 18 encuestadores, la líder de MANAPAZ, ONG que trabaja en la zona y quien me pusiera en contacto con este asentamiento, un chico de 15 años que nos colaboró haciendo la conexión entre los 3 sectores y yo, que estaba en la coordinación general, atenta a los imprevistos y haciendo etnografía y entrevistas En lo que llamo relato de la experiencia se podrá leer lo que significó este día.
- La tabulación no fue posible en el tiempo record que me habían propuesto y el proceso de tabulación sólo como base de datos, sin frecuencias, estuvo listo 11 días después, el 30 de septiembre, del 2004.
- Los encuestadores registraron sus percepciones e hicimos una reunión, posterior, de análisis de la experiencia y en la que manifestaron su interés por seguir acompañándome en el proceso.

- **Del Momento fenomenológico:** efectivamente este momento se dio y sigue siendo un aspecto importante de enfoque metodológico. Se realizaron las observaciones etnográficas en los escenarios de: los actores, los objetos presentes y la proxemia (una mirada significativa *del cuerpo* en el espacio).

Observación etnográfica: se llevaron a cabo registros permanentes *del cuerpo* en el escenario propio-grupo: registro las personas del asentamiento, en sus casas, sus caminos, sus “canchas”, en la escuela cercana que los atiende, en su rumbeadero (bailadero), en los “chorros” y en las calles del contexto inmediato.

- Esta observación etnográfica la realicé con el grupo de la Red Semillero de Investigación de la Universidad de Antioquia. Lo que ofrece la opción de “observación de los observadores” y da cuenta de la “reflexividad etnográfica”.
- Me reuní con quienes asumieron la responsabilidad como etnógrafos para presentarles los formatos diseñados por escenarios, los formatos del diario de campo y las categorías y las lentes de observación. En importante tener en cuenta que pertenecen a la Red de Semilleros de la Universidad de Antioquia, es decir, son “activistas” de la investigación.

Somatoscopías: igualmente se realizaron observaciones de marcas emblemáticas, tipo de ropa, accesorios, tatuajes, señales distintivas, huellas de violencia, accidentes, intervenciones quirúrgicas, etc. Para ello se complementó la observación etnográfica con el instrumento denominado somatoscopía .

- **Momento discursivo:** aquí se generó información que permitirá la producción de conocimiento sobre el entorno *del cuerpo* observado, sus anclajes objetivos y subjetivos.

- **Entrevistas estructuradas:** las realicé a personajes significativos de fuera de la comunidad, las que denominé “entrevistas al otro que mira desde afuera”. En este sentido alcancé a cubrir a las siguientes personas: Investigadora-intelectual, Secretario de Gobierno, Coordinadora de la Unidad de Atención a Desplazados (UAO), Artista-intelectual, Profesor universitario, - Profesora – terrateniente de la clase burguesa de la ciudad, Directora de O.N.G. Sacerdote de la Pastoral Cristiana, Miembro de la comunidad dueño del rumbeadero, Sociólogo - atención Psicosocial de la UAO, Periodista, Negociante, Presidente de la acción comunal del asentamiento Macondo, Periodista-politólogo, Empresario, Estudiante de comunicación social, Licenciada en Educación Física - estudiante de derecho - maestra de escuela primaria de sectores en conflicto, Comunicador social- fotógrafo, Matemático – escritor, Ingeniero Sanitario-maestro de escuela secundaria de sectores en conflicto, Sociólogo-Pastoral Social, Político-diputado, Presidenta de un Bazar, Directora del Colegio de la comunidad, Politólogo, estudiante de doctorado en Filosofía.
- **Entrevistas semi-estructuradas:** para los actores sujetos de la investigación. Se hicieron tanto a 25 niños entre 12 y 14 años y a 25 adultos, a partir de los ejes temáticos del estudio, de tal manera que se pueden rastrear las modificaciones y reconfiguraciones de las prácticas en torno al cuerpo y las formas cómo, a través de las mismas, se asume *el miedo*, se reacciona ante el conflicto y se reconstruyen referentes de identidad.

Para las entrevistas y las somatoscopías a los adultos de la comunidad, hicimos, lo que he llamado una “visita masiva” a la comunidad. Para ello fue necesario:

- Reunión con el líder comunitario
- Reunión con las colaboradoras de la comunidad quienes harían los contactos
- Realización de 4 reuniones de estandarización a los entrevistadores, ensayos y pruebas piloto entre nosotros.
- Consecución de 12 grabadoras y demás material necesario, fotocopias de formato de somatoscopía
- Consecución del transporte y de los refrigerios
- **Los talleres:** en el diseño de trabajo de campo expresé mi interés por incluir el taller como un recurso metodológico, que favorezca la exploración *del cuerpo* en cierta “teatralidad” (un poco a la manera de Goffman, 1997). Por lo demás, la necesidad de ajustar los instrumentos al nuevo grupo etáreo (12- 14 años) reforzó mi interés en aplicar esta técnica, toda vez que las entrevistas, por ejemplo, se hacían más difíciles

como medio de obtener información con los niños, quines prefieren dibujar y narrar cuentos, a responder preguntas. De otro lado, como objetivo de esta investigación, y desde una certeza íntima que me asiste, era importante explorar nuevos recursos metodológicos para colocar un medio de la Educación Física, en este caso, un taller de expresión corporal, al servicio de la investigación, particularmente con jóvenes.

Realizamos 6 talleres con los niños entre 12 y 14 años de la comunidad y allí se llevaron a cabo también las entrevistas, las somatoscopías, etnografía y registro visual. Lo que significó:

- Reuniones de preparación con los talleristas, entrevistadores, somatoscopistas y de la comunidad. Con las personas del asentamiento que colaboraron en el censo acordamos establecer un grupo de niños entre 12 y 14 años para realizar los talleres. Hice pues una cita con Petra Cotes, Pilar Ternera, Aureliano II y Amaranta, para saber cuántos niños, de los 54 que por tabulación manual del censo, sabemos que cubren el grupo etáreo, aceptaron la invitación a lo que preferimos llamar semilleros (esta denominación de la actividad fue sugerida por el líder comunitario porque, según él, es más comprensible por la comunidad). Ellas visitaron las casas, hicieron las listas de los niños y la de los padres de dichos niños.
- Me reuní con dos asistentes para presupuestar el trabajo que faltaba y para saber quiénes, de los encuestadores, están interesados en continuar con los talleres en la comunidad cuando yo me vaya, porque de un lado continuarían recogiendo información y de otro, animarían a los niños con distintas actividades: pintura, teatro, deporte, etc., para no abandonarlos.
- El domingo 19 subimos e hicimos una de las “visitas masivas” a la comunidad y realizamos las actividades previstas, convinimos con los niños iniciar los talleres el martes 21 a las 10 a.m. y a las 4. p.m. Hicimos las listas de los que cumplían los requisitos y establecimos los horarios según sus jornadas de estudio, se hizo una actividad de ambientación. Concluimos las casas que faltaron por censar, hicimos etnografía y un registro visual bastante completo. Este día descubrimos “los chorros”, que es un espacio recreativo de las comunidades cercanas.
- Con los educadores físicos, que fueron quienes asumieron los talleres, me reuní específicamente para definir los mismos: lo que se pretendía, cómo los habían diseñado y los “productos para el análisis” que esperaba de cada sesión. En esa reunión se determinó quién animaría el domingo la sesión para motivar a los niños con los talleres, también definieron el material que requerían y cómo se distribuirían el trabajo.
- Convinimos que en cada taller habría un orientador, un colaborador, alguien encargado de la somatoscopia, alguien haciendo entrevistas, alguien haciendo observación etnográfica dentro y alguien fuera y dos colaboradores de la comunidad. Para ello diseñé cada instrumento y personalmente, cara a cara, les enseñé cómo aplicarlo.

- Consecución de un espacio adecuado: conversaciones con el líder de la comunidad cercana, que está pasando la cañada, en la Sierra. También se hizo “gestión” y con la directora del colegio Gabriel García Márquez
- Consecución del material para el desarrollo de los talleres: papel periódico no impreso, arcilla, papel ceda, marcadores, crayolas, fotocopias, material para el río de sensaciones (aromas, velas, flores, tapajos, incienso, y más lápices, plumas, grabadoras, tablas de apoyo, formatos de somatoscopías etc.)
- Contactamos el transporte, conseguimos el refrigerio para la comunidad y para nosotros y conseguimos el material para las fotografías y para la motivación a los talleres.

- **Registros visuales:** todo el trabajo de campo fue registrado fotográficamente. Si bien no se realizará en este estudio análisis de imagen, sí encuentro pertinente ilustrar y complementar la información con algunas imágenes. Para las fotografías invité a profesionales en el área, artistas, a quienes enteré de mi búsqueda, de las categorías y del asunto a investigar, luego ellos “pusieron el foco” donde su sensibilidad les indicaba. Igualmente fungieron como fotógrafos un comunicador social y una periodista, de quienes se obtuvieron imágenes de carácter más social. De otro lado, se hicieron registros permanentes de las diferentes actividades del trabajo de campo: talleres, visitas masivas, etnografía, entrevistas, etc., realizadas por los mismos integrantes del grupo de colaboradores.

- **Fuentes secundarias:** Se realizó la compilación y el análisis de prensa escrita, de datos estadísticos y de monografías de la región. Para el registro de la prensa escrita se utilizaron las fichas que fueron diseñadas anteriormente.

Con el mismo afán de recoger información en otras fuentes asistí a certámenes que dan cuenta de la reflexión en torno a la problemática que caracteriza a la ciudad de Medellín. Asistí al “Seminario Internacional Sobre Conflictos Urbanos y Alternativas de Transformación”. Allí no sólo logré adquirir más “panorámica” del asunto, sino participar en los paneles que hicieron referencia a *los desplazados* y a la participación de los medios en el conflicto. Asistí al Foro: “Políticas Públicas Sobre el Desplazamiento Forzado en Medellín. Un diálogo entre Investigadores, Organizaciones Sociales y Servidores Públicos”. Y estuve presente en el Seminario anual de COLCIENCIAS (instancia reguladora de la Investigación en Ciencia y tecnología del país), en el que se presentaron avances de investigación y donde encontré un estudio importante cercano al mío, de la Corporación REGIÓN, pero de nuevo: *el cuerpo* marca la diferencia.

Como dará cuenta el cronograma de campo, las actividades se hicieron en forma cruzada, articulada, compleja. No fue un itinerario lineal, por el contrario, las múltiples curvas de la ruta de indagación devienen en ajustes, adaptaciones y creaciones instrumentales e insumos para el análisis, en virtud de una configuración de la realidad.

1. 4 Análisis: una dialéctica entre la matriz perceptiva del investigador y la contundencia del objeto “encontrado”

Refundar (re-crear) un objeto no es cuestión de voluntad o de imposición, es, mas vale, un juego de relaciones entre las disciplinas y los contextos, entre las realidades y las idealidades, entre lo emic y lo etic, entre pasado y presente; es comprender que los paradigmas son convenciones vulnerables al tiempo y que ¡hay que moverse, porque todo se mueve! Fuentes, en su referencia a la metodología en el campo de la comunicación, dice:

Los objetos de estudio que es necesario reformular no son sólo los productos tecnológicos (...) se trata de los cambio de las relaciones socioculturales entre sujetos y sistemas, en la organización de la vida cotidiana y de sus representaciones cognitivas, en la distribución de la posición de poder y del control de los espacios y los tiempos en los que se sitúa toda la actividad humana (Fuentes, 2001)

La idealidad

De esta fase no se construyó una propuesta previa, más allá de una propuesta tentativa de categorías, observables e instrumentos, algunas de estas categorías ya exploradas, como las referidas al cuerpo y otras planteadas a reserva, como en el caso de miedo, de modificaciones en el análisis de la información.

Conceptos	Categorías	Observables	Instrumentos
Identidad	Nosotros/otros Territorio Objetos	Los actores La comunidad La “extracomunidad” Escenarios cotidianos Confesión Creencias Ideales Objetos Discurso/relatos	Observación participante Entrevistas Diario de campo Registros visuales, Seguimiento de prensa escrita y audiovisual.
Cuerpo Sexualidad: (cuerpo-cuerpo) Producción: (cuerpo – grupo) Salud: (cuerpo – entorno) Estética: (cuerpo – apariencia) Motricidad (cuerpo-lúdica)	Percepciones Actitudes Prácticas representaciones	Los actores Escenarios Interacciones Apariencia Ideales Discurso/relatos	Observación participante Entrevistas diario de campo, Somatoscopía Registros visuales, Seguimiento de prensa escrita y audiovisual. Taller
Conflicto	Percepciones Actitudes Prácticas Representaciones	Los actores La comunidad La “extracomunidad” Escenarios cotidianos Discurso/relatos Interacciones	Observación participante Entrevistas Diario de campo Registros visuales, Seguimiento de prensa escrita y audiovisual.

		Medios Instituciones Discurso/relatos	
Miedo	Percepciones Actitudes Prácticas Representaciones	Los actores La comunidad La “extracomunidad” Escenarios cotidianos Discursos/relatos Sistemas de Protección	Observación participante Entrevistas Diario de campo Registros visuales, Seguimiento de prensa escrita y audiovisual. Taller

La realidad: irrupción de la etnografía reflexiva

Hacer etnografía es contar...es hablar de otros tiempos y de estos tiempos...de los tiempos y destiempos. Es dar vueltas y curiosear por ahí para descubrir un nuevo encantamiento de las cosas olvidadas, es reinventar lo cotidiano, recrear la vida...sí, la etnografía es contar –nos. (Ángela Rivas. Fantasías del cuerpo, apetitos del alma)

La distancia, un paradójico acercamiento a la reflexividad

En el proceso de indagación sucedieron eventualidades “in situ” que implicaron: cambio de la comunidad de interés (lo que trajo de suyo replantear el grupo etéreo, abordar el asentamientos más que a un solo grupo, adecuar las técnicas y eliminar otras), inclusión del momento diagnóstico que no se había planeado, como el censo, (lo que significó la apertura hacia nuevos instrumentos, convocatoria a un grupo, redistribución de tiempos, incremento en los costos), cambio en recolección de información en grupo, no personal como lo había pensado (lo que introdujo una modificación significativa en toda la concepción del trabajo de campo), presiones políticas (lo que generó preocupación y, de nuevo, redistribución de tiempos e incremento en los costos). Estos cambios sobre la marcha parecen una inevitabilidad de la investigación social. En palabras de Bourdieu:

El habitus científico es una regla encarnada o, mejor dicho, un modus operandi científico que funciona en la práctica conforme a las normas de la ciencia, pero sin partir de ellas: esta especie de sentido del juego científico hace que uno haga lo que se debe hacer en el momento preciso, sin que haya sido necesario tematizar lo que se debía hacer y, mucho menos todavía, la regla que permitiera exhibir la conducta apropiada (Bourdieu, 1995: 165)

Estos ajustes necesarios y demandados por el objeto de estudio devienen en inquietudes profundas en torno a la calidad del proceso, la validez del dato, el establecimiento de relaciones con la comunidad, en fin, la pregunta por la efectividad metodológica y la adecuada posición del investigador. Tal como una obra de arte que se contempla mejor en la distancia, la

experiencia de campo me ha demandado una retirada oportuna, no sólo como protección, sino como recurso para apreciar los pasos recorridos. Volver la mirada sobre la comunidad, sobre los momentos, sobre los datos, leer y releer el diario de campo, escribirlo y re-escribirlo, repasar las imágenes, organizar las entrevistas, sacar frecuencias, escuchar a quienes me acompañaron en campo, contar muchas veces el cuento e imaginar hacerlo de otra manera, esto es, volver la mirada sobre mí, ha constituido un paso obligado y involuntario a veces, en el proceso de análisis.

En este primer ejercicio, subyace al juicio, la extraña sensación de haber perdido en control, de haber puesto en manos de otros aquello que sólo yo podía observar; pero como bien lo dijera Pierre Bourdieu “*El planteamiento de una investigación es un discurso en el cual uno se expone y asume riesgos*” (Bourdieu, 1995:163). Empero, aflora también la certeza de que hubiera sido imposible dar cuenta, desde una sola óptica, de esa realidad social. Por eso, dadas las circunstancias, he aprendido a ver esta experiencia de campo como una puesta en escena de la reflexividad etnográfica, donde otros miraron a través de mi mirada, otros me miraron mirando y a otros vi en la acción de mirar con la mirada que les prestara. Esta reflexividad la refiere Ibáñez con apoyo en la física, así: “*En la física cuántica el sujeto se hace reflexivo, pues tiene que doblar la observación del objeto con la observación de la observación del objeto (...) el sujeto y el objeto son efectos del orden simbólico: el sujeto está sujetado y el objeto objetivado, por el orden simbólico*”. (Ibáñez, 1994:14)

Así, abordé a una comunidad, la observé y la indagué y, sin embargo, creo que ellos – comunidad y grupo colaborador- ahora saben también de mí. Creo haberme acercado a la nueva oscuridad científica, que no deja verdades sino incertidumbre y, paradójicamente, retorno a la certidumbre de la complejidad *del cuerpo* como objeto de estudio, y más aun puesto en un escenario social atravesado por *el miedo* y marcado por el conflicto⁶. Desde el constructivismo se expresa así “*La realidad de la vida cotidiana siempre parece ser una zona de claridad detrás de la cual hay un trasfondo de sombras. Cuando unas zonas de la realidad se iluminan, otras se oscurecen*” (Berger y Lukmann, 1999: 63).

Un modelo para armar:

Con la información obtenida en el trabajo de campo surge la pregunta por lo que será una reconfiguración de la realidad. Los instrumentos, los datos, las fuentes se proponen a la manera de “modelo para armar”, en el que de embonar adecuadamente sus partes, emergerá una circunstancia elocuente del hecho social con el que es posible avanzar en la respuesta en torno a: ¿Cómo se manifiesta en la cultura corporal el miedo y qué relación guarda con la reconfiguración de identidades sociales en los desplazados hacia Medellín ubicados en el asentamiento Macondo?

6 Lo que hace pensar, además de los pintores autorretratados en su ejercicio, en el acto de investigar como un acto narcisista, invóquese aquí las pinturas alegóricas al mito de Narciso, como la de Caravaggio, la de Dali y tantos otros.

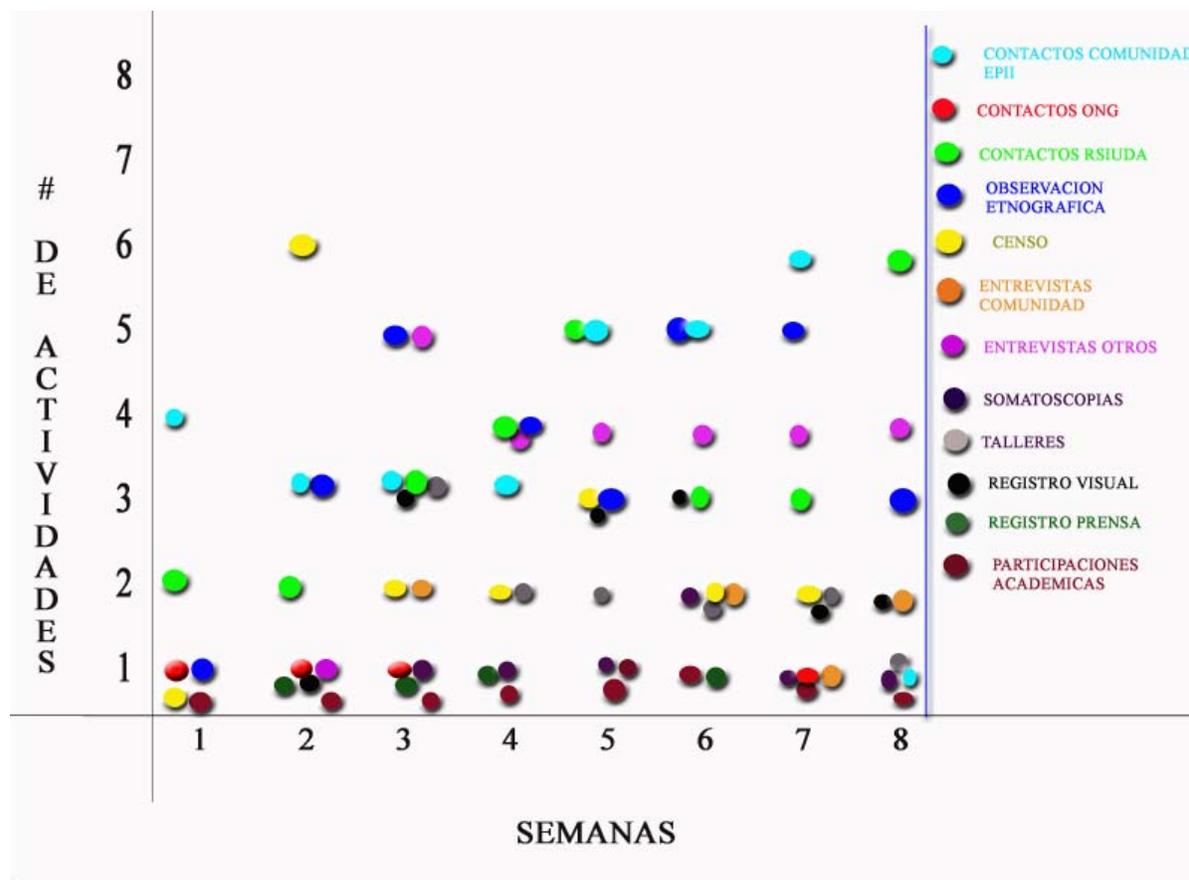
- Paso a paso

• **Cronograma de campo “a posteriori”**

Un paso aclaratorio, en el momento analítico, lo ha constituido la organización de las actividades realizadas a la manera de *cronograma de trabajo de campo a posteriori*, en el que pude observar la convergencia de actividades, de actores y de tiempos.

La distribución que se observa en el gráfico, más que un “inventario” de acciones y registros, permite establecer convergencias, y genera nuevas preguntas sobre lo efectivamente llevado a cabo en terreno, lo que me conduce a reorganizar (desorganizar), en un diagrama de vectores, los instrumentos y las técnicas aplicadas en razón de los ejes analíticos y sus categorías.

Esta organización del trabajo de campo trajo de suyo la sistematización de la información. Hasta el momento he revisado: Censo, Entrevistas a “otros”, Entrevistas a niños, Entrevistas a adultos, etnografías de otros, fuentes secundarias y, por supuesto, el diario de campo. De este último tengo una segunda versión, narrada a la manera de “Relato de la Experiencia”, el cual da cuenta del día a día en escena. (Anexo 3 “Relato de la experiencia: 60 días y un día”) Igualmente los registros visuales han sido organizados por las categorías del estudio.

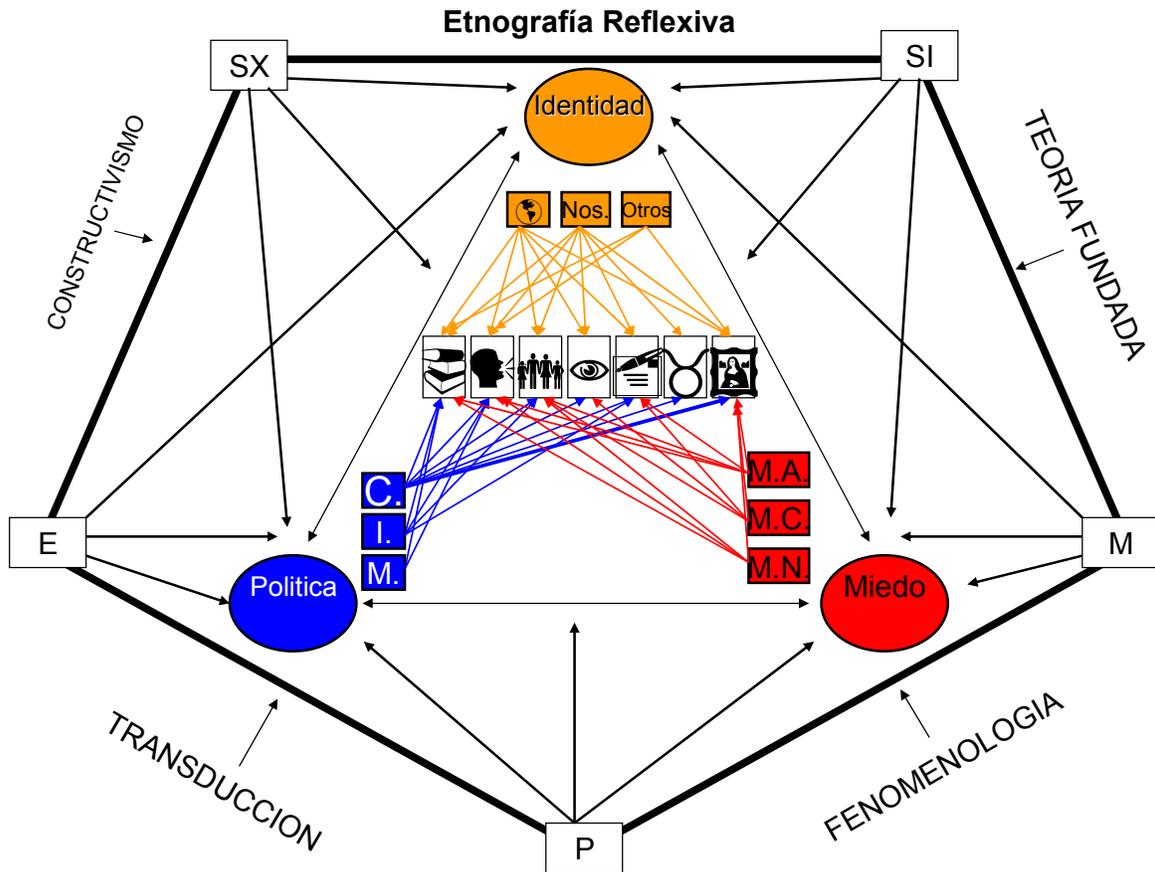


(En el eje vertical aparecen el número de actividades realizadas por semana, según el tipo de actividad. En el eje horizontal aparecen las 8 semanas en campo y en el lado derecho están descritas las actividades y diferenciadas por colores)

• **Diagrama de vectores**

Para el diseño del *diagrama de vectores*, volví al problema (ver gráfico del problema), en el que se hizo evidente tanto la necesidad de reformular categorías, y replantear las articulaciones entre éstas y los ejes temáticos, como traer a escena la noción de lentes adjudicada a las dimensiones de *la cultura corporal*, con lo cual se vincula de nuevo, la noción fenomenológica del estudio. Aquí huelga citar a Jesús Martín Barbero, quien me dijera en una entrevista personal, con respecto a la postura fenomenológica y en relación a Ponty: “*El cuerpo media en la percepción de los sentidos a través del modo como percibimos; el ojo, por ejemplo, media la manera de percibir porque no es sólo una estructura orgánica, es una construcción cultural (...) hay una mediación en la medida en que no sólo hay un instrumento sino un espesor cultural (...) la mediación moldea, forma los procesos de comunicación, como nuestro modo de ver moldea nuestro mirar*” (Martín Barbero, comunicación personal, ITESO 2002)

Este diagrama conforma un tejido instrumental, denso -caótico si se quiere- que situado en el marco epistémico (etnografía, constructivismo, teoría fundada, fenomenología y la transducción) me ha posibilitado ver el trazado, el grafo, del trabajo de campo y configurar el objeto de manera compleja y no como una sumatoria de técnicas, de allí devino el concepto de *Etnografía Reflexiva* que ahora propongo.



(El triángulo del centro está formado por los ejes temáticos y de ellos se desprenden sus categorías, así: *Identidad: Territorio* (mapa), *Nosotros* (Nos.), *Otros. Miedo: Miedos Antropológicos* (M. A.), *Miedos Cómplices* (M.C.) y *Miedos Nuevos* (M.N.). Y *Política: Conflicto* (C), *Instituciones* (I), *Medios* (M) (que ahora deberá cambiarse por *Resistencia*). En el centro del triángulo aparecen íconos que representan a los instrumentos; en orden de izquierda-derecha: fuentes secundarias y prensa, entrevistas a “otros”, entrevistas a la comunidad (los niños y sus “padres”), etnografía, censo, somatoscopia y talleres. De las categorías, surgen flechas dirigidas a los instrumentos específicos con los cuales se indagó por las mismas. Ya ahí se observa una urdimbre compleja.

Al exterior del triángulo se puede ver un pentágono (cara del prisma) y en cada ángulo se coloca una dimensión de *la cultura corporal*, como lentes desde los que se observan los otros ejes temáticos, así: *Sexualidad* (SX), *Estética* (E), *Producción* (P), *Motricidad* (M) y *Salud* (SL). El Pentágono y su ubicación en los ángulos obedecen a la simbolización, que en virtud del prisma, he traído para complejizar la metodología. (Para la Astronomía, en los ángulos definidos por dos caras, donde se produce la refracción se llama ángulo refringente y para la Geometría una de las opciones del prisma es el pentagonal). Las flechas que salen de las dimensiones de *la cultura corporal* van a los ejes temáticos, indicando con ello, la lectura que desde éstas se hace de dicho eje.

El diagrama está construido sobre un piso, al que llamo escenario epistémico, en el que concurren los diferentes aportes metodológicos: Teoría Fundada, Constructivismo, Fenomenología, la Transducción (que ingresa a última hora) y Etnografía, (que deviene en Etnografía Reflexiva)

- **De las categorías**

Un asunto significativo en este momento analítico, es la pregunta por las categorías en esa tensión entre idealidad y realidad. Así, debo decir que frente al miedo, encontré dificultades en operativizar la construcción conceptual. De tal manera que el diseño interpretativo me he dado cuenta que a la hora de “observarlo” en campo, a lo que llamé miedo es a lo que el actor denomina como tal. Es decir, *el miedo* fue indagado, en principio, desde *el miedo* mismo. La información obtenida en torno al miedo permitió la definición de las categorías frente al mismo: *miedos antropológicos*, *miedos cómplices*, y *miedos nuevos*, aquí la categoría axial precedió a las categorías descriptivas. Por su parte el eje temático *política*, fue organizado en categorías en función de indagaciones previstas, pero que no se habían perfilado, en sí mismas como tales, es el caso *del conflicto*, que en principio apareció como eje temático y el caso de *las instituciones* que estaba desarticulada de los ejes en sí. En el diagrama de vectores aparecen ya en el lugar que ocupan en la lógica: problema – trabajo de campo – análisis. Por último y al realizar el informe del estudio, emergió la categoría *resistencia*, mientras que los medios sufrieron un ocultamiento.

- **Ajuste epistémicos**

Y así, como se han ido presentando “emergencias” de instrumentos, actores, categorías y estrategias de acercamiento, han irrumpido también constructos teóricos que me permiten, ya no sólo leer y comprender, sino argumentar y soportar las diferentes convergencias, los *flashes* de la realidad, el funambulismo de la cotidianidad, la movilidad social, las mutaciones culturales. Para el caso retomo la propuesta de Jesús Ibáñez, que desarrolla una perspectiva metodológica desde el paradigma de la complejidad, así lo describe “*A lo largo de los años he diseñado un paradigma complejo de la investigación social (...) el nuevo paradigma, (acorde con la nueva o segunda cibernética) incluye: en vertical. Tres niveles (tecnológico, metodológico y epistemológico); y el horizontal tres perspectivas (distributiva, estructural y dialéctica)*” (Ibáñez, 1998:199).

El modelo de Ibáñez (1998) logra dibujar, metodológicamente, la sociedad en clave compleja, de esta manera encuentro que se ajusta al aquí denominado diagrama de vectores, y que avanza en el concepto de transducción. Este es un significante, acuñado por este investigador, con el que establece una alternativa reflexiva a los convencionales análisis que transitan entre lo inductivo y lo deductivo.

La transducción utiliza –conserva y amplifica- más información de la que hay: es un intento de resolver las disparaciones en el espacio y las contradicciones en el tiempo de la unidad huyendo hacia delante (inventado nuevas dimensiones. La unidad no es cerrada, como postulan las vías inductivas y deductivas, sino abierta (disparatada, contradictoria). La transducción se mueve en el elemento de la unidad, pero una unidad problemática (...). La actividad transductiva es una actividad sincronizada mediante la invención de nuevas dimensiones, transforma el ruido en información (Ibáñez, 1994: 9 y 24).

Justo en el tejido - “disparaciones” - que se arma en el diagrama de vectores y de cara a la variabilidad de instrumentos, pude aprehender el concepto. En el análisis la transducción toma forma en la confrontación permanente de lo extensivo (la comunidad) y lo intensivo (los grupos indagados en detalle), en los encuentros y desencuentros que existen entre el yo (los sujetos de interés), el nosotros (la comunidad) y los otros (los que miran desde fuera). Las nuevas direcciones que proponen las variables del perfil social (género, procedencia, nivel educativo, vínculo laboral). Maneras que ofrecen lectura ya no de lo general a lo particular o viceversa, sino de lo general a lo general, de un grupo a otro grupo, de un sujeto a otro sujeto.

- **El cuadro relacional**

En esta lógica del “rompecabezas transductivo” he regresado al proyecto planteado, he revisado lo propuesto y lo supuesto y he decantado aquello posible con el levantamiento de datos realizado, vía sistematización, lectura y relectura de los mismos. He buscado con qué información voy a responder a las preguntas y he establecido una correspondencia entre objetivos, preguntas, supuestos, maneras probables de dar respuesta, las categorías, los instrumentos y las derivaciones teóricas. En esa búsqueda he llevado a cabo un cuadro

relacional, que articula los diferentes fragmentos del repertorio del un proyecto visto a la luz del trabajo de campo realizado.

Este cuadro relacional de alguna manera hace al proyecto más activo y productivo, toda vez que desemboca en una propuesta de estructuración del informe final, develando así un modelo, posible, no único, de configurar un todo articulado y coherente. La estructura confeccionada en razón del plan de análisis ha sido reconfigurada a partir de los hallazgos que la revisión permanente exige.

Cuadro relacional

Objetivo	Pregunta	Categorías	Fuentes Instrumentos	Numerales de cada instrumento	Derivaciones teóricas Hallazgos – interpretaciones	Eje temático-Capítulo-Paisaje/escenarios
1. Caracterizar la cultura corporal de los desplazados por el conflicto social hacia la ciudad de Medellín	<p>¿Qué factores se pueden reconocer en la cultura corporal de los actores investigados que permitan acercarse a la función social del cuerpo?</p> <p>Supuesto En el cuerpo se sintetiza la cultura que lo acuna y ello deviene en percepciones, actitudes y prácticas.</p>	Sexualidad (SX) Estética (E) Salud (SL) Motricidad (MTR) Producción (PRO) (Percepciones, prácticas, significados)	Observación etnográfica en los escenarios de la comunidad (OETES) Entrevistas a niños de 12 – 14 años y a los Adultos de esos niños. (EN, EA) Somatoscopia (SMT) a ambos grupos Talleres (T) Entrevistas “otros” (EO)	OETES: Todos EN: 1, 2, 3, 4, 5, 6 EA: 10, 11, 16, 17, 18, 19, 20, 21, 22 SMT: 1, 2,3,4 T: dibujos, descripciones de ideales EO: 7, 10 DC, RV	<p><i>El cuerpo</i> medio de recuperación del territorio perdido</p> <p><i>El cuerpo</i> como vínculo social</p> <p>Las prácticas corporales se configuran en estrategias de protección y resistencia</p> <p><i>El cuerpo</i> es un emisor y receptor de mensajes en contexto</p>	<p>Eje temático: Cuerpo</p> <p>Capítulo: En todos los capítulos</p> <p>Paisaje: En todos paisajes</p>
<p>2. Identificar las formas y funciones del miedo en los desplazados por el conflicto.</p> <p>3. Establecer la participación del miedo en el desplazamiento y en la reconfiguración de la identidad (vía cuerpo).</p>	<p>¿Cuál es el lugar que ocupa el miedo como agente del desplazamiento y cómo deviene en “usos” del cuerpo que otorgan identidad a los desplazados?</p> <p>Supuesto El miedo es una de las principales causas del desplazamiento y conduce, a su vez, a</p>	Miedos Antropológicos (MDA) Miedos Nuevos (MDN) Miedos Cómplices (MDC) Nosotros/otros (NO) Territorio (TRT) Objetos (OB)	Observación Etnográfica, Entrevistas, Diario de campo (DC), Registros visuales, (RV) Somatocopias (SMT) Censo (CS)	EN: 6.1, 6.2, 7,8. EA: 3, 4, 5, 6, 7, 8, 9, 12, 13,14, 15, 16.1, 17.1,17.2, 18.1, 19.1, 20.1, 23 SMT: 2.11, 2.12, 5 EO:6, 8,10,11,1416 RV: público, privado T: dibujos, relatos, ubicación	<p>La adecuación de la motricidad como una protección al espacio amenazante</p> <p>Resignificación de riesgo ante las condiciones de la vida cotidiana</p> <p>Las prácticas estéticas como</p>	<p>Eje temático: Miedo</p> <p>Capítulo: Pasión, reacción e inscripción</p> <p>Paisaje <i>del Miedo</i></p>

	<p>prácticas de protección y de defensa, manifiestas en <i>el cuerpo</i></p> <p><i>El miedo</i> es una estrategia de poder mediadora del desplazamiento en territorios en conflicto</p>	<p>Sexualidad (SX) Estética (E) Salud (SL) Motricidad (MTR) Producción (PRO) (Percepciones, prácticas, significados)</p>		<p><i>del miedo en el cuerpo</i> CS DC, RV</p>	<p>un dispositivo de protección social</p> <p>Los miedos mutan con la migración</p> <p>Nuevos miedos ante la salud, conductas de riesgo</p> <p>Control de la natalidad, una condición</p> <p>Reacción de género ante <i>el miedo</i>. Cambio de roles</p>	
<p>4. Caracterizar los rasgos identitarios manifiestos en <i>la cultura corporal</i> y sus significaciones en el marco del conflicto</p>	<p>Pregunta: ¿Qué significados otorgan a las prácticas corporales identitarias, en el marco del conflicto?</p> <p>Supuesto <i>El miedo</i> es un agente del conflicto social que interviene en <i>la cultura corporal</i> de los desplazados y con ello en la reconfiguración de la identidad.</p> <p><i>El cuerpo</i> se constituye en territorio de significación colectiva ante la ausencia de un espacio geográfico “propio”</p>	<p>Nosotros/otros (NO) Territorio (TRT) Objetos (OB) Miedo (MD) Sexualidad (SX) Estética (E) Salud (SL) Motricidad (MTR) Producción (PRO) (Percepciones, prácticas, significados)</p>	<p>Observación Etnográfica, Entrevistas, Diario de campo (DC), Registros visuales, (RV) Somatocopias (SMT) Censo (CS)</p>	<p>EN: 6.1, 6.2, 7. 8 EA: 6, 7, 12, 14,15, 16.1, 17.1,17.2, 18.1, 19.1, 20.1, 21 EO: 8, 12, 13, 15 T: Dibujos, relatos de desplazamiento CS SMT DC, RV</p>	<p><i>El cuerpo</i> medio de recuperación del territorio perdido</p> <p>Distanciamiento entre la idealidad y al realidad</p> <p>El erotismo, más allá del sexo</p> <p>Los negros se ven como “rumberos”</p> <p>Añoranza y nostalgia del terruño: un asunto de género, edades y posibilidades</p> <p>Los cambios y los</p>	<p>Eje temático: Identidad</p> <p>Capítulo: Escritos en el cuerpo</p> <p>Paisaje Étnico</p>

					rescates de prácticas	
<p>5. Establecer la función que cumplen los medios de comunicación en la configuración de las identidades en razón de la relación miedo - cuerpo – conflicto social.</p>	<p>¿Cómo participan los medios de comunicación en la construcción social del miedo que deviene en usos particulares del cuerpo?</p> <p>Supuesto Los medios de comunicación participan en la construcción social del miedo: diseñándolo, promoviéndolo y exportándolo.</p> <p>Los medios de comunicación participan en la configuración de patrones de reconocimiento cultural para la sociedad.</p>	<p><u>Función</u> <u>Criterios</u> <u>Vinculación</u> <u>Percepción</u> <u>Sexualidad (SX)</u> <u>Estética (E)</u> <u>Salud (SL)</u> <u>Motricidad (MTR)</u> <u>Producción (PRO)</u> <u>(Percepciones, prácticas, significados)</u></p>	<p><u>Entrevistas a comunicadores y estudiantes de comunicación</u></p> <p><u>Revisión de prensa</u></p> <p><u>Entrevistas otros</u></p> <p><u>Participación en foros</u> <u>Fuentes secundarias</u></p>	<p>EN: 8 EA: 12, 14, 15 EO: 17 y las de Comunicadores <u>Fuentes secundarias (FS)</u></p>	<p>Los medios de comunicación son más “alarmistas” que generadores de opinión</p> <p>Los medios de comunicación proyectan una imagen estigmatizante del desplazado</p> <p>Favorecen la difusión del miedo sin tamizar las consecuencias</p>	<p>Eje temático: <i>política</i></p> <p>Capítulo: En todos los capítulos</p> <p>Paisaje Biopolítico</p>
<p>6. Establecer la participación de las instituciones en la reconfiguración de la identidad en los desplazados</p> <p>7. Colocar en escena ciertos agentes del conflicto social, manifiestos en el cuerpo, para favorecer la comprensión de las violencias, el desplazamiento y los</p>	<p>¿Cuál es el papel que juegan las instituciones de cara a la reconfiguración de identidades en la relación miedo -cuerpo – conflicto?</p> <p>Supuesto Las instituciones desempeñan un papel relevante en la articulación de los desplazados al nuevo entorno social mediante</p>	<p>Instituciones Conflicto <u>Medios</u> <u>Sexualidad (SX)</u> <u>Estética (E)</u> <u>Salud (SL)</u> <u>Motricidad (MTR)</u> <u>Producción (PRO)</u> <u>(Percepciones, prácticas, significados)</u></p>	<p>Entrevistas otros (EO) Participación en Foros Censo (CS) Entrevistas Adultos (EA) Talleres (T) Fuentes secundarias (FS)</p>	<p>EO: 4, 5, 15 (antevistas a representantes de Instituciones) EA: 12, 14,15 T: dibujos CS DC FS</p>	<p>Las estéticas juveniles como una amenaza a las instituciones</p> <p>La danza, la música, la estética afro colombianas como una retórica de la ciudadanía</p> <p>El cuerpo como vínculo social</p> <p>Los ancestros, una</p>	<p>Eje temático: <i>política</i></p> <p>Capítulo: Voces del silencio</p> <p>Paisaje Biopolítico</p>

nuevos pactos sociales.	<p>la manipulación <i>del miedo</i> y la generación de vínculos identitarios con las comunidades receptoras</p> <p>La violencia y <i>el miedo</i> devienen en un dispositivo institucional para regular la vida social de <i>los desplazados</i>.</p>				<p>conquista del estatus</p> <p>La alegría un dispositivo de protección</p> <p><i>El cuerpo</i>: sistemas de creencias</p> <p>La iglesia emerge como una institución de confianza y protección</p>	
8. Explorar metodologías que den cuenta de la relación cuerpo – sociedad, en el marco de la complejidad	<p>¿Cuáles serían los desafíos metodológicos que implicaría acercarse a la problemática cuerpo – sociedad desde el marco de la complejidad?</p> <p>Supuesto El estudio de <i>la cultura corporal</i> en la esfera <i>política</i>, social y cultural develará a la ciencias sociales una vía de acceso para la comprensión del mundo actual</p>	<p>La complejidad La reflexividad La transducción Tensión idealidad - realidad</p>	<p>Censo Observación etnográfica Talleres Somatoscopia Revisión de prensa Entrevista a “propios y extraños” Registro visual</p>	<p>Prefiguración de la realidad (planeación) Configuración de la realidad (encuentro) Reconfiguración de la realidad (interpretación) Una propuesta</p>	<p>No es posible una sola vía para dar cuenta de este objeto Existe una distancia entre idealidad (lo planeado) Y realidad (lo realizado) Negociación ente matriz perceptiva del investigador y contundencia del objeto</p>	<p>Eje temático: cuerpo -identidad- miedo – política</p> <p>Escenario: Disciplinar</p> <p>Capítulo: Proceso de indagación o...</p> <p>Paisaje: todos los paisajes</p>
9. Generar nuevos escenarios de discusión teórica y nuevos conocimientos en torno a la interpretación de la cultura a partir de los miedos inscritos en <i>el</i>	<p>¿De qué manera <i>el cuerpo</i> puesto en el centro del análisis social puede revelar procesos históricos y estructurales?</p> <p>Supuesto</p>	<p>Reflexividad Complejidad Paisajes: etnológico, <i>del miedo</i> y biopolítico Miedos</p>	<p>Articulación teórica Informe final</p>	<p>Paisaje <i>del miedo</i> (sujeto emocional) Paisaje étnico (sujeto cultural) Paisaje</p>	<p>El desplazamiento como una regeneración social y territorios en disputa</p> <p>Los discursos</p>	<p>Escenario: Disciplinar</p> <p>Capítulo: <i>El cuerpo en el escenario de las ciencias sociales</i></p>

<p><i>cuerpo</i> y en una perspectiva histórica</p> <p>10. Instalar al cuerpo en el centro de la reflexión social y reconocerlo en su dimensión cultural, emisor y receptor del conflicto, y destacarlo como una significativa opción para la elaboración de estrategias que conduzcan a la reconstrucción del tejido social, en un proyecto democrático de país – ciudad- región</p>	<p><i>El cuerpo</i> registra la historia individual y colectiva y, consecuentemente, posibilita la comprensión de procesos históricos y estructurales</p>	<p>Identidad Conflicto Cuerpo Negritudes Sexualidad (SX) Estética (E) Salud (SL) Motricidad (MTR) Producción (PRO) (Percepciones, prácticas, significados)</p>		<p>Biopolítico (sujeto en contexto) Paisaje Mediatizo (sujeto información) Colofón</p>	<p>disciplinares alimentados por el conflicto social</p> <p><i>El miedo</i>, regulación, control y supervivencia</p> <p>Identidades mutantes, reconfiguradas y emergentes</p> <p><i>Corpus – habitus – culture</i> Cuerpo medio, mediación y mediado</p>	<p>Paisaje: todos los paisajes</p>
---	---	--	--	--	--	---

Convenciones: Observación etnográfica en los escenarios de la comunidad (OETES), Entrevistas a niños de 12 – 14 años y a los Adultos de esos niños. (EN, EA), Somatoscopía (SMT) a ambos grupos, Talleres (T), Entrevistas “otros” (EO), Censo (CS), Diario de Campo: (DC), Registro Visual: (RV), Fuentes secundarias (FS), Sexualidad (SX), Estética (E), Salud (SL), Motricidad (MTR), Producción (PRO)

- La estructura del informe final: el modelo armado

Los pasos se han llevado de tal manera que, el cronograma de campo, el problema (el gráfico del problema), el diagrama de vectores y el cuadro relacional, me han permitido encontrar aristas significativas para alcanzar esa reconfiguración de la realidad, que se expresa en la estructura del informe final. De nuevo Bourdieu:

No es menester proponer grandes construcciones teóricas vacuas, sino abordar un caso empírico con la intención de construir un modelo – el cual no necesita adoptar una forma matemática para ser riguroso-, combinar datos pertinentes de tal manera que funcionen como un programa de investigaciones que planteen preguntas sistemáticas, aptas para suscitar respuestas también sistemáticas, en fin, construir un sistema coherente de relaciones que deberá probarse como tal. (Bourdieu, 1995: 173).

La estructura del informe final es, consecuentemente, un producto del mismo cuadro relacional puesto en juego con:

- **Los ejes temáticos (los paisajes):** los ejes planteados y en consonancia con las derivaciones teóricas, conforman *paisajes*. Para *los paisajes* he partido de Appadurai, quien los propone como “planos o dimensiones de flujos culturales” una suerte de esferas estructuradas por conceptos e imaginarios que son vividos, interpretados y apropiados o rechazados de maneras diversas, según el lugar que uno ocupe dentro de ese mismo campo. (Appadurari, 2001).

Los paisajes, conforman los capítulos 4. **Pasión, reacción e inscripción** (*Paisaje del Miedo*, en el que se inscribe el eje Miedo); el capítulo 5. **Escritos en el cuerpo**, (*Paisaje Étnico* en el que se inscribe el eje Identidad) y el capítulo 6. **Voces del silencio**. (*Paisaje biopolítico*, en el que se inscribe el eje *Política*). El capítulo 3 **Más que piel. La cultura corporal en Macondo** es una experimentación de presentación de datos en forma visual y no corresponde ni a *los paisajes*, ni a los escenarios es, más vale, una concreción de las dimensiones *del cuerpo* puestas en el lugar de los ángulos.

En la perspectiva de *los paisajes*, también pude realizar conexiones importantes entre otros escenarios que se han contemplado en la investigación como los son: capítulo 1. **El proceso de Indagación. O la tensión entre la idealidad y la realidad** (*escenario disciplinar*); capítulo 2. **Colombia: dialéctica de lo bello y lo ominoso** (*el contexto*); y el capítulo 7 **El cuerpo en el escenario de las ciencias sociales** (*escenario disciplinar*). Estos capítulos serán cruzados por los paisajes.

Las derivaciones teóricas (ejercicio interpretativo): éstas a su vez son el resultado de los supuestos, las intuiciones teóricas surgidas en el trabajo de campo, que se conectan con lo referentes conceptuales y los hallazgos en la sistematización de la información. Estas interpretaciones que afloran, en principio de manera caótica y compleja, empero, las he vinculado en función de a los ejes temáticos y constituyen el corpus de los capítulos propuesto para la estructura final.

Los Objetivos: cada capítulo atiende algunos de los objetivos propuestos e intenta dar respuesta a las preguntas.

1.5 La validación “otra comunidad”

En el 2005 realicé otro acercamiento a Macondo, ahora la intención era hacer una retroalimentación con los informantes, orientada por lo que Sandoval (1996) ha ubicado como “validación fenomenológica”...Esto, en virtud de “*Que uno de los propósitos primarios de la investigación cualitativa es conocer la realidad sociocultural desde la perspectiva de los actores sociales que la construyen*”. (Sandoval, 1996: 158).

- Me reuní con los habitantes de Macondo que quisieron compartir este momento: Petra Cotes, Pilar Ternera, Remedios la bella, Aureliano y, por supuesto, José Arcadio.
- Les compartí las fotografías y con éstas empezamos el ejercicio: las miraban, ubicaban a los vecinos y se ubicaban ellos. Recordaban los momentos y el motivo. Los vi contentos y muy orgullosos con sus propias imágenes.
- En la visita siguiente, leímos fragmentos de mi diario de campo. Aquí la actitud fue otra, porque se les veía un tanto extrañados con el ejercicio, un poco aburridos por el esfuerzo de atender una lectura, tarea a la que no están habituados. En algunos casos se reían. Al preguntarles por su apreciación, si les parecía, sólo contestaron “todo está muy bien” una aceptación un tanto automática frente a alguien que les inspira respeto.
- Lo que si observamos los que llegábamos de afuera, es que a nadie se incómodo y que, por el contrario, en algunas ocasiones se sintieron aludidos en algunos pasajes y parecían presumir.
- En la tercera y última visita, del 2005, les enseñé los dibujos de los niños, les leí cuentos, muy pequeños de ellos mismos. Mauricio babilonia y Homerito, que subieron conmigo, les comentaron sus observaciones y hablamos de las condiciones medio ambientales.
- Recorrimos el asentamiento y observamos los cambios, las reubicaciones en función de los riesgos, las intervenciones del gobierno departamental y las prácticas de los estudiantes de Educación Física. A los tres nos sorprendió el cambio de la fisonomía del asentamiento, la movilidad a la que ha seguido sometidos luego del desplazamiento. Las respuestas ante las amenazas y como empezaban a cambiar su lenguajes y sus sueños.
- Una experiencia de validación fue la presentación de los resultados del censo que se hiciera en el 2004 a la gente de Macondo y a la que ellos respondieron con mucho interés pues tenían esperanzas en que estos datos “duros” les permitieran sustentar sus proyectos ante la municipalidad. En la última visita constaté estos efectos: ahora tienen escuela, asesorías, nuevos senderos y más proyectos. Habíamos colocado la primera piedra.

De nuevo Sandoval: “*La validación de las conclusiones obtenidas se hace aquí a través del diálogo, la interacción y la vivencia; las que se van concretando mediante consensos nacidos*”

del ejercicio sostenido de los procesos de observación, reflexión, diálogo, construcción de sentido compartido y sistematización” (Sandoval, 1996: 159)

1. 6 El informe

Articular coherentemente y en dos dimensiones, lo que se ha abordado en forma multidimensional, es una tarea ya no sólo difícil, sino siempre incompleta. La redacción del informe final, esto es, entregar a los otros lectores un texto que de cuenta de lo que se capturó en el proceso, desde la lente *del cuerpo* ha representado el reto conclusivo, que demuestra que nada es concluyente en los referido a la realidad social en relación *al miedo, la identidad y a la biopolítica*. En este acápite quiero presentar las decisiones últimas, para la escritura, que son de un orden más metodológico que interpretativo y más pragmático que complejo.

La idealidad, la estructura primera.

Con el proceso seguido para el análisis, como he dado cuenta hasta aquí, emergió una estructura lógica, organizada a partir de las inferencias teóricas y en razón de los objetivos, los supuestos y las categorías del estudio. (Volver a estructura de la tesis en el “Cuadro relacional” de este capítulo). Empero, en el análisis, en la apropiación de la información obtenida y en la integración con las categorías, surgieron nuevas aristas (espectros) que me permitieron dar cuenta del problemas, más que algunas de las categorías propuestas, que se ocultaron en el proceso.

La realidad, una estructura “reflexiva”

Con estructura reflexiva, quiero decir, funambulista, inacabada, transformable, ¿incierto? Para empezar, debo decir que he contemplado, por lo menos 5 maneras posibles, de realizar este informe: una, sostenida en lo visual; otra, en la que las dimensiones de *la cultura corporal* conformaran los capítulos; una más, centrada en el “Relato de la experiencia”; una cuarta, colocando como eje *el paisaje biopolítico* y, finalmente, la que me ha revelado las opciones anteriores y que aquí traigo.

La presente estructura, cuenta con una introducción y 7 capítulos. El capítulo III *Más que piel*, constituye una emergencia, con la que quise darle salida a mi inclinación por las formas, los colores y las composiciones. Igualmente he pretendido dar espacio a las lentes auscultadoras de fotógrafos y etnógrafos. En el capítulo IV, *Pasión, reacción e inscripción*, surgieron dos perspectivas más para la interpretación: *Los miedos viscerales y las emociones derivadas* y, en el capítulo VI, *Voces del silencio*, la categoría *medios de comunicación* se ocultó en la información que obtuve o, podría ser, que la manera de buscar el dato no fue la adecuada; sin embargo, en este eje temático, apareció la *resistencia* como un tópico relevante y definitorio del *paisaje biopolítico*.

Los resultados

- El análisis ha seguido la propuesta del “Cuadro relacional”, con una categorización manual de los datos obtenidos por diferentes fuentes. Utilicé diferentes colores para señalar en cada evidencia física (Entrevistas (Adultos, niños, otros), etnografías de asistentes, somatoscopías) las diferentes los textos correspondientes a las categorías axiales, las descriptivas y las emergentes, para un total de 20 “tonalidades” analíticas. Las entrevistas fueron desagregadas y almacenadas virtualmente, según los aspectos que dieran contenido a las categorías, por ejemplo vivienda, con la que se alimenta la categoría *salud*, de la *cultura corporal*.
- Los testimonios fueron transcritos como fueron registrados en cintas magnéticas, sin embargo, para su integración como resultados, me permití la licencia de eliminar las muletillas y exclamaciones que, en ocasiones realizó el entrevistador, que más que aportar al diálogo, interrumpen el discurso y restan fluidez. Igualmente; en la mayor parte de los testimonios omito la pregunta que se le hizo al entrevistado, toda vez que se les pidió iniciar la respuesta repitiendo la pregunta; sólo la he integrado al texto cuando la considero indispensable para entender el testimonio.
- Algunos testimonios son extensos, y me ha resultado muy difícil editarlos, por mi inclinación a la palabra y mi regodeo en “las maneras de decir”, este entusiasmo por los textos significativos, (vicios como investigadora antropóloga), en ocasiones, me ha conducido a excesos.
- El “Relato de la experiencia, 60 días y un día”, lo introduje en excel y esta vez coloqué un número en cada categoría que apareciera por fragmentos del texto, para luego reordenar en función de las mismas. Para la presentación de los capítulos, parto del diario inicial.
- Los registros visuales fueron almacenados virtualmente, por categorías y por pasos del proceso investigativo.
- Los dibujos, cuentos e, incluso, la información somatoscópica, no fue sometida a un análisis detallado, por esto aparecen de una forma un tanto marginal y más ilustrativa.

La redacción

- Para ubicar al lector, he optado por utilizar la letra cursiva en cada referencia a los ejes, categorías, paisajes y lentes.
- Igualmente, me he inclinado por las cursivas para las citas de autores extractadas de textos y diferenciarlas de los testimonios de los actores y demás entrevistados.
- En el presente capítulo, he subrayado la categoría medios, que no fue incluida en *el paisaje biopolítico*, para señalar con ello, el cambio.

- Para protección del anonimato de los actores, inapelable en los referido al conflicto colombiano, he utilizado códigos, según los entrevistados, el orden de digitación y el sexo. Ejemplos: EA20M (Entrevistas a Adultos, fue digitada de 20, y es una mujer); EANÑ10H (Entrevistas a Niños, fue digitada de 10 y es un hombre); EO7HJV (Entrevista a Otros, fue digitada de 7, es hombre y se llama Jaime Vidal)
- El diario de campo personal, lo presento con el número del día, dentro del tiempo de visita, el asentamiento y el año; por ejemplo: (Diario de campo, día 14, Macondo, 2004). En el caso de los diarios de los asistentes, lo identifico con el seudónimo que les coloqué, el escenario donde se realizó la observación, el asentamiento y el año, para ilustrar: (Diario de campo de la Gioconda, zona recreativa, Macondo, 2004)
- Los fotografías aparecen el pie de foto, con una numeración que les coloqué al azar, así: (F1. Macondo, 2004.)
- He intentado colocarle a algunos epígrafes acento musical, dada la particularidad del estudio.
- Las referencias bibliográficas, la variedad de fuentes y la diferencias en lo géneros de los epígrafes (musicales, poéticos, literarios, académicos etc) le han dan al texto una aspecto diletante y, en verdad lo es, por los mismos marcos: reflexivo, complejo, transdisciplinar. La escritura no se compadece con estas características por su limitación a dos dimensiones, por los formatos, por la consecutividad (linealidad) inevitable de los capítulos y, más que eso, por la linealidad en que se lee, pues no se alcanzan a captar o a comprender los flujos entre los paisajes, de hecho, no se aceptan las reparaciones, en distintos escenarios, de las mismas categorías, ello me ha generado tensión entre la integración de lo que he hallado y las necesaria taxonomía. Aun falta recorrido para poder realizar informes con disparaciones, tramas, mutaciones y migraciones temáticas.

1. 7 Las piezas sueltas

Si bien he querido presentar los diferentes pasos en un orden coherente y con correspondencias intrínsecas al estudio, debo decir que no todas las piezas embonan y/o tienen un lugar y una función. Por el contrario, lo que el proceso de indagación me ha enseñado: la relación, única e irreplicable, que se establece entre el objeto, el investigador y la teoría genera sus propios tiempos, que no tienen nada que ver con los cronogramas, provengan de donde provengan; son ritmos que oscilan entre el rumiar de una vaca (en lo personal cada cosa me tiene que pasar por los cuatro estómagos), la filigrana de araña (con la que se tejen los hallazgos y los conceptos) y los pasos de elefante que permite cada tejido. Pero no para allí, una vez se logra el paso, aparecen los ratoncitos (de biblioteca ellos y por eso muy respetados) que detienen al elefante y, entonces, “vuelve la vaca al portillo”.

Pero más significativo aún es que este proceso me ha mostrado, una vez más, que hay asuntos de la vida social, *del cuerpo*, de las emociones y de la *política* que no son susceptibles de

“categorizar” y no se dejan someter a la observación o al análisis y que se deslizan por hendijas insospechas a las cuales no llega, no puede llegar, la trama instrumental...no todo se pasa por el prisma.

II

Colombia: flujos entre el país, la región y el asentamiento

“Nací en un barrio donde el lujo es un albur, por eso tengo el corazón mirando al sur” (Susana Rinaldi. Astor Piazzola)

Con este ensayo he procurado ofrecer el contexto socio histórico del conflicto armado en Colombia, el cual favorece la inteligibilidad del desplazamiento en general y de las comunidades negras en particular. El capítulo está organizado en función de las migraciones forzadas que se presentan en país, desde la región Urabá y hacia Medellín, para confluir en asentamientos.⁷

2.1 Esclavos y desplazados: encuentros y desencuentro

Para abrir el itinerario país – región - asentamiento, introduzco una reflexión en torno a los asuntos que vinculan la historia actual de las negritudes en Colombia con los tiempos de la llegada a América, paralelamente propongo rupturas con ese período. Este apartado está planteado a manera de perspectiva de la investigación y de posibles rutas teóricas para la discusión final.

⁷ “Decir asentamiento es decir localización periférica, precarias condiciones habitacionales, carencia de servicios básicos”. (Jaramillo y otras. REGION, Medellín, 2004, p. 85)

Del esclavismo al neoliberalismo

Las circunstancias de las negritudes en Colombia han estado signadas por las políticas que orientan las relaciones económicas: la esclavitud entre el siglo XVI y XIX y el neoliberalismo del XX y del XXI. La necesidad de mano de obra que facilitara la conquista del nuevo mundo y la explotación de sus recursos, fueron el motor que condujo hacia los territorios africanos. Ahora son las imposiciones neoliberales que hacen de los territorios ocupados por *los negros* los requeridos para los megaproyectos.

Los negros que conquistaron espacios geográficos indómitos, pero promisorios, ahora son desalojados por ocupar lugares de riqueza y producción que parecen no merecer, son los espacios deseados por el capitalismo, territorios en disputa por sus recursos naturales, no por su contenido humano.

De Esclavos a cimarrones, de cimarrones a desplazados

La “huida” moderna, neoliberal, que experimentan *las negritudes* hoy día en Colombia, no está en la misma lógica de la esclavitud, de hecho los orígenes de la trata tienen que ver con el desgajamiento, la persecución y la cacería-viva, literal, del negro en su tierra natal para ser transplantados a “otros mundos”; allí lo que interesaba era justo eso: la mano de obra, el ser humano “animalizado”, pero como ser vivo en sí mismo. Ahora el desplazamiento es una huida, semejante a la anterior por lo involuntaria, pero huida de las matanzas para desalojar las tierras; aquí lo que interesa es el espacio físico que ocupan, no sus potenciales laborales, ni sus condiciones físicas, ni su conocimiento de la naturaleza, ni siquiera interesa si son o no *negros*, lo que los hace punto de enfoque, en los últimos años, es el lugar que habitan, que es justo aquel que conquistaron cuando se liberaron en épocas de la trata. Es una suerte de paradoja del destino: aquello que encontraron al escapar y que les sirvió de albergue y que transformaron en hábitat, se convierte ahora en el motivo de su desalojo y de su *miedo*. Y como fueron territorios ocupados principalmente por *negros*, en tiempos de esclavitud, son ahora principalmente *los negros* los desalojados. He ahí un encuentro: el desarraigo forzado de las tierras y un desencuentro: antes interesaron ellos, ahora interesan sus tierras -de la disputa por sus cuerpos pasaron a la disputa por sus tierras (que como se verá, vuelve a revertirse en *el cuerpo* como territorio en disputa) Encuentro: escapar del otro persecutor, desencuentro: evitar ser atrapado como esclavo, y evitar ser asesinado como colono. Encuentro, *el miedo* mecanismo de control, como medio de liberación y como la necesaria adaptación, aquí no hay desencuentro.

De Kilombos a Palenques, de palenques a asentamientos

En África del siglo XIV los nativos se escabullían del cazador y conformaban Kilombos, (Asociación de hombres abierta, sin distinción de filiación de linajes, que existió desde el siglo XVI. Mecanismo de resistencia que operaba con campamentos fortificados, reconocidos en los Bijago de Guinea y en Jagas del Congo). Durante la trata de Cartagena y de la consecuente esclavitud, *los negros* escapaban, orientados por sus saberes, hacia lugares desconocidos pero seguros y conformaban los palenques (Expresión de libertad. Versión criolla de la resistencia

negra. Lugares que conformaban los negros luego de huir de su amo y en los que reconstruían sus prácticas culturales). Así, llamados cimarrones, *los negros* “huidos”, que se resguardaron en palenques, lugares que les permitieron recuperar prácticas - no olvidadas, sino restringidas, proscritas- y ejecutarlas, en forma sincrética, con las nuevas aprendidas. Hoy día huyen y conforman asentamientos, lugares a los que llegan como un refugio en la oscuridad. Y como otrora, se reúnen en la gran familia negra que no implica, necesariamente, lazos de consanguinidad, sino unidad racial, étnica y circunstancial. De nuevo, el encuentro: la conformación de lugares protectores que les permitían resguardar la vida; desencuentro: las razones históricas que los han llevado a conformarlos; desencuentro: los cimarrones conquistaron espacios con riqueza natural, seguros y fértiles; los desplazados arañan laderas vulnerables, terrenos escarpados e inestables. Encuentro: unidad étnica y familiar como mecanismo de protección; unidad forzada por las condiciones involuntarias de reunión, mediadas por otros; aquí no hay desencuentro. Encuentro: recuperación de prácticas propias a su cultura, conocidas y negadas; desencuentro: recuperación de prácticas más de orden originario-imaginario, reinención de lo Afrocolombiano como condición de supervivencia social y cultural. Encuentro, reconfiguración de un espacio en función de las prácticas culturales; desencuentro: los espacios agotados de la ciudad no significan posibilidad de expansión y de sobrevivencia, por el contrario acarrearán miedo y evidencian las necesidades insatisfechas. Encuentro: han sido desplazados; desencuentro: antes fueron *desplazados* como negros; ahora son *desplazados*, como muchos otros.

2.2 El país: Colombia, una dialéctica de lo bello y lo ominoso.

“Cuenta la historia que los intelectuales colombianos que participaron en la redacción de la Carta Constitucional de 1986, enamorados de la cultura francesa, se la enseñaron al poeta Víctor Hugo, este la leyó con cuidado y exclamó ¡este ha de ser un país de ángeles!” (Álvaro Tirado. Historia de Colombia)

En efecto, la constitución colombiana es una de las más bellamente escritas en el mundo, lo cual sólo habla de lo bien que escriben algunos colombiano, casi como ángeles. Un poco de historia me permitirá ilustrarlo.

En los inicios del siglo XVII y hasta 1819, el país que hoy llamamos Colombia era reconocido como parte de las gobernaciones de Cartagena y Popayán. En 1819, en el Congreso de Angostura, se creó la Gran Colombia (Venezuela, Cundinamarca y Quito). En 1821, en el Congreso de Cúcuta, se redactó su primera constitución y se confirmó Simón Bolívar como Presidente. En 1830, se disuelve la Gran Colombia y en la Convención Granadina de 1831, se crea la república de la Nueva Granada, y en 1851 se da la Abolición de la esclavitud. En 1863, los liberales radicales asumen el poder y redactan la constitución de Río Negro, en la que se otorga al país el nombre de Estados Unidos de Colombia, hasta 1886, cuando se aprueba una nueva constitución con el nombre de República de Colombia. La constitución del 86 contempla: nombre del país, República de Colombia, amplios poderes presidenciales, periodo presidencial de seis años (4 en la actualidad) se crean los departamentos (32 hoy día) en lugar de los estados, se restablecen las relaciones con la

Iglesia. En 1991 se lleva a cabo una última reforma a la constitución colombiana y con ella se rige el país en la actualidad.

La mejor esquina de América: La paradoja de la exuberancia y la miseria

La ubicación geográfica de Colombia le ha significado la denominación de “la mejor esquina de América”: con sus costas sobre el océano pacífico y el océano Atlántico, este país se perfila como un conector entre Sur y Centro América, vía Panamá, otrora parte de su propia cartografía. Colombia es reconocida como una de las regiones más diversas del mundo, con costas en el mar Caribe, el océano Pacífico, inmensas selvas tropicales húmedas en la amazonía, la cuenca del Pacífico, y sabanas en la Orinoquía y en la llanura Caribe. Sus tres cordilleras andinas dan origen a profundos valles longitudinales de norte a sur. Su ubicación estratégica la ha convertido en punto de mira para diferentes intereses: como vía de acceso a los territorios del sur, como puerta de escape de sus patrimonios y creaciones y como lugar de llegada de colonos y esclavos, en tiempos de conquista. *“Colombia se ha convertido en una pieza esencial en el ajedrez geopolítico regional, por su doble salida al Pacífico y al Caribe, su cercanía con Panamá y las rutas marítimas más importantes del globo, y por tener una extensa frontera con Venezuela, el país que está en la mira de la Casa Blanca”.* (Zibechi, 2004, P: 10)

Por sus riquezas tanto topográficas como en distintos renglones de la economía, Colombia se ofrece exuberante, productora y promisoría: en Colombia existe el 10% de la flora y fauna del mundo; en sus aguas y tierras habitan más de 130.000 especies de plantas, 49.000 de flora, 3.000 de orquídeas y a 1.721 tipos de aves. Colombia ocupa el segundo lugar en el orden mundial en anfibios y el tercero en reptiles. El total de la superficie de Colombia es de 1.141.748 km.² y solamente el 5,2% de las tierras están cultivadas. Los principales productos de exportación han sido el petróleo y derivados (36,8%), café (21%), textil (4,2%), frutas (3,9%), flores (3,3%). Posee grandes posibilidades pesqueras debido a la longitud de sus costas (1.500 Km. en el Caribe y 1.280 Km. en el Pacífico) y a la calidad de los bancos marinos. Es el quinto productor de petróleo y el primero de oro de América Latina. Es también el mayor productor del mundo de esmeraldas (90%) y el cuarto de platino. Además, tiene las mayores reservas de carbón de América Latina y produce también plata, hierro, sal, níquel, entre otros.

Empero, Colombia padece una miseria contundente, manifiesta no sólo en la escasez de dinero, sino en el deterioro del tejido social que configura al país. El 73% de la población se concentra en zonas urbanas como Bogotá (más de 8 millones de habitantes) Medellín (4.500.000), Cali (3.400.000), Barranquilla (1.600.000), Bucaramanga (1.600.000) o Cartagena (1.435.000). El 49% de la población vive por debajo de la línea de pobreza, el 60% está desempleada o subempleada, el 70% de los campesinos poseen sólo del 5,6% de la tierra, donde mueren a causa del conflicto interno. Colombia ha sido declarada en los últimos años como el país más violento del mundo y ha sido calificada como la Democracia Genocida. La impunidad llega al 97% y los últimos 50 años de gobierno se han vivido en un casi

permanente Estado de Excepción⁸. A principios de los noventa la deuda externa rondaba los 23 mil millones de dólares, donde el pago de los intereses anuales equivalía al 50% de las exportaciones. En el 2.000 ascendía ya a 36 mil millones de dólares equivalentes al 41,3% del PIB, de los que 7,5 millones se emplean en pagar los intereses, bastante más que los 2,6 millones de dólares destinados a la inversión. (Departamento Nacional de Estadísticas DANE, 2003)

Los anteriores indicadores de la calidad de vida y del desarrollo de una sociedad, dan cuenta de un pueblo que se muere de hambre en la abundancia y que no puede usufructuar, para bien de su comunidad, todo aquello que “le dio la madre tierra”, de ahí que una alternativa de subsistencia sea la emigrar: el Departamento Administrativo de Seguridad, DAS, en el periodo comprendido entre 1996 y 2001, del país salieron 779.000 jóvenes entre los 14 y los 26 años. De ellos sólo se reportó el regreso de 563.975, es decir que 215.554 jóvenes se quedaron por fuera del país. La migración no es sólo hacia el exterior, en Colombia se vive un fuerte movimiento migratorio interno, de hecho, El departamento Administrativo Nacional de Estadística (DANE) revela que más del 50% de la migración del país tiene como destino capitales y áreas metropolitanas (Estudios Censales N° 13. 2003). Los migrantes internos acumulados (54.3%) tienen como destino la capital de la república, los departamentos del Valle del Cauca, Risaralda y Antioquia. En la encuesta Continua de Hogares, en el primer trimestre del 2003, se reporta que el 8.5% de la población total registrada es migrante departamental. De ese volumen de migrantes, el 69,7% se desplazó entre áreas urbanas o cabeceras de los departamentos y una tercera parte lo hizo en zonas rurales del mismo departamento. (DANE, 2003)

La variedad de Colombia como región ha servido de marco a una población compleja, resultado de un mestizaje entre los indígenas autóctonos, los descendientes de los colonos españoles y la población traída como esclava de África. El último censo poblacional colombiano se llevó a cabo el 22 de mayo de 2005, después de 12 años de estar pensando al país con cifras proyectadas, lo que en este estudio se seguirá haciendo en tanto los resultados del censo aún no se publican y los apuntes estadísticos siguen siendo estimativos. Así, la población colombiana superaba en 1.997 los 37 millones de habitantes concentrándose en su mayoría en la región andina templada y con una densidad de 32 habitantes por Km.².

Para el 2001 se proyectaba su población en 42 millones de habitantes. Según un informe del DANE, para el año 2006 se ha previsto que de los 46 millones de colombianos, 9 millones más que el registrado en el censo de 1993: 22,7 millones serán hombres y 23,2 mujeres. Estos colombianos están distribuidos en 32 departamentos; se calcula que actualmente hay en el país 10,6 millones de jóvenes, que corresponden al 23,9% de la población total. En el informe se indica que los departamentos con habitantes más jóvenes de Colombia son Amazonas con una edad promedio de 17 años, seguidos de Vichada, Guainía, y Vaupés con una edad media de 18 años. De otro lado, el territorio con la población más vieja está ubicado en el otro extremo del

⁸ La Carta Política Colombiana prevé los estados de excepción, que son tres: el de guerra, el de la emergencia y el de conmoción interna. Con respecto a este último, determina que en caso de perturbación de orden público o de amenaza inminente contra la estabilidad institucional se le concede atribuciones a la policía y al presidente de la República para declarar Estado de Conmoción Interna, no mayor a 90 días. (Consultar artículos 213 y 214, de la Constitución Colombiana)

país, pues la lista la encabeza San Andrés con el 27,1 de edad promedio, seguida de Cundinamarca con 27 y Bogotá con 26,5.

Las ciudades más pobladas son Bogotá, Cali, Medellín, Barranquilla y Cartagena. Los municipios menos poblados son Busbanza, con 561 habitantes y Tununga, en el con 1.067 habitantes, ambos en el departamento de Boyacá. En contraste, Itagüí, Antioquia, con un área de 17 kilómetros cuadrados y 278.000 habitantes, tiene la densidad más alta del país con 16,3%, lejos del segundo puesto ocupado por Barranquilla con una densidad del 8,1%. De acuerdo con las proyecciones de la entidad oficial, para el 2015 el número de colombianos llegaría a 53, 1 millones.

Omisión con acento en el cuerpo

El censo llevado a cabo el pasado 22 de Mayo y que empezó en seis municipios de Colombia escogidos al azar (Fase Cero del Censo General 2005) ha sido criticado por las deficiencias en relación a los grupos étnicos, quienes consideran que los cuestionarios deben incluir preguntas específicas en lo concerniente a sus necesidades, intereses y problemas. Así lo expresa María Nimia Solis, afrocolombiana de la Asociación Municipal de Mujeres (ASOM BALSÁ) involucrada en el proceso de la Conferencia Nacional Afrocolombiana (CNA) el resultado de este primer ejercicio realizado en su municipio Buenos Aires – Cauca, no fue tan bueno pues les aplicaron dos cuestionarios y “ni siquiera me hicieron la pregunta a qué etnia pertenezco. Yo les pregunté que porqué no la hacían y ellos contestaron que porque eso era de otro Censo. Tal vez no me hicieron la pregunta porque vieron mi color negro”. En este mismo sentido se expresó Eliana Antonia Rosero, una indígena arhuaca que trabaja con la CNA. “Aunque ha habido diálogo constante con el DANE hay dificultades porque no hay indicadores que permitan determinar nuestra situación de cara la definición de políticas públicas de atención a nuestras necesidades. Las tres etapas que se definieron no se cumplieron, no hubo la sensibilización propuesta ni con nosotros ni con los indígenas, las preguntas no son pertinentes porque no se relacionan con indicadores étnicos” (COLPRENSA, septiembre 28 de 2005)

Un asunto aparece claro, en la maraña de estadísticas y reclamos, es que en Colombia hace falta precisar las cifras demográficas y son necesarios nuevos datos y nuevas tecnologías para retratar de una mejor manera la pluriculturalidad del país. Igualmente existen dificultades de orden conceptual para definir las categorías de raza, etnia y establecer los criterios de adscripción a las mismas. De tal manera que las estadísticas oficiales no son claras sobre población afrocolombiana; no obstante, el Documento N° 2009 del Consejo Nacional de Política Económica y Social (COMPES) de 1997, con base en el Censo del Departamento Nacional de Estadística (DANE) de 1993, calcula que hay 10.5 millones de afrocolombianos, que representan el 26% del total de la población colombiana. Lo que ubica a Colombia como uno de los países de América con mayor número de población negra, después de EE.UU. y Brasil. Y, no obstante, “*Colombia no se le percibe, ni como país con una población que en un 26% tiene antepasados del África, ni como escenario de continuidades culturales de ese continente*” (Friedemann y Arocha 1995). Paradójicamente los negros, diferenciados por su color, han sido invisibilizados en la lógica demográfica colombiana.

2.3 Narrativa del conflicto armado. Entre lo propio y lo ajeno

Cuando se intenta comprender el entramado político colombiano afloran prácticas, a la manera de constantes históricas, que particularizan el conflicto: bipartidismo, la lucha por la tierra y su connatural violencia y, por su puesto, el intervencionismo. El origen *del conflicto* actual se remonta a la disputas entre liberales y conservadores de cara a una reforma agraria inexistente

Un modelo Binario y constrictor

La historia política Colombiana ha sido grabada por un pensamiento binario: las pugnas entre liberales y conservadores que configuran los dos partidos políticos más poderosos del país y, en algún momento de su historia, los únicos. Ahora la bipolaridad también opera en el conflicto armado que marca la cotidianidad del país, de tal manera que guerrilla y paramilitarismo conforman lo que podría sintetizarse en la versión armada de la oficialidad y encarnan la guerra civil que vive el país.

En Colombia el partido liberal y el partido conservador se consolidaron a mediados del siglo XIX. Ezequiel Rojas publicó en 1848 lo que serían las bases programáticas del partido liberal y Mariano Ospina Rodríguez y José Eusebio Caro redactaron en 1849 el programa conservador; no obstante se nutren con el mito de su origen: la oposición Bolívar y Santander. Ahora bien, en la práctica, en Colombia se ha visto que lejos está de mantenerse firme a los hilos conductores ideológicos o históricos; el partido liberal y el partido conservador han modificado su doctrina de acuerdo con las circunstancias coyunturales, nacionales, según las tácticas de gobierno u oposición, o al impulso fugaz del movimiento electoral.

En esta misma lógica la formulación doctrinaria y su accionar, siempre han estado marcadas por el contexto internacional y, como ya he señalado por las políticas intervencionistas. Álvaro Tirado Mejía (2000) señala como aspectos del contexto que han influido en el bipartidismo: El hundimiento del imperio español fue continental, y cuando a mediados del siglo XIX se forman los partidos liberal y conservador en Colombia, ambos que en su esencia eran liberales, fueron marcados por los mismos hechos políticos y por los mismos vientos doctrinarios internacionales: la Revolución de 1848 en Francia y las de Italia, Alemania y Hungría; la caída de la monarquía en Francia y la Constitución de la República: la soberanía temporal del Papa y los problemas religiosos de Italia; la caída de Páez en Venezuela, la de Flórez en Ecuador y la de Rosas en Argentina, fueron hechos políticos determinantes en la conformación y debate entre conservadores y liberales, así como en lo doctrinario todos los ideólogos leían y le daban su propia interpretación a Lamartine o se disputaban por los textos de Benthan, Sismondi, Fourier, Saint-Simon o Proudhon. La secularización del Estado, el conflicto religioso que marca sobre todo a los países católicos en el siglo XIX, fue vivido en América en forma similar: los comerciantes querían secularizar el Estado y abrir sus países al libre cambio y a la inmigración. En Colombia los radicales también decretaron la libertad de cultos, la separación, entre la Iglesia y el Estado, al mismo tiempo que imponían la libertad de comercio. Durante el siglo XX, en Colombia, la revolución mexicana, la soviética, el manifiesto de los estudiantes de Córdoba y el Aprismo peruano, nutrieron con su inspiración

los primeros escarceos de intelectuales socialistas que bien pronto fueron asimilados por el partido liberal.

En el concurso latinoamericano, Colombia comparte con los otros países el bipartidismo liberal-conservador, pero a diferencia de casi todos ellos, en el país esta situación se prolongó en el siglo XX y es un hecho actual innegable. Es evidente que se han realizados intentos por romper la estructura binaria (los esbozos socialistas en 1850; el partido católico y la Unión Republicana, que surgió en 1910) pero no han dejado de ser aves de corto vuelo, pues su impacto no ha ido más allá de cuestionar a los seguidores de la tradición y de sembrar sospechas sobre los partidos convencionales. Lo que caracteriza este bipartidismo liberal-conservador, sobre todo, dado su relativo desarrollo industrial durante el siglo XX, es la no presencia de grupos socialistas de magnitud que expresen los intereses de los sectores proletarios, tal como sucedió en otros países, por ejemplo, en los del Cono Sur. Es indudable que para ello incidió la carencia de grupos inmigrantes y socialistas, pero en Colombia, en donde la inmigración no fue de importancia en el siglo XIX, este efecto no se dio. (Tirado Mejía, 2000)

Los partidos tradicionales, liberal y conservador, con sus antecedentes centralistas y federalistas, bolivarianos y santanderistas, sumados a las reformas de medio siglo, condujeron al país a intentar un rompimiento con su pasado colonial y a entrar en la economía mundial, exportando quina, tabaco, añil, algodón y café. En algunos países latinoamericanos el tránsito entre la colonia y la modernización del Estado forzó los cambios en las dinámicas locales: la industrialización, el comercio mundial, y la inmigración promovieron el desarrollo de un Estado moderno, con controles más verticales, lógicos, y burocráticos sobre la sociedad. En Colombia (tanto como en muchos otros países latinoamericanos), este proceso de la modernización del Estado jamás era más que un proyecto de unas élites urbanas y cosmopolitas. El país seguía fundamentalmente descentralizado, con poder ejercido por gamonales locales que debían lealtad formal al Estado – manifestado en forma de impuestos – pero en realidad tenían plena libertad de explotar sus territorios como querían. Era – y sigue siendo – un sistema más parecido al feudo medieval que al Estado moderno. En este contexto, los líderes locales (gamonales, cabildos) mantenían su poder a través de estructuras formalmente clientelistas: ayudaban a sus campesinos o trabajadores en cambio por su lealtad. (Tirado mejía, 2000)

Esta matriz roja – azul ha pautado el pensamiento y las prácticas políticas colombianas hasta el sol de hoy. Un modelo dualista, excluyente que extiende sus raíces en lo largo y en lo ancho de la historia geopolítica colombiana y ha devenido en otras maneras políticas que configuran el panorama actual del conflicto armado que vive el país.

Bipolaridad derivada

Los partidos políticos tradicionales, Liberal y Conservador, también intentaron incorporar las estructuras tradicionales de poder, utilizando el dinero del Estado para apoyar las lealtades y

para oponerse al partido contrario. Esta dinámica llevó al desastre de la Violencia⁹ que siguió el asesinato de Jorge Eliécer Gaitán, no sólo por la violencia misma, sino porque fundó también una nueva dinámica clientelista. Ahora los patrones locales no eran sólo los líderes tradicionales, ni los partidos políticos, sino que las guerrillas conservadoras y liberales. Con el transcurso del tiempo, los sistemas de clientela llegarían a centrarse en las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC), el Ejército de Liberación Nacional (ELN), los varios grupos paramilitares, los narcotraficantes armados... En este nuevo contexto, el Estado era sólo uno de varios actores armados que podrían centrar un sistema de clientela – y en muchos casos, el sistema menos eficiente desde la perspectiva popular. (Diócesis Quibdó, 2000)

Las FARC, creadas en 1966, surgieron de grupos campesinos armados para defender a las comunidades liberales, creadas durante la Violencia (Período que como se señaló marca la historia sangrienta de Colombia con la lucha de liberales vs. conservadores). Más que continuidades ideológicas, casi imposibles, deben buscarse las continuidades territoriales. La guerrilla nace y se consolida en las zonas de colonización, donde los campesinos necesitaban protegerse del Estado y los hacendados, y donde la geografía ofrecía refugios casi inexpugnables. Surge en los territorios aislados que se fueron poblando de grupos marginales, mestizos reacios al control de los curas, blancos sin tierra, negros y mulatos cimarrones o fugados de las minas.

Regiones que son la perfecta contracara de las ciudades elitistas, gobernadas como feudos por los grupos dominantes. Posteriormente, los cambios culturales de los sesenta, la criminalización de la protesta campesina, el nacimiento de poderosos movimientos urbanos (obreros y estudiantiles) y la radicalización de las clases medias, contribuyeron al nacimiento de otros grupos guerrilleros (ELN, Ejército Popular de Liberación (EPL) y el Movimiento 19 de Abril M19). Actualmente las FARC cuentan con unos 20 mil combatientes, en tanto el ELN tendría unos 4 mil. Los otros grupos se desarmaron a lo largo de los años 90. (Zibechi, 2004: 13)

Las organizaciones paramilitares, por su parte, nacieron de los grupos civiles de “autodefensa”, creados legalmente por el ejército a fines de los años 60 para que les sirvieran de auxiliares en las operaciones de contrainsurgencia. Amnistía Internacional y Americas Watch han documentado profusamente la estrecha relación entre los paramilitares y las fuerzas de seguridad del Estado, lo mismo que las Naciones Unidas y la OEA. A los paramilitares se les atribuye la inmensa mayoría de las violaciones de los derechos humanos en Colombia, y se han caracterizado por imponer el terror en las zonas que controlan. (Akerman, 2005)

La postura dualista en torno a la estructura política y social colombiana ha cambiado de nombres, de líderes y de íconos, pero, con toda certeza, en el fondo sigue siendo la misma: de liberales y conservadores a guerrilla y paramilitarismo.

9 Como “la Violencia” en Colombia, se identifica al período que siguió a la muerte en 1948 de Jorge Eliécer Gaitán, caudillo liberal, defensor de las clases menos privilegiadas y, por su puesto, odiado por los conservadores. Momento en el cual en el país las diferencias políticas se saldan con la vida: conservadores y liberales se empeñan en imponerse vía masacres, persecuciones y, desde ya, desplazamientos.

El cuerpo en la emergencia de otra polaridad

Ahora bien, el pensamiento binario no se limita al bipartidismo, ha trascendido a otras lógicas con las que se interpretan las dinámicas sociales, de tal manera que hasta 1991 la composición de la población colombiana correspondía a los mestizos e indígenas, no existía el negro, en términos legales, y esto hacía que los derechos y reconocimientos se limitaran a esta “etnias”. Ha sido pues un pensamiento constrictor porque ha reducido la realidad del país a lo uno o a lo otro, sin que medien alternativas, ha sido de rojo y azul sin matices que morigeren las disposiciones que dicha bipolaridad determina.

Jaime Arocha (1996) llama la atención sobre la autopercepción de los colombianos, en la que se excluye al negro:

En las paredes de piedra del edificio de la Academia Colombiana de la Lengua en Bogotá se lee la siguiente inscripción: UN DIOS, UNA RAZA, UNA LENGUA. Esas palabras condensan el sentido de la utopía nacional que subyacía a la constitución de 1886. En 1890, la Ley 89 abrió la posibilidad de una sola excepción: la de los llamados salvajes, quienes podían mantener sus formas tradicionales de ejercer la territorialidad y el poder local, mientras los misioneros católicos terminaban su tarea de integrarlos a la civilización cristiana. (Arocha, 1996: 344)

Así, con el paso del tiempo, los colombianos llegaron a percibirse a sí mismos en los términos bipolares mestizo - indígena; se invisibilizó al negro quien fue considerado, tanto en los imaginarios como en las prácticas cotidianas, como un “otro” ajeno, distinto y de un origen, justamente, oscuro.

La interculturalidad colombiana, como elemento tipificante de la población, es recientemente aceptada. La Constitución de 1991 introdujo cambios significativos en lo referido a la composición étnica del país, en esta Carta el Estado asume su responsabilidad de reconocer y proteger la diversidad étnica y cultural de la nación, y además les garantiza derechos específicos. La Carta Constitucional de 1991 ofrece pistas para pensar a las negritudes como una etnia articulada al mapa nacional:

LEY 70 DE 1993, (agosto 27). Diario Oficial No. 41.013, de 31 de agosto de 1993. Por la cual se desarrolla el artículo transitorio 55 de la Constitución Política. EL CONGRESO DE COLOMBIA, DECRETA: CAPÍTULO I. OBJETO Y DEFINICIONES: ARTÍCULO 1o. La presente ley tiene por objeto reconocer a las comunidades negras que han venido ocupando tierras baldías en las zonas rurales ribereñas de los ríos de la Cuenca del Pacífico, de acuerdo con sus prácticas tradicionales de producción, el derecho a la propiedad colectiva, de conformidad con lo dispuesto en los artículos siguientes. Así mismo tiene como propósito establecer mecanismos para la protección de la identidad cultural y de los derechos de las comunidades negras de Colombia como grupo étnico, y el fomento de su desarrollo económico y social, con el fin de garantizar que estas

comunidades obtengan condiciones reales de igualdad de oportunidades frente al resto de la sociedad colombiana. (Carta Constitucional de la República Colombiana 1991, artículo 7)

Fue pues hasta 1993, que con la ley 70, podemos decir que se inaugura lo afrocolombiano. Al reconocer a los negros como parte de los pobladores legítimos del país, dicha Ley media en la reconciliación con una identidad otrora estigmatizante, y deviene en la aceptación de lo africano como raíz y, más aún, en la necesidad de acudir a lo africano como aval de las conductas que se habían ocultado, matizado y, por qué no decirlo, blanqueado con el afán de buscar la aprobación o una suerte de perdón por lo propio al negro. Ahora lo afrocolombiano se exhibe como un patrimonio definitorio de lo negro y emerge como una manera de instalarse en un mundo que les había sido negado.

Territorios en disputa

El modelo político binario se ha marcado, desde sus orígenes, por las relaciones entre ideología y poder sobre la tierra. A mediados del siglo XIX las estructuras sociales del tiempo de la colonia se mantenían, se conservaba la esclavitud; inmensas porciones de tierra estaban inmovilizadas en manos de la Iglesia y las tierras comunales aún pertenecían a los indígenas, quines les hacían concesiones a los negros, sin perder su potestad. Las altas esferas del Estado eran controladas por un núcleo reducido, incluso familiar, vinculado con los terratenientes esclavistas del sur del país.

La violencia y la guerra en Colombia tienen un eje central: la tierra. El control territorial es la razón de ser de un conflicto que se prolonga a lo largo del siglo XX y continúa en el XXI de manera casi habitual, ya no sólo en las prácticas cotidianas, sino en la representación que de Colombia se hacen en el exterior. Con el tiempo y los cambios globales, la lucha por la tierra - como medio de producción- está siendo sustituida por la defensa del territorio-como espacio que alberga identidades, historias de pueblos y riquezas naturales. Los estudiosos de la situación colombiana no dudan en expresar que el origen del conflicto colombiano procede de una pelea ancestral por la distribución de la tierra, problema agrario no resuelto y en el cual encuentran la solución al conflicto.

Un gradiente más que se inserta en las polémicas esferas política y económica de Colombia es el narcotráfico. El informe de Americas Watch de 1990 señala que los narcotraficantes se han convertido en grandes terratenientes y, como tales, han comenzado a penetrar la política de derecha de los terratenientes tradicionales y comandar algunos grupos paramilitares (Americas Watch de 1990). La alianza narcotráfico – guerrilla o narcotráfico – paramilitares, no es algo diferente a las alianzas cacicazgos – gamonales, política – economía. De tal manera que han sido las fuerzas económicas, en este caso, las que han generado el cultivo y exportación de la cocaína, las que han marcado las rutas de las coaliciones y los enfrentamientos en el escenario político Colombiano y, es un hecho, ha situado a Colombia en un lugar estratégico en el damero político internacional, justificando la intervención extranjera.

Estos encuentros entre el narcotráfico y las fuerzas armadas, amparados en la ausencia de una reforma agraria, han desencadenado una enorme distancia entre las estrategias de lucha y la

población civil campesina y han colocado a Colombia en segundo lugar en el mundo en cifras de desplazamiento. En suma, en Colombia nunca hubo un verdadero Estado, ni algo que se pareciera a una reforma agraria o redistribución de la tierra, lo que la diferencia de buena parte de los países sudamericanos. (Zibechi, 2004) Y ello ha colocado a la disputa por la tierra como un detonante fundativo del conflicto político y así del desplazamiento.

La violencia y el desplazamiento: ejes de pervivencia histórica

La violencia ha sido uno de los rasgos más definitorios del país en el concurso mundial. Colombia es señalada por muchos como un país violento y en guerra permanente. Como lo expresa María Teresa Uribe:

Los fenómenos de la violencia en Colombia son algo más que coyunturales; constituyen un eje perviviente en la historia del país. (...)La violencia no constituye un evento patológico, exógeno o ajeno al devenir de las sociedades o a su existencia colectiva; por el contrario es un fenómeno que acompaña el desenvolvimiento de las relaciones en su más amplio espectro, tanto en la órbita de lo privado como el la de lo público; la violencia es un universal de la historia, un constante hilo de pervivencia social en torno al cual se destruye y se construye la vida de los grupos, de las etnias, de las clases, de los pueblos, de los estados y de las naciones. (Uribe, 2001: 19 - 20)

Cuando se plantea la violencia como una constante histórica, se la despoja de su matiz puramente agresivo y sangriento y se le concede una función en la dinámica del país, de tal manera, que la violencia ha instado a reacciones también de protección, de organización comunitaria y de defensa de la vida.

Por su parte, nos dice Pécaut (1998) sobre la violencia en Colombia que no se trata simplemente de una sucesión de hechos lesivos, sino que es la irrupción de una nueva forma de lo político; de alguna manera y el correspondencia con Zibechi (2004) lo político quedó representado como violencia desde 1948 cuando fue asesinado el líder liberal Jorge Eliécer Gaitán. De tal manera que la violencia en Colombia es de una magnitud que no sólo penetra todas las expresiones de lo político y lo social, sino que las constituye.

Ahora bien, la violencia no deja de tener ese lado turbio y destructor que cada tanto desborda las estrategias de protección y la capacidad de reacción de la población civil, por esto cuando se expresa en la guerra por la población civil tiene un impacto directo en el largo plazo: “*Supone el aniquilamiento de los liderazgos y de tramas locales y vecinales de larga duración con capacidad de cohesión y de desarrollo político y social, precipitando un proceso de molecularización que va en contravía de cualquier intento de consolidación regional*”. (Serna Sánchez, 2004: 6)

La violencia en los últimos tiempos y la incapacidad (desinterés) del Estado por controlar su prolongación y difusión, ha inducido a la militarización del país. Ante la impotencia entonces la fuerza: si la presencia militar es asfixiante en la gran ciudad, en las zonas rurales es aún mucho mayor y, sobre todo, más indiscriminada. La guerra destruye el tejido social del país:

casi tres millones de desplazados, 8 mil homicidios anuales por razones político-sociales, 3.500 secuestros por año y cientos de desapariciones forzadas, son el resultado trágico de un conflicto que parece no tener fin. En paralelo, Colombia ostenta una de las más elevadas tasas de criminalidad en el mundo, con unos 27 mil homicidios al año. (Zibechi, 2004)

Específicamente sobre el desplazamiento, Jan Egeland, del Consejo Noruego de Refugiados (CNR), señala que hay 25 millones de desplazados internos en 50 países de todos los continentes. En el 2004 hubo 3 millones de nuevos desplazados, lo que representa tres veces más que los ocasionados por el Tsunami y, continúa el informe de CNR: el orden de gravedad el primer lugar lo ocupa Sudán con 6 millones de desplazados y el segundo país en número de desplazados es Colombia, donde se estima que más de 3,3 millones de personas se han visto obligadas a abandonar sus comunidades de origen. (Jan Egeland CNR, 2005)

El Estado parece incapaz de ofrecer seguridad y justicia en una situación de creciente deterioro de las instituciones. Este panorama explica las razones por las cuáles la población siente temor y apostó por la seguridad, eligiendo en 2002 a Álvaro Uribe, promovido por los sectores paramilitares, con un discurso de mano dura para acabar con la guerra. La degradación de la situación viene de lejos. En 1978 el entonces presidente Turbay Ayala (1978-1982) promulgó el Estatuto de Seguridad, que otorga a las fuerzas armadas funciones judiciales, lo que abrió las puertas a la violación sistemática de los derechos humanos. La Constitución de 1991 eliminó el Estado de sitio, con el que había sido gobernado el país durante un siglo, pero instaló el Estado de Conmoción. (Zibechi, 2004)

Para ilustrar la función del Estado en la dinámica del desplazamiento, es pertinente volver al informe de CNR, el cual dice que la mitad de desplazados viven en países donde los Gobiernos muestran indiferencia y hasta hostilidad, cuando se trata de cubrir sus necesidades. Al menos 13 Gobiernos “responsables”, según las normas internacionales de proteger a los ciudadanos, estuvieron [y están] ellos mismos detrás de desplazamientos y ataques contra desplazados, sea directamente o a través de las milicias. Entre esos Gobiernos se encuentran Birmania, Colombia, Nepal y Sudán. (Jan Egeland, CNR, 2005)

Los intereses heredados de la colonia y la riqueza medida en metros cuadrados han sido estructurantes no sólo de la violencia, sino de las estrategias de las políticas de Estado. El desplazamiento, así como la violencia, representan una suerte de constantes en la historia política y social de Colombia. La formación de las grandes ciudades, como es el caso de Medellín, se ha dado por la vía del desplazamiento de las zonas rurales, gracias a la violencia bipartidista. Desde el denominado “gaitanazo” hasta hoy día, ha existido la migración a la ciudad, lo que ha generado conflicto, pero también desarrollo. María Teresa Uribe dice al respecto:

Entre nosotros [los colombianos] el éxodo forzado es un eje de pervivencia histórica que atraviesa toda la vida nacional desde la fundación de la República hasta el presente; presentando coyunturas de agudización e intensificación combinadas con períodos de relativa estabilidad poblacional; pero vista la historia en su conjunto podría decirse que los desplazamientos forzados son la constantes de nuestro devenir como pueblo y Nación (...)[El desplazamiento] es un eje vertebrador de la conformación territorial del país. (Uribe, 2002: 1 - 2)

Quiero contar aquí una experiencia personal que ilustra con mucho lo antes expuesto: El pasado 8 de septiembre expuse en la Universidad de Antioquia, Medellín, el proyecto de este estudio. Una vez terminé la presentación se le ofreció al público la oportunidad de hacer comentarios; para mi sorpresa, el primero en hacer uso de la palabra fue un profesor, ya jubilado, y que fuera mi maestro en otros tiempo. Con la voz entre cortada, me dijo directamente: “Los desplazados no son de ahora, son de siempre, yo soy desplazado por la violencia, a mí me tocó ver asesinar a mi papá cuando tenía 5 años, desde entonces estoy en Medellín, fui criado por una tía y sé muy bien *del miedo*, de ese *miedo* que usted habla, lo único que le puedo decir es que ese *miedo* aún no se me quita, yo he cargado toda mi vida con ese *miedo*, yo soy desplazado”. (Testimonio, Profesor U. de A. Medellín, 2005)

La violencia, como ya expliqué, remite en el argot colombiano, a un período histórico, pero también, constituye la historia misma del país. Convertida en un de los estigmas que con los que internacionalmente circula la imagen colombiana, la violencia es un ardid, que está detrás *del miedo* regulador de la potestad sobre la geografía nacional.

Intervencionismo y sometimiento

Entre los diversos signos de los tiempos que ahora nos toca vivir, sin lugar a duda ocupa un primer lugar el fenómeno de la globalización. Para muchos es sinónimo de todos los males que le pueden venir a la humanidad, como la caja griega de Pandora. Otros lo ven como el advenimiento feliz de una nueva era para la humanidad. En América Latina, como en los mal llamados países en desarrollo, la globalización no es un asunto inocuo, ni equitativo, existe un reacomodamiento del mundo en el que las fuerzas no son equilibradas, de tal manera que el ingrediente del contexto mundial que más determina lo que estamos viviendo es la concentración de la riqueza y el consecuente empobrecimiento de muchos sectores sociales. *“Los procesos globalizadores incluyen una segregación, separación y marginación social progresiva y generan un abismo social entre una elite adinerada, encerrada en recintos vigilados, y una mayoría desempleada y empobrecida”*. (Bauman, 2003: 9) Para América Latina esto significa acentuación de la dependencia y el consecuente sacrificio de la autonomía. Una condición que marca la vida social en América Latina, es el intervencionismo representado en los Estados Unidos y materializado en las políticas internacionales; para nadie es secreto que esta región es está en los afanes de los poderes centrales y Colombia simboliza “el tesoro” añorado del pirata. La incidencia de las políticas globales sobre Colombia ha agudizado las contradicciones sociales, tanto entre los estratos económicos como en las ideologías que orientan las maniobras políticas. Sobre Colombia y su sometimiento a intereses de otros, dice Appadurai (2001) *“Las guerras lanzadas contra las drogas en Colombia son, en cierto modo, una recapitulación del sudor tropical de Vietnam, esta vez con Oliver North como protagonista central. Ollie North y su sucesión de máscara...y de esta manera, simultáneamente, satisfaciendo la secreta envidia estadounidense, del imperialismo soviético y el reestreno...”* (Appadurai, 2001: 45)

La globalización, y con ello el neoliberalismo, ha dejado a su paso huellas que arrastran el concepto de Estado y de Nación; para Colombia, estas aristas que cruzan la atmósfera internacional, tienen su resignificación local manifiesta en el Plan Colombia, con el que se

explicita la participación de las altas esferas de poder mundial en la configuración de las dinámicas sociales localizadas. Con la siguiente cita inicia Jairo Estrada Álvarez, politólogo Universidad Nacional de Colombia su reflexión sobre el Plan Colombia:

No cabe duda. La Nación es conducida a su peor episodio. Los causantes de la crisis social y del empobrecimiento de miles de colombianos suman ahora su peor felonía: cubrirse bajo el manto de la intervención extranjera para conservar sus intereses y preservar el modelo económico político de explotación, la miseria, la exclusión y el aniquilamiento. Tal acción no puede pasar ni puede quedar impune (Jairo Estrada, 2003: 5)

Suscribo la cita anterior, toda vez que comparto la mirada crítica sobre lo que ha significado funesto de dicho Plan para Suramérica. Si bien, para el Departamento de Estado de Estados Unidos el Plan Colombia se define como: un Plan para la paz, la prosperidad y el fortalecimiento del Estado. Es una estrategia integral para enfrentar los principales desafíos de la Colombia actual: la promoción del proceso de paz, la lucha contra el tráfico de drogas, la reactivación de la economía y el fortalecimiento e los pilares democráticos de la sociedad colombiana. Para el politólogo Jairo Estrada Álvarez, a quien sigo:

En el documento de presentación del Plan se parte de que Colombia enfrenta el reto de la recuperación y de la consolidación de las responsabilidades del Estado: la promoción de la democracia, el monopolio de la aplicación de la justicia, la integridad territorial, la generación de condiciones para el empleo, el respeto por los derechos humanos y la dignidad humana, y la conservación del orden público (...) agravadas por las fuerzas desestabilizadoras del narcotráfico. En dichas fuerzas se quiere explicar el origen de la corrupción económica y política, la violencia y la intensificación del conflicto armado que atraviesa la geografía colombiana, y -por inferencia- los graves problemas económicos y sociales que afectan el país. (Estrada Álvarez, 2003: 10)

Y en la lente de otros observadores, el Plan Colombia es parte de una gran estrategia para controlar los movimientos sociales de América Latina y los recursos de esta parte del mundo. Argumentan que en todos los países de la región andina se pusieron en marcha planes similares de control militar con el pretexto de la coca, ya que son los sitios donde los movimientos están más activos. De ahí la urgente necesidad de encontrar alternativas al militarismo, que siempre favorece a los dominadores. (Zibechi, 2004). En Plan Colombia el 80 por ciento de los recursos aparecen dedicados a la guerra y al fortalecimiento de los aparatos militares, es un proyecto integral y de larga duración para “abrir” toda una región al control de las multinacionales y de los Estados Unidos. Es funcional pues a la militarización del país, pero también, y de forma destacada, a la consolidación del paramilitarismo como alternativa social y política. Por este motivo, suele apuntarse que el Plan Colombia es una suerte de “preparación del terreno” para la imposición del ALCA (Zibechi, 2004) De hecho, en algunas regiones como el Magdalena Medio, parte de los recursos del Plan Colombia cayeron en manos de los paramilitares a través de sus Organizaciones No Gubernamentales (ONG), que manejan los fondos sociales del Plan. En paralelo, al imponer un estricto control de la vida cotidiana, el proyecto de dominación permite “revivir el paternalismo de los viejos caciques sin las mínimas obligaciones sociales de antaño” (Zibechi, 2004: 6)

Nestor García Canclini (1999), describe a Latinoamérica como a un “continente en decadencia” y refiere dos de las narrativas con las cuales se configura este mapa: autogestión nacional-regional y la apertura modernizadora del neoliberalismo. Por su parte, Jesús Martín Barbero dice lo suyo:

El ingrediente del contexto mundial que más determina lo que estamos viviendo en los países de Latinoamérica es la concentración de la riqueza, una agudización brutal de la desigualdad del mundo. Para entender lo que está pasando en América Latina hay que entender que existe un divorcio peculiar entre Estado y sociedad, a diferencia de Europa. El divorcio entre un Estado, que cada vez es más intermediario entre instituciones de mercado mundial y su sociedad. No media entre sus sociedades y diferentes proyectos de desarrollo sino entre instituciones supranacionales y sus países. Esas directrices son constitutivas del desarrollo nacional. La capacidad del Estado de regular es mínima. En gran parte porque el mercado así lo exigía y el gran parte por torpeza de nuestros Estados. Hay un divorcio muy grande entre el país que ven los políticos y el país real, que tiene sus propias formas incluso de desarrollarse localmente. (Jesús Martín Barbero, notas de clase, 2004)

Cruelas paradojas encierra la perspectiva latinoamericana, y con ello la colombiana, en el panorama mundial: se la excluye de los niveles de decisión y de participación y es imprescindible en los planes de dominio y exterminio; su riqueza la conduce a la pobreza.

Miedo, entonces control

“La mitad del país está en manos de los *paras* (...) Allí donde establecen su dominio, imponen reglas de convivencia estrictas y vigilan las costumbres: el corte de pelo de los jóvenes, la hora de cierre de bares y discotecas, y sobre todo controlan y acosan a las mujeres”. Dice Paula, quien trabaja en una ONG ambientalista y no puede ocultar su angustia ante un país que, como sienten tantos colombianos, se le escapa de las manos. Daniel, profesor universitario, más calmo, añade: “Aquí hubo una guerra y la ganaron los paramilitares, que no son sólo auxiliares del Estado, sino que encarnan un proyecto de sociedad que supone hacer tabla rasa con las conquistas y avances sociales de más de un siglo”. (Zibechi. Militarismo y movimiento social)

La intervención se ha visto favorecida por las estrategias de sometimiento que han asumido los gobiernos nacionales, para los cuales el acatamiento a los designios de los Estados Unidos constituye una medida casi de sobrevivencia. El presidente Álvaro Uribe Vélez es una suerte de representación encarnada de la mediación Estado – Nación por la vía de la observancia. En

el panorama, el modelo neoliberal, generador de exclusión y marginación social y del mismo Plan Colombia, no hace más que fortalecer el autoritarismo¹⁰.

De alguna manera se expresa así lo que Norbert Lechner llama “*la apropiación autoritaria de los miedos*” (Lechener, 2000), esto es, en un país caracterizado por una atmósfera social de la violencia, llámese guerrilla, narcotráfico, paramilitarismo, ejercito, bandas, milicianos, reinsertados, entre otras fuerzas del conflicto; la población civil está convencida de que la mayor fuente del problema social es la guerrilla y que si esta se acaba se vivirá en paz, (la paz es una palabra que por lo demás ha perdido, para los colombianos, su sentido y se ha convertido en un ardid político publicitario – agenda- en el sentido de Reguillo, (2005). Pues bien, la plataforma política, en el 2002, del actual presidente fue, justamente, acabar con la guerrilla por medio de la mano dura y de la nacionalización de la guerra y, lo que ahora se observa, es como la política integral de la “seguridad democrática” ha convertido a la población en el centro de las actuaciones militares, políticas, psicológicas, jurídicas, en las que se ha desbordado el uso de la fuerza, se han aumentado los abusos de autoridad, el control de tipo paramilitar, al tiempo que la adopción de medidas restrictivas de los derechos de los ciudadanos. Y, no obstante, en la actualidad, con se discurso le apuesta a la reelección.

2.4 La región: Urabá, esa bella orilla florida

“La historia seguirá siendo incierta. Pero contará siempre que en los tiempos finales de los *indios bravos* llegaron los negros. De los anteriores quedaban unas cerámicas indescifrables y unos descendientes que ignoraban la historia de los antepasados. Y estos indios descendientes contarían que una vez llegaron hombres europeos fascinados por el oro y los diezmaron y luego trajeron negros que se regarían como verdolaga en playa por todas las orillas silenciosas, cimarrones o libertos, pero libres de todos modos, para fundar raza y cultura, con todo en contra, sin medios ni peniques, pero con la gran orilla florida para ellos y sus parientes venideros, con la gran riqueza de paisaje, de árboles y animales de caza y pesca” (Alfredo Vanin, Mitopoética de la orilla florida)

10 La actual administración, en cabeza del presidente Álvaro Uribe Vélez, decidió recortar los gastos sociales para financiar la guerra. Ha planteado la política de “seguridad democrática” como alternativa para afrontar la crisis de derechos humanos que padece Colombia y que se expresa en el desplazamiento forzado. Dicha política consiste en: engrosamiento de la fuerza pública, actuación ofensiva militar, aumento de unidades profesionales, soldados campesinos, red de cooperantes civiles de hasta un millón de personas para apoyar a las fuerzas armadas, con frentes de seguridad en los barrios y el comercio; vincular a esa red a taxistas y transportistas para asegurar la seguridad en calles y carreteras, establecimiento del Día de la Recompensa, que paga a los ciudadanos que en la semana anterior hayan ayudado a las fuerzas públicas a evitar un acto terrorista y capturar al responsable; instalación de puestos de policías en todos los Municipios, descentralización de las responsabilidades militares, institucionalización del paramilitarismo y zonas de rehabilitación y control, bajo dirección militar, en las que los derechos ciudadanos, como los de reunión y movilización, quedan restringidos. (Servicio informativo ALAI-amlatina, 2004: 3- 4)

La desterritorialización ancestral

En el siglo XVI llegaron los negros a las costas de América. Tres puertos fueron autorizados por la corona española para la entrada de esclavos que serían utilizados en las duras faenas de explotación de la tierra: Veracruz (México), Porto Bello (Brasil) y Cartagena de Indias (Colombia), siendo este último, hasta 1640, el principal puerto negrero de América Hispánica, lo que suma cinco siglos de la diáspora africana en lo que hoy es Colombia (Maya, 1997).

Cartagena fue un importante puerto receptor y desde allí se distribuían, según los compradores, a las zonas más desarrolladas del país. La trata tiene lugar a partir de 1533 y entre 1740 – 1810 entra en crisis y es el 21 de mayo de 1851 cuando el Congreso de Colombia dictamina que los esclavos quedarían libres a partir del 1 de enero de 1852 y los amos serían indemnizados con bonos sobre los cuales se reconocería un interés (Arboleda, 1994). Momento histórico en el que se da la carta de libertad.

Desde los inicios de la esclavitud hubo resistencia, tanto en África, donde huían y conformaban los denominados kilombos como en Colombia, donde conformaban los Palenques. Los negros utilizaron sus propios recursos liberadores y libertarios que les permitían protegerse de la persecución y del maltrato. Uno de estos recursos es la huida: escapar de sus dueños hacia regiones inhóspitas y despobladas que les permitieran ocultarse, defenderse y reconstruir sus prácticas culturales: dieta, rituales, sistemas de creencias, festejos, lúdica. Así lo expresa Nina S de Friedemann (1998)

No sobra recordar que el rechazo a la esclavitud manifiesto en África desde el momento de la captura tuvo innumerables expresiones: fugas, suicidios, rebeliones, infanticidios. En Cartagena de Indias, la resistencia fue constante y hubo quienes lograron escapar- eventualmente formar pequeñas bandas para esconderse en los montes. Se fugaban de las galeras, de los trabajos mineros, de las haciendas, del servicio doméstico. (De Friedemann, 1998: 83)

Es así como parten hacia el pacífico colombiano y emprenden un trabajo de exploración, adecuación y explotación de una tierras ricas en agua y oro y llenas de virtudes para la agricultura y la ganadería. Como bellamente lo narra William Villa:

Las tierras bajas del Pacífico son el escenario de gesta donde los grupos negros desde el siglo XVIII emprenden el viaje por rehacer su cultura. Desde los centros mineros, localizados hacia las zonas medias y altas de 105 ríos, se desgranán los descendientes de los esclavos en busca de las tierras bajas' donde puedan vivir en libertad, en su viaje recorren playas y firmes que van poblando con los seres imaginarios heredados de sus ancestros, acontecimientos e historias de ríos y esteros lejanos comienzan a alimentar la memoria colectiva, en el contacto con el indígena aprenden los secretos del bosque y en el largo viaje por la inmensa red de ríos entienden que es ese el territorio para renacer en la música y la danza, en los ritos alrededor de los muertos, en la red de parientes que se va dispersando en la orilla del río, en darse su propia forma de gobierno y en la búsqueda por de nuevo la historia. (Villa, 1998: 435)

Quizá fue asunto de azar, talvez siguiendo sus instintos o, muy probablemente guiados por sus conocimientos, los africanos y sus descendientes, llegaron a la región de Urabá, y la habitaron hasta hacer de aquel fragmento de la geografía un lugar de abundancia, donde las generosidades de la naturaleza fueron aprovechadas para la subsistencia.

La expulsión del paraíso

Urabá se convirtió en el paraíso prometido por sus condiciones geográficas y por sus riquezas. Así los negros conformaron los palenques, los cuales les permitieron acercarse a los indígenas e interactuar con éstos, en un inevitable sincretismo cultural a la manera de dispositivo de protección garantizado por las alianzas.

Las características de Urabá permitieron que las comunidades allí refugiadas exploraran el potencial de conocimientos y habilidades que portaban. Estas tierras pasaron hacer símbolo de pujanza, en conformidad con la noción de progreso de las lógicas de los capitales. Y, paradójicamente, la tragedia de sus habitantes radica en la riqueza de sus tierras. Así lo narra William Villa:

Al norte de las tierras bajas, hacia el Golfo de Urabá, en el inmenso plano formado por el río Atrato y el León, en los bosques de catival, el nuevo orden se expresa en su real dimensión. La empresa maderera avanza, a su paso deja los canales por los que ha sacado las trozas, las tierras bajas se desecan y por allí llegan los campesinos desplazados de otras regiones del país, florece la ganadería y la plantación de banano para la exportación. (Villa, 1998: 437)

El establecimiento de los proyectos neoliberales hizo perentoria la exploración de escenarios viables para los planes de modernización del Estado: fue necesario agudizar el conflicto armado para garantizar el desalojo de las mejores tierras del país. En consecuencia, el desplazamiento en Colombia no opera de un lugar a otro, indistintamente. El desplazamiento se da de las tierras que implican mega proyectos a las ciudades que aparecen como la mejor opción. El éxodo en Colombia opera del campo a la ciudad, el conflicto emana en terreno fértil, destruye el vínculo rural, y el desarraigo, al que se ve sometida la población, altera su identidad, integridad y cultura.

La Ley 70 de 1993, surgida de la carta constitucional de 1991, el Congreso de Colombia describe profusamente, en el capítulo I, artículo 2 las características de la Cuenca del Pacífico. Si se lee en detalle esta larga Ley¹¹, se puede comprender la importancia de la región en la dinámica geopolítica para Latinoamérica. La ubicación de la población negra, así como la indígena, en zonas costeras de la cuenca del Pacífico hace que sea la población objeto del desplazamiento humano para la conquista de estos espacios en función de las economías neoliberales. Para ilustrar la riqueza de estas tierras en el pacífico colombiano, me voy a

11 Consultar: Artículo transitorio 55 de la Constitución Política colombiana, 1993.

permitir, de nuevo, citar ampliamente la descripción que hace Jaime Arocha (1996) del Chocó, ubicado en el pacífico, en la región de Urabá y es provincia representativa de este estudio:

El Chocó quizás sea el más afrocolombiano de los departamentos colombianos, como también la región cuyo aislamiento geográfico, pobreza, mortalidad infantil y analfabetismo figuran entre los más elevados del mundo. Se caracteriza, además, por temperaturas altas (30°C), lluvias frecuentes (13m/ año), montañas empinadas, ríos rápidos que arrastran oro y platino, selvas densas ricas en maderas finas, una línea costera intrincada con muchas variedades de peces, 455.000 afrodescendientes, 49.000 amerindios y 6.000 mestizos. Los 46.530 kilómetros cuadrados de ese departamento se consideran patrimonio de la humanidad, debido a la enorme diversidad de recursos animales y vegetales que albergan, así como a los volúmenes de aire que sus bosques reciclan. Dentro del Chocó, la serranía del Baudó aísla el valle del mismo nombre, el cual en contraste con los valles del Atrato y del San Juan, nunca fue rico en: oro. Así se convirtió en un refugio apropiado para quienes, desde mediados del siglo XVIII o quizás antes, comenzaron a huir de la esclavitud minera, ya fuera por cimarronaje o por automanumisión. Estos libres se fueron convirtiendo en proveedores de alimentos cultivados que se exportaban hacia los distritos mineros de Citará y Nóvita (Arocha, 1996: 361)

Y, paradójicamente, los habitantes del Pacífico son un pueblo pobre en territorio rico. Los afrodescendientes presentan los niveles más bajos, del país, en los indicadores de desarrollo. Se estima que la mayoría se halla en extrema pobreza. En efecto, la población Afrocolombiana posee un ingreso *per cápita* promedio de 500 y 600 dólares al año, frente al promedio nacional de US \$1.500. Aproximadamente, un 74% de esta población recibe salarios mensuales inferiores al mínimo legal. La esperanza de vida para estas comunidades varía entre un 10% y un 30% por debajo del promedio nacional, pues en subregiones como Urabá, oeste de Antioquia y este del Chocó, la esperanza de vida apenas llega a los 55 años, frente a los 65 para varones, según el promedio nacional. (Machado, 2004) Para 1997, el porcentaje de Necesidades Básicas Insatisfechas, NBI, de la población Afrocolombiana superaba el 80% y el nivel de pobreza alcanzaba el 76.4%, frente a un promedio nacional de 37%. La población Afrocolombiana presenta unas tasas de analfabetismo del 43% para la población rural y del 20% para las zonas urbanas; estos mismos datos en el ámbito nacional son del 23.4% a nivel rural y de 7.3% en las zonas urbanas. (DANE, 1997)

La Iglesia Católica en Colombia ha estado detrás de las y demandas de atención a las poblaciones víctimas de la violencia y protagonistas del desplazamiento. En el documento “Campana por la defensa de los derechos de los Pueblos Negros, Indígenas y Campesinos del Chocó y Oriente Antioqueño (2002)” Diócesis de Quibdó (capital del Chocó) no duda en afirmar que “La intersección entre crímenes de lesa humanidad y megaproyectos económicos se muestra patética a raíz del diseño de los Planes estratégicos para la región del pacífico, tales como el Plan del Desarrollo Integral para la Costa Pacífica -PLADEICOP-, ‘El Plan Pacífico: Una nueva dimensión para Colombia’” Lo que está en el tapete es que se han impulsado

importantes proyectos que afectan la vida de los habitantes de la Cuenca Pacífico en aras de generar desarrollo y capital¹².

La intención de articular a Colombia en mundo globalizado – neoliberal está atravesada por la planificación del desarrollo de la zona correspondiente al pacífico. Lo cual trae de suyo, no sólo grandes inversiones económicas nacionales e internacionales, sino que encierra una cruda realidad para quienes la habitan, en este caso comunidades negras e indígenas, campesinas de colombianas.

Los colombianos habían tornado sus miradas hacia el río Truandó, no tanto por el conflicto entre los consejos comunitarios de las comunidades negras y los madereros, sino debido a que el Presidente Ernesto Samper había propuesto expandir y extender el curso de ese afluente del río Atrato para interconectar el océano Pacífico con el mar Caribe. (...) Junto con las industrias de la camaricultura, cultivo de palma africana, explotación forestal, minera y ganadera, estos proyectos son parte del compromiso del gobierno colombiano con las políticas, neoliberales. La apertura económica y la modernización contradicen los derechos territoriales étnicos y el desarrollo sustentable. A medida que tales políticas se consolidan, crecen la inmigración desde Córdoba y Antioquia, especulación con los precios de la tierra y la actividad guerrillera (Arocha, 1996: 386).

Se hicieron tomas guerrilleras en la región y el ejército, consecuentemente buscó atacar a la guerrilla, en medio de la población civil, esto, inevitablemente deviene desplazamiento forzado hacia otros departamentos y abandonar las tierras que se les habían otorgado, toda vez que estas formas de lucha, mediadas por los megaproyectos, conducen a la disuasión de todo intento de defensa de los derechos de los afrochocanos. Cuando apenas habían sido reconocidas constitucionalmente en 1991 y reglamentados en 1993 los derechos a las tierras, las negritudes empezaron a padecer, de nuevo, la desterritorialización: sus tierras eran asunto

12 Algunos propósitos de la “Agenda Pacífico Siglo XXI: Construcción del Canal Interoceánico Atrato - Truandó, Construcción del Puente Terrestre Interoceánico entre Bahía Candelaria en el Atlántico y Bahía Cúpica en el Pacífico, Transversal Cúcuta - Bahía Solano, para unir por carretera el oriente del país con el Pacífico, Transversal Medellín - Quibdó - Nuquí, Terminación de la carretera Panamericana, para ello se requiere el destaponamiento del Darién y así unir Centro América con Sur América, Poliducto entre Buga y Bahía Málaga, Carretera Popayán - López de Micay y varios proyectos Hidroeléctricos por el río Atrato. (...) En los inicios del noventa se formuló el Plan Pacífico "respondiendo a las directrices del Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo -PNUD-, el Banco Mundial -BM- y Global Environmental Facility -GEF-, que ven al Pacífico colombiano como un banco genético por su gran endemismo y biodiversidad. Por ello el centro de los planes ya no es la infraestructura (sin que ella sea descartada) sino la riqueza ambiental. Esto obliga al gobierno central a zonificar ecológicamente la región y a diseñar un Plan para su protección como requisito básico para poder acceder a la negociación de créditos de financiación con la banca mundial. El sector energético se desarrolla más ampliamente en esta versión priorizando la construcción de hidroeléctricas y sistemas de interconexión en Juradó, Pizarro, Timbiquí, Guapí, Ungía y Bocas de Satinga. Además promoviendo el programa ambiental, el Proyecto Biopacífico, éste último con inversión del Ministerio del Medio Ambiente, el PNUD, El Fondo Mundial para el Medio Ambiente -GEF- y la Cooperación del gobierno Suizo. También otros programas de cooperación internacional como el Convenio Corporación del Valle del Cauca - Holanda en la ensenada de Tumaco; CVC - Comunidad Europea; el Proyecto Guandal administrado por Corponariño que investigó modelos alternativos para el aprovechamiento de bosques en el municipio de Olaya Herrera. (Diócesis de Quibdó, 2002)

de la disputa, ya no local bipartidista, sino global, neoliberal, a la cual, justamente, los poderes tradicionales del país y los grupos armados se ajustaron sin consideración. Se reinicia en éxodo.

Cuando ingresó la guerrilla al Baudó, los afrodescendientes de la región sufrían los efectos de dos tensiones opuestas: reconocimiento constitucional de la diversidad de formas de vida y cultura como nuevo fundamento de la nacionalidad y la arremetida de obras infraestructurales en respuesta a las necesidades impuestas por la apertura económica (Arocha, 1996: 388)

A esta convergencia de políticas económicas neoliberales, conflicto armado, reivindicación de derechos de los afrocolombianos hay que adicionar al narcotráfico, que participa activamente en esta riña ancestral. Sus huellas más significativas, además de ser argumento “moral” base para la intervencionismo en Colombia, son aumento de la paramilitares, de ejército, especulación con la tierra, y, consecuentemente, de los desplazamientos forzados.

Los desplazados, nos dice María Teresa Uribe son:

En lo fundamental, ciudadanos de pleno derecho, miembros de la colectividad nacional, sujetos productivos, que tuvieron la desgracia de habitar en un territorio en disputa por los señores de la guerra y fueron desarraigados violentamente de sus entornos vitales, despojados de sus pertenencias, maltratados en su dignidad y en sus derechos y obligados por la fuerza a abandonar sus lugares de residencia y de trabajo, para dirigirse a cualquier parte, donde los persiga el estigma y los acompaña el abandono de los gobiernos, la hostilidad de sus conciudadanos y la indiferencia de casi todos. (Uribe, 2002:1)

Las causas pues de la expulsión son históricamente dadas, políticamente construidas y económicamente sustentadas: reconfiguración la cartografía del país, la Nación, la sociedad y la cultura, en el cual las poblaciones indígenas, afrocolombianas y campesinas no se consideran viables. Esta inviabilidad, permite concluir que para los desplazados – desterritorializados- hoy día, la única opción posible parece ser la migración interna, los municipios intermedios y las grandes ciudades.

Al medio ambiente miedo ambiente (El ejercicio consciente del miedo)

“Los paras se han convertido en parte de la vida cotidiana en Urabá. Se dice que esto es una región de paz, pero lo que tenemos es paz a punta de miedo y silencio” (El Colombiano, 2004)

Los negros estigmatizados por sus orígenes, han experimentado el conflicto y *el miedo* como mecanismos de regulación y de control social: *estigma – conflicto y miedo* se perfilan como un dispositivo determinante en la vida social de las negritudes en Colombia.

El desplazamiento en Colombia no se ha llevado a cabo sin horizontes de significado; como ya se ha dicho, se ha realizado de manera sistemática en espacios geográficos seleccionados. La violencia y *el miedo* connatural a ésta, ha sido la herramienta más clara para generar desplazamiento. Y es difícil seleccionar a un solo actor del conflicto, es un hecho que todos violan los derechos humanos, incluso la guerrilla. Amnistía Internacional, lo ha denunciado:

Las fuerzas de seguridad de Colombia y sus aliados paramilitares han cometido violaciones frecuentes de los derechos humanos contra las comunidades de campesinos, negros e indígenas que viven en las zonas de conflicto (...) Las fuerzas de la guerrilla también han cometido numerosos homicidios, violaciones del derecho internacional humanitario contra comunidades de campesinos indígenas. (Amnistía Internacional. 2004)

A mediados de los 90 se da un giro significativo en el conflicto político colombiano: la población civil se convierte en punto de mira y objeto central de la guerra, en la rebatiña ya no por la tierra, sino por los territorios. La penetración de guerra en los escenarios del diario transcurrir, coloca a las personas en la situación de defender sus requerimientos esenciales para la subsistencia. No es un forcejeo entre iguales, no comparten intereses y, no obstante, están en el fuego cruzado, peleándose la vida. *“Así que la guerra por la población civil es la guerra por las localidades, por los municipios, por las inspecciones de policía, por los barrios y las veredas campesinas, es decir, por los espacios donde discurre y se desarrolla la vida normal de los ciudadanos”.* (Serna Sánchez, 2004: 7)

La vigilancia, la amenaza y el asesinato constituyen los códigos con los cuales se comunican guerrilla – paramilitares y población civil. Ejemplo de ello se lee en los comunicados de la Diócesis de Quibdó: *“El accionar paramilitar desde 1996 ha sido sostenido con el ánimo de desplazar a la población, ambientando un régimen del terror con asesinatos selectivos de líderes comunitarios y de pobladores en general a quienes acusan de ser auxiliares de la guerrilla”.* (Diócesis de Quibdó, 2000: 3-4)

Existen muchas ilustraciones, en Colombia, de la imposición del régimen de terror a través *del miedo* para lograr los objetivos del desplazamiento¹³. Todos los actores son, en principio, sospechosos de algo, esto es de pertenecer a un grupo determinado, de ser un informante (un sapo), de ser un potencial colaborador de uno o de otros. *“Aquí todos tenemos un familiar o conocido metido con los paras, porque ellos lo controlan todo, mi cuñado nos dijo que él trabajaba con una petrolera pero uno sabe que no es así”* (El Colombiano, noviembre 2004) Todos entonces devienen en posibles enemigos vigilantes y vigilados, en un tránsito permanente entre víctimas y victimarios. Castillejo se refiere a ese “otro” como a un

13 Ejemplo de las incursiones armadas: Ingresaron al Atrato concatenados con patrullas del Ejército Nacional en febrero de 1996, desde Bajirá en el Urabá Antioqueño. El 20 de diciembre incursionaron en el municipio de Riosucio amedrentando a la población, asesinando a varios campesinos, desapareciendo forzosamente a otros y obligando a los moradores a abandonar sus tierras. Para ello descuartizaron, decapitaron, abrieron los estómagos de las víctimas para lanzar sus cuerpos a los ríos e impedir que fueran recuperados por sus familiares. Jugaron con partes cercenadas del cuerpo humano mientras torturaban hasta causar la muerte, despedazaban con golpes y machetes. (Diócesis de Quibdó, 2000)

fantasma. “El signo evidente de ese ‘fantasma’, de su cercanía es el ‘miedo’: miedo a no reconocerlo, o reconocerlo en todas partes; miedo a la brutalidad, miedo a una culpabilidad donde todos los habitantes son culpables potenciales. Es un miedo colectivo, que parece no tener límite, que se ‘cuela’ por entre la rejas”. (Alejandro Castillejo, 2000: 171)

En un medio ambiente generoso y promisorio se instala *el miedo* como regulador de la vida cotidiana, un régimen de terror que expulsa a los habitantes, los convierte en migrantes y, de suyo, en extraños.

La configuración de determinados sujetos como colaboradores de un grupo armado, convierte su “identificación” – con cualesquiera que sean los criterios para llevar a cabo esto – en una cacería. El “excitante deporte” del genocidio selectivo. Por efecto de esto los pueblos se convierten pueblos fantasmas, en el doble sentido de la frase: primero, pueblos abandonados y solitarios. Y segundo, pueblos habitados por fantasmas. (Alejandro Castillejo, 2000: 174)

Tras la migración forzada a la ciudad, el abandono de sus pertenencias, el sometimiento a la incertidumbre de una nueva vida no buscada, está el terror impuesto por las lógicas económicas, la dinámica social y el Estado mismo. Así se ha ido despoblando Urabá, agotando la región y su propia naturaleza.

2.5 El asentamiento: Macondo, en busca del territorio perdido

“Pues sí, pues uno se sentía pues con la expectativa de uno salir adelante, como cambiar, dejar el pasado atrás. Ganas de renacer de nuevo”.

(Aureliano, Macondo, 2002)

El asentamiento Macondo está ubicado en los límites de la Comuna Centro- Oriental de Medellín. Está enclavado las montañas y rodeado y cercado por la cañada y por la sierra. Entre escombros, árboles, piedras se erige un mosaico de tugurios construidos con materiales que van desde cartón, latas, plásticos hasta el adobe y el cemento, lo que se puede observar a la cotidianidad a la luz del día. Allí habitan algunos de los cientos de desplazados que llegan a la ciudad buscando albergue. Para saber de ellos y más aún, para que ellos supieran acerca de sí mismos, fue necesario realizar un censo local.

Macondo en extenso

Para favorecer una mirada, sin mayor inducción, del asentamiento, quiero presentar, ex profeso, las cifras obtenidas en el censo, sin mayores derivaciones teóricas; me interesa ofrecer una especie de entrada a la comunidad empíricamente abordada, con un perfil taxativo,

que desarrollaré en los capítulos siguientes. Adjunto las tablas y diagramas que ofrecen los resultados. (Anexo 2 tabulación y diagramas Censo)

El censo nos reveló 163 viviendas, para un total de 756 personas. Con la información por familias es posible construir un perfil general: la religión que profesan es la católica 118 de las 163 (72.39%). De las familias censadas, 98 son negras (60.12%), 34 blancas (20.86%) y 26 mestizas (15.95%). No encontramos familias indígenas en el asentamiento.

De las 163 familias del asentamiento, 65 familias proceden del Urabá Chocoano (39.87% de las familias negras y 66.33% de las censadas), 13 proceden del Urabá antioqueño (13.26 de las negras y 7.97% de las censadas); del Oriente antioqueño preceden 10 familias (29.41% de las familias blancas y 6.13 de las censadas), de otros barrios de la ciudad 24 familias (14.72% de las censadas), 9 familias no ofrecen el dato de su procedencia (5.52% de las censadas). Número de personas por casa: hasta 5, en 117 familias (71.8%), entre 6 y 10 personas en 44 (27%) y más de 10 personas 2 (1.2%). Tiempo en el barrio hasta 2 años, 68 (41.7%), entre 2 y 4 años 41 (25%) entre 4 a 8 años 46% (28.8%), 8 años o más 14 familias (8.6%).

Dos familias, de las no desplazadas, ocupaban el lugar cuando empezaron a llegar los actuales habitantes, 6 familias del Urabá Chocoano tienen hasta 10 años en el asentamiento (6.12% de las negras y 3.68% de las censadas), 1 familia del Urabá Antioqueño y 1 del Oriente antioqueño.

Si bien el lugar es compartido con familias blancas, el asentamiento, como unidad social registrada en el Municipio de Medellín, es reconocido por su composición negra, en términos coloquiales: los negros son los “dueños” del asentamiento. Me atrevo a decir que el predominio cultural, proviene de las negritudes y que las familias blancas, se diluyen entre sus vecinos. Esto hace que al hablar de Macondo como referencia no se habla solamente de negros, pero sí principalmente, de ellos. Sin embargo, la presencia de familias blancas me ha permitido, a lo largo del informa, establecer algunos contrastes que si bien no son significativos en términos metodológicos, si admiten reafirmar algunos hallazgos obtenidos por otras fuentes, verbigracia la percepción de los negros hombres, como perezosos (capítulo V: “Escritos en el cuerpo”)

Las viviendas, motivo esencial en la búsqueda del asentamiento, son: arrendadas 8 (4.9%), compradas 62 (38. 0%), invadidas 75 (46.0%), prestada 1 (0.6%), regaladas 10 (6.1%). De ellas tienen luz eléctrica 154 (94%) y con contador de Empresas Públicas de Medellín (EPM), 127 familias (77.9%). Agua 136 (83.4%), contador de EPM sólo tienen 20 familias (12.3 %). Teléfono tienen 88 familias (54.0%), alcantarillado 84 (47.9%) y alcantarillado de EPM sólo 17 (10.4%). Servicios y atención en salud, 18 (11.0%) familias no cuentan con ninguna afiliación en el sistema de salud y 115 (70.6%) están en el SISBEN que es un servicio en salud para los estratos cero, uno y dos. Cuentan con electrodomésticos básicos: estufa –fogón eléctrico 82 (50.3%), radio-grabadora 49 (30.1%), refrigerador 84 (51.5%), televisión 113 (69.3%), estéreos 30 (18.4%), VHS 5 (3.1%). La vivienda constituye la preocupación esencial de los macondianos y en ellos depositan sus sueños, sus esperanzas, sus ingresos y la ilusión de mitigar la sensación de transitoriedad que los asiste. Ellos, *los desplazados* macondianos, han perdido uno de los referentes sustantivos de *la identidad* como lo es el territorio; ahora la vivienda simboliza la conquista de un espacio y la alternativa de arraigo, esto, a demás de la

necesidad básica de un “techo”. Los macondianos encuentran en este espacio limitado, no sólo por el tamaño, sino por su misma topografía y geología, la oportunidad de reconfigurar su cotidianidad y sus horizontes de sentido, hasta el punto que la invasión pierde todo peso punitivo y se asume el terreno como propio, una recuperación de algo que pueden llamar “propio”. Al seguir el texto se verá, como la vivienda va marcando una ruta ya como *miedo*, ya como *identidad*, ya como *resistencia*. Los servicios públicos: acueducto, electricidad, alcantarillado, teléfono, para muchos macondianos son una novedad, un “ingreso en la tecnología” que no conocían. Pero, paradójicamente, esta comodidad que les brinda el nuevo escenario, acarrea dos circunstancias agobiantes: de un lado, son nuevas necesidades que se suman a las ya padecidas de abrigo, comida, ropa, etc. y, por lo demás significan gastos, cobros, deudas que les transforman sus emociones, ahora, por ejemplo, hay *miedo* a no tener con qué pagar los servicios. Esto lo he examinado en el capítulo IV “*Pasión, reacción e inscripción*”

De los 756 habitantes del asentamiento 380 mujeres (50.26%) y 376 hombres (49.73%). Tal y como sucede con las cifras de hombres y mujeres del orbe que parecen ser equilibradas con una ligera inclinación hacia el sexo femenino. Edades: menores de 18 años, 376 personas (49.7%), de éstos 54 eran chicos de 12 a 14 años (14.36% de los jóvenes y 7.14% de la población de Macondo), mayores de 19 años 346 (45.76%). El censo como el desplazamiento se lleva a cabo con todo el grupo familiar, por eso no extraña que cubra a toda la población: hombres, mujeres, niños, jóvenes y adultos. El desplazamiento en Colombia obliga a toda la familia a salir del campo, no es una amenaza que cubra sólo a un género o un grupo étnico, y salir huyendo con el grupo familiar, como se leerá, los “distingue” en la ciudad. Cada miembro de la familia carga sus propios riesgos: si se es joven puede servir como militante, si se es mayor puede fungir como espía, si se es mujer puede perder a sus hijos o hacer la comida, si se es propietario puede salir ceder su patrimonio, si se es rico, puede ser vacunado si se es niña puede prestar algunos “servicios”, cualquiera puede ser enemigo o aliado y, todos sienten *el miedo* y reaccionan ante el mismo. No es de extrañar que la composición de Macondo sea la de grupos familiares, algunos dispersos, otros hacinados, otros en familia extensa, pero grupo al fin de cuentas.

La mayoría de los habitantes de Macondo, provienen del campo y esto entra a marcar características de la población como es el caso del nivel de escolaridad, de tal manera, que al seguir los datos del censo encontramos: con algún nivel de estudios 410: básica primaria 372 (49.2 %) básica secundaria 105 (13,9%) y media vocacional 33 (4.4%) y sin estudios 246 (32.54%). En la actualidad estudian 193 (25.53%). Con un nivel de analfabetismo completo 296 (39.15%). No hay ninguna persona con estudios universitarios. El estudio es una revelación que se les presenta la llegar a la ciudad, la vida rural y las labores del campo no demandan muchos estudios, algo muy diferente a lo que sucede en la ciudad, donde cualquier empleo está mediado por el grado de escolaridad. Por esto como perspectiva de futuro, lo macondianos privilegian el ingreso en el sistema educativo para sus hijos, a la alternativa del retorno: si regresar quiere decir que sus hijos van a dejar de estudiar, entonces prefieren, sobre todo las mujeres cabeza de familia, que estudien, porque no quieren que repitan sus historias.

Una de las realidades más contundentes que operan tanto como motivo de desplazamiento y de desconcierto en los sitios de llegada, es el empleo. En el caso de Macondo 265 personas (35.05%) tienen empleos en: casas de familia 65 (8.60%), en la construcción 70 (9.26%),

cuidan niños, 4 (0.52%) independiente, oficios varios, todero 8 (1.16%), piden limosna, rebusque (lo que resulte en la calle, cualquier cosa es posible), pedir y/o limpiar parabrisas en los semáforos 9 (1.17%), restaurante 5 (0.665) tienda 2 (0.26%), trasteos (ayudan en las mudanzas) 2 (0.26%) vende confites, vende frutas, vendedor ambulante 37 (4.88%), vigilancia 2 (0.26%) zapatería 2 (0.26%), otros (56) (7.41%), y 488, (64.55%) no trabajan. Los salarios indagados en miles por día, se promediaron así: hasta 10 mil pesos (4 dólares) por día, (20.2%), entre 11 y 20 mil pesos (entre 4.5 y 8 dólares) 86 personas (13.9%), más de 20 mil pesos (más de 8 dólares) 3 personas (4.2%). El empleo, casi a un mismo nivel de la vivienda, encarna, literalmente, una de las mutaciones más significativas en la vida de *los desplazados*. Como dan cuenta las cifras del párrafo anterior, la procedencia es del campo, allí laboraban, en lo propio o en lo ajeno, en algo muy bien aprendido que les garantizaba la subsistencia. Para ello aplicaban sus ritmos personales y sus propias condiciones físicas. Puestos en el cemento, los macondianos han perdido un “piso” que les ofrecía certidumbre. Ahora, la búsqueda del empleo y garantizar el sustento propio y de su familia, los ha obligado a reaccionar y a ceder en el orden de lo que consideran “trabajo digno”. Tal como sucedió con la vivienda, el empleo, o la falta del mismo, ha marcado un sendero en la tarea interpretativa.

Este es mapa que se dibuja en el asentamiento Macondo, ubicado en la comuna centro oriental de Medellín y que llega al límite de la ciudad. Las cifras dan cuenta, *per se*, de las condiciones esenciales en las que vive esta población: la escasez, los riesgos y las emociones, se enlazan y tienden un velo sobre los sueños, las esperanzas y el futuro.

Memoria del desplazamiento

Llegaron a Medellín forzosamente, como en tiempos de la trata, fueron arrancados de sus tierras para reiniciar un itinerario interrumpido por siglos. Los principales motivos de desplazamiento que los grupos de familias indican son: conflicto social, amenaza y *miedo* 94 familias (57.7 %), afán de progreso, pobreza y desempleo 23 familias (14.2%) no se consideran directamente desplazados 41 familias (25.2 %). En efecto no todos en Macondo son desplazados, en el sentido de ser desalojados por grupos armados; no obstante, en el transcurso de las entrevistas, en la observación en campo y en el proceso de análisis, he llegado a la inferencia de que todos se sienten como tales. Y así como he osado decir que la cultura de las negritudes ha predominado en Macondo, ahora digo que las prácticas cotidianas son las que impone el desplazamiento: tipo de vivienda, manera de acceder a las viviendas, tipos de empleo, adecuación del espacio y hasta las idealidades. *Miedo*, pobreza, agotamiento del campo, el espejismo de la ciudad o la combinación de unas o de todas, han emergido como detonantes del desplazamiento, que entrañan las mismas necesidades, otros *miedos* y reacciones exigidas.

Se encontraron con un panorama difícil y desconocido, con un nuevo territorio por construir y signar. Los tres asuntos que más extraña son la familia 30 (18.4%), la tierra 30 (18.4%), el trabajo 18 (11.0). Las familias negras extrañan principalmente la tierra 22 (22.4 de las familias negras y 13.49% de las censadas), en segundo lugar, 20 familias negras extrañan sus familias (20.4% de las familias negras y 12.27 del las censadas) y en tercer lugar 11 extrañan lo que denominaron otros: animales, cultivos, la comida, etc.) (11.4% de las familias negras y 6.75% de las censadas). Lo que extrañan los macondianos es lo conocido, aquello que dominaban de

tanto verlo y hacerlo; ahora bien, la idea del retorno no los seduce y es que el campo le significa otros dolores y otras cargas y, es mi interpretación, el campo está más en el ideal, tanto de ello, los desplazados, como de los ciudadanos que los observan. Por esto es frecuente encontrar en los asentamientos intentos de reproducciones de los entornos que habitaban: un centro, como un altar ante la falta de iglesia, los espacios recreativos, -más imaginados que reales-, salones escolares, y en el caso de los macondianos, el rumbeadero. También se encuentran cultivos de plátano, pequeñas huertas, y hasta algunos pollos, que más que favorecer la subsistencia constituyen una remembranza. Se ha propuesto carga de contenidos el espacio, para poder reconfigurar su *identidad* y mitigar *el miedo*.

A los macondianos *el miedo* parece no abandonarlos aunque ha desencadenado lo que denominado emociones derivadas o emparentadas pues se ceden unas a otras, a cada paso que dan en su desplazamiento. Los dos sentimientos más asociados a su condición, ya como habitantes de Macondo, son la tristeza 44 familias, 30 negras (30.6% de las familias negras y 18.40% de las censadas), 8 blancas (23.5%, de las familias blancas) y mestizas (27.0 % de las familias mestizas) y *el miedo* 38 familias, 25 negras (25.5 % de las familias blancas), 6 blancas (17.6% de las familias blancas) y 6 (23.1 % de las familias mestizas). Puedo decir que *el miedo* se ha ocultado tras los acaecimientos de la experiencia en la ciudad, se ha transformado y se agazapa, para saltar en cualquier momento, y es que la historia que han vivido los mantiene alertas ante la posibilidad de una repetición. A pesar de esta pervivencia “mutante” *del miedo*, como he propuesto en el capítulo IV *Pasión, reacción e inscripción*”, los sentimientos que más exteriorizan y nombran son los de tristeza y nostalgia, este último aparece insistentemente en las entrevistas a los actores. Esta tristeza y esta nostalgia están muy emparentadas con las angustias que han experimentado en la ciudad: la tristeza por lo que encontraron y la situación en que se hallan y la nostalgia por lo perdido y por lo añorado. Ambas emociones han de generar *reacciones*, en las que *el cuerpo* opera como mediación, toda vez que las prácticas permiten los encuentros para recordar.

No hay pues una voluntad puesta en el acto de migrar, los asiste la lucha fundante y ancestral por la sobrevivencia, que los conduce a otros escenarios posibles. Y allí, en cualquier espacio dado, se reinicia la configuración de nuevas tramas, no sólo para enfrentar las necesidades básicas de la cotidianidad, sino para armar, con las experiencias anteriores, con las experiencias actuales y con los registros ancestrales, una nueva interpretación del mundo.

Corolario

Pensar a Colombia en la clave *desplazamiento*, es un ejercicio que deja, además del sinsabor, distintas pistas para interpretar la relación *cultura corporal, miedo, identidad y política*. Introduce este capítulo con una lectura de los correlatos entre esclavos y desplazados, lo cual representa conclusiones tentativas, con las que proporciono un ingreso en la lógica de esta investigación.

A lo largo de la indagación en fuentes secundarias y en la revisión de posturas políticas de los académicos y los expertos, que han rastreado a fondo “la vena” del *conflicto armado* en Colombia, he podido establecer elementos estructurales y definitorios de lo que es hoy día la

migración interna y forzada: el bipartidismo político, el pensamiento binario, las reforma agraria inexistente, la complicidad estatal con el intervencionismo extranjero, la exacerbación del conflicto a favor de intereses económicos y la desatención a los problemas del campo. Estas razones intrínsecas a la movilización campo- ciudad se han ido transformando en estrategias de intervención que afectan a la población civil y que ellos nombran como: violencia, amenazas, pobreza y defensa; estrategias aplicadas directamente sobre los actores quienes deben afrontar su *miedo* en una situaciones “de vida y muerte”, donde *el cuerpo* es el que exhibe la vulnerabilidad y es la única posibilidad de escapatoria. Aparece claro en el transcurrir de este capítulo que *el miedo* detona *reacciones* esperadas (planeadas), tras las cuales se diseñan estrategias de poder.

La desterritorialización es el evento que marca *al desplazamiento* y ello los coloca frente a pérdidas que desbordan la propiedad y compromete los referentes simbólicos con los que han construido su *identidad*, afección adicional a las contingencias a las que los migrantes se ven sometidos y que demanda acciones, forzadas o pretendidas, espontáneas o planeadas, que empiezan a caracterizar su nueva vida. *El cuerpo* se erige como recurso para la reconfiguración de sus prácticas.

Finalmente, la vivienda y el empleo, se tornan en la preocupación existencial de los *desplazados*, aspectos que simbolizan tanto lo perdido, como la posibilidad de conquistar la certidumbre y reaccionar ante la invisibilización de la cual son objeto. *El cuerpo*, una vez más, se hace cómplice para la *resistencia*. “Colombia, flujos entre el país, la región y el asentamiento”, configura un *paisaje* múltiple, en el cual participan el *paisaje del miedo*, el *paisaje étnico* y el *paisaje biopolítico*

En las negritudes: el cuerpo un territorio conocido y posible

Cuando los africanos fueron arrancados de sus tierras natales, llegaron a lugares desconocidos, con desconocidos y en medio de desconocidos, porque si bien provenían de África, no pertenecían a la misma étnia, en Colombia llegaron, entre otros, negros de: Ewe, Zape, Yoruba, Biafara, Serere, Bijago Akán, Popós, Ibos y al última gran presencia fue Bantú (Arocha, 1996). Colocados en puerto, eran despojados de lo poco que les quedaba de “humanidad” y exhibidos para venta. Los vendedores los alimentaban bien, para que se recuperaran de los atropellos y las vejaciones y pudieran aparentar el vigor que el comprador demandaba. Esta es una esclavitud impuesta en razón de las condiciones raciales—corporales -, un destino intervenido por sus condiciones físicas y el sometimiento a una vida mediada por sus capacidades productivas.

Huyeron sin más dispositivos que *el cuerpo* y sobrevivieron, ellos como individuos, como comunidad y como cultural. En los tiempos de palenque los saberes fueron una veta para construir la autonomía y *el cuerpo* se les brindaba como la opción de recuperación de sus prácticas ancestrales, de *su identidad* y, de nuevo, su liberación. *El cuerpo* pues, ha tenido un significado vindicador en los procesos de liberación y de reconfiguración de *las identidades* en poblaciones desterritorializadas. En los capítulos siguientes he querido mostrar como en *los desplazados* y en *los desplazados negros* hacia Medellín, *el cuerpo* constituye, una vez más, un territorio de significación y de construcción identitaria ante la pérdida del espacio

geográfico, en otras palabras, *el cuerpo* entra en el juego *biopolítico* de la dinámica social colombiana.